



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



FACULTAD DE ECONOMIA

**La crisis neoliberal en Gerard Duménil y Dominique Lévy: encuentros y divergencias con el marxismo, el keynesianismo y el regulacionismo.**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:

**LICENCIADO EN ECONOMIA**

PRESENTA:

**FRANCISCO ADRIÁN GARCÍA GARCÍA**

**ASESOR: MTRO. JOSÉ GUADALUPE SANDOVAL MANZANO**

CIUDAD UNIVERSITARIA, NOVIEMBRE DE 2015



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A la memoria de Dolores Ymay Casabal, mi bienamada abuela.*

*A la clase trabajadora, que hace posible la educación pública de este país.*

*Timothy scraped a little hill level in the bottom of tile ditch. The sun made his white bristle beard shine. "They's a lot a fellas wanta know what reds is." He laughed. "One of our boys foun' out" He patted the piled earth gently with his shovel. "Fella named Hines --got 'bout thirty thousan' acres, peaches and grapes-- got a cannery an' a winery. Well, he's all a time talkin' about 'them goddamn reds.' 'Goddamn reds is drivin' the country to ruin,' he says, an' 'We got to drive these here red bastards out.' Well, they were a young fella jus' come out west here, an' he's listenin' one day. He kinda scratched his head an' he says, 'Mr. Hines, I ain't been here long. What is these goddamn reds?' Well, sir, Hines says, 'A red is any son-of-a-bitch that wants thirty cents an hour when we're payin' twenty-five!' Well, this young fella he thinks about her, an' he scratches his head, an' he says, 'Well, Jesus, Mr. Hines. I ain't a son-of-a-bitch, but if that's what a red is-why, I want thirty cents an hour. Ever'body does. Hell, Mr. Hines, we're all reds.'"*

John Steinbeck

*The grapes of Wrath*

## Agradecimientos

Quiero externar, en primer lugar, mi gratitud con la Universidad Nacional Autónoma de México, que me permitió cumplir el sueño pueril de formarme personal y profesionalmente en sus aulas.

La culminación de esta etapa no pudo ser posible sin el apoyo de mi familia: Patricia García Jiménez y Francisco García Ymay, mis padres, amorosos mecenas con los que este errante otoñabundo tiene una deuda incalculable; Luna García y Josué García, mis hermanos.

Agradezco también a Daniel Ramos por poner a mi disposición su invaluable amistad desde nuestro primer año en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria No. 6. Hemos tenido la oportunidad de compartir euforias y desencantos, pero le guardo particular cariño por la mano que me tendió durante mi complicado primer año de licenciatura, así como por las charlas interminables que sostuvimos para dialogar sobre las dudas que me surgieron en la elaboración de esta tesis. Te llevaré siempre en mis pensamientos, amigo.

Mis mayores afectos por igual para los colegas que se convirtieron en amigos fraternos: Rigoberto Santiago, Omar Peredo y Roberto Galindo; así como a las amistades que paralelamente cultivé fuera de la facultad: Ana Teresa López y Daniel Hernández Velázquez. Gracias por creer incondicionalmente en mí. Espero seguir viéndolos en la ruta.

Mi profundo agradecimiento para Laura Salgado por donar su precioso talento a la corrección de estilo de esta tesis, pero especialmente por el acompañamiento, la paciencia y el inmenso cariño que me guarda.

Manifiesto mi reconocimiento al Lic. Javier Guerra, profesor de la Escuela Nacional Preparatoria No. 6, quien despertó mi pasión por las ciencias sociales y dio seguimiento a mis inquietudes durante los primeros semestres de licenciatura; así como al Arq. Halim Canáan, por sus constantes muestras de compañerismo, la

paciencia para acercarme a la obra de Marx y aclarar mis dudas incesantes cuantas veces fue necesario.

Agradezco enormemente el apoyo que recibí del Centro de Estudios de Desarrollo Regional y Urbano Sustentable, de la Facultad de Economía de la UNAM, en cuyas instalaciones se me permitió terminar de escribir la parte final del presente trabajo. Mención especial merece su coordinador, el Dr. Normand Asuad Sanén, quien me ha llenado de consejos que han ampliado mis perspectivas, intereses y ganas de superación personal.

Finalmente, pero no menos importante, es el agradecimiento que tengo a los miembros del jurado dictaminador de este trabajo, especialmente al Mtro. José Sandoval --mi director de tesis--, la Dra. Selva Daville y el Lic. Alain Ramos, de quienes también me llevo el gusto de haber sido alumno.

**INTRODUCCIÓN ..... 1**

**SECCIÓN PRIMERA. PROLEGÓMENOS A UNA TEORÍA MARXISTA DEL NEOLIBERALISMO ..... 4**

**I. LA DELIMITACIÓN DEL NEOLIBERALISMO COMO OBJETO DE ESTUDIO ..... 7**

<b>1. LA TENDENCIA DECRECIENTE DE LA TASA DE GANANCIA EN LA OBRA DE DUMÉNIL Y LÉVY .....</b>	<b>7</b>
<b>2. EL PROBLEMA DE LA DISECCIÓN HISTÓRICA DEL DESARROLLO CAPITALISTA .....</b>	<b>14</b>
2.1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS SOBRE LA DISCUSIÓN DE CRITERIOS PARA LA PERIODIZACIÓN DEL CAPITALISMO...	15
2.2. EL CRITERIO DE COMPETENCIA.....	16
2.3. EL CRITERIO DE LA RENTABILIDAD, LA ACUMULACIÓN Y EL CRECIMIENTO.....	19
2.3.1. Ernest Mandel.....	19
2.3.2. Dockès y Rosier.....	33
<b>3. EL NEOLIBERALISMO COMO FASE DEL CAPITALISMO.....</b>	<b>34</b>
<b>4. ANTECEDENTES HISTÓRICOS AL PERÍODO NEOLIBERAL: PRIMERA HEGEMONÍA FINANCIERA Y LOS TREINTA GLORIOSOS.....</b>	<b>39</b>
4.1. LA PRIMERA HEGEMONÍA FINANCIERA, EL SÍMIL.....	39
4.2. LOS TREINTA GLORIOSOS, LA OPOSICIÓN .....	40
<b>5. BREVE SÍNTESIS SOBRE LA CRISIS AL MODO MARX Y LA ESPECIFICIDAD DEL NEOLIBERALISMO .....</b>	<b>43</b>
5.1. EL COLAPSO DEL CAPITALISMO REGULADO .....	43
5.2. EMBESTIDA FINANCIERA Y RECUPERACIÓN DE GANANCIAS: EL PROCESO DE FINANCIARIZACIÓN .....	45
5.2.1. Hegemonía financiera a nivel Estado.....	45
5.2.2. Los hogares.....	49
5.2.3. Sociedades financieras .....	51
5.2.4. Las empresas no financieras .....	54
<b>6. EN TORNO AL NEOLIBERALISMO COMO OBJETO DE ESTUDIO .....</b>	<b>56</b>

**II. LA TENDENCIA HISTÓRICA A LA SEPARACIÓN DE LA PROPIEDAD Y LA GESTIÓN DEL CAPITAL**

**65**

<b>7. UNA TEORÍA DUAL DEL TRABAJO, EN MARX .....</b>	<b>65</b>
7.1. TRABAJO PRODUCTIVO.....	66
7.2. TRABAJO DE ACOMPAÑAMIENTO .....	69
7.2.1. El trabajo de acompañamiento al interior de la producción capitalista.....	69
7.2.2. El trabajo de acompañamiento en la circulación.....	73
7.2.3. CONCLUSIONES EN TORNO AL TRABAJO DE ACOMPAÑAMIENTO.....	77
<b>8. CAPITALISTA FINANCIADOR, CAPITALISTA ACTIVO Y DIRECTOR ASALARIADO.....</b>	<b>82</b>
<b>9. ORGANIZACIÓN Y DESARROLLO CAPITALISTA .....</b>	<b>85</b>
9.1. LA ORGANIZACIÓN, EN MARX.....	87
9.2. DE LA ORGANIZACIÓN, DE MARX, AL ENCUADRAMIENTO, DE DUMÉNIL: LA TESIS DE UNA NUEVA RELACIÓN DE CLASE.....	89
9.3. GENERALIDADES DEL CAPITO-CUADRISMO.....	91
9.4. LA ORGANIZACIÓN AL RESCATE DEL CAPITALISMO .....	92

9.5. CONCLUSIONES EN TORNO A LA ORGANIZACIÓN .....	99
--	----

**III. LA EVOLUCIÓN DE LAS INSTITUCIONES FINANCIERAS. BANCA, ESTADO Y ESTRUCTURA DE CLASES ..... 100**

<b>10. DEL CAPITAL DINERARIO Y EL CAPITAL FICTICIO, DE MARX, A LAS FINANZAS DE DUMÉNIL Y LÉVY.....</b>	<b>100</b>
10.1. LOS TRES CAMPOS TEÓRICOS EN MARX PARA EL ABORDAJE DE LAS FINANZAS .....	100
10.2. ¿QUÉ ES EL CAPITAL FICTICIO? .....	103
10.3. LA BANCA. ....	108
10.4. ¿QUÉ SON LAS FINANZAS? .....	118
<b>11. ESTADO Y COMPROMISO .....</b>	<b>121</b>
<b>12. OBRA POLÍTICA DE MARX Y LAS FRACCIONES DE CLASE .....</b>	<b>126</b>

**SECCIÓN SEGUNDA. ENTRE KEYNES Y LA ESCUELA FRANCESA DE LA REGULACIÓN..... 134**

**IV. EL CAMINO HACIA UNA LECTURA PARALELA A MARX ..... 138**

<b>13. EN BUSCA DE LA ALTERNANCIA NEOLIBERAL: ¿CUADRISMO DE IZQUIERDA O NUEVO <i>COMPROMISO</i> KEYNESIANO?</b> .....	<b>138</b>
<b>14. KEYNES Y LA RENOVACIÓN CAPITALISTA.....</b>	<b>139</b>
<b>15. KEYNESIANISMO POLÍTICO, UNA ALTERNATIVA PARA LAS CLASES SUBALTERNAS.....</b>	<b>143</b>

**V. EN LOS CONTORNOS DEL ECLECTICISMO TEÓRICO ..... 148**

<b>16. ASPECTOS GENERALES DE LA ESCUELA DE LA REGULACIÓN .....</b>	<b>148</b>
<b>17. COMPROMISO Y MODO DE REGULACIÓN .....</b>	<b>151</b>
17.1. ANTECEDENTES TEÓRICOS.....	152
17.2. UNA COMPARACIÓN CRÍTICA.....	155
<b>18. CRISIS Y RENOVACIÓN DE LA ACUMULACIÓN CAPITALISTA DEL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XX A LA LUZ DE LA REGULACIÓN.....</b>	<b>158</b>
18.1. COSTO SALARIAL Y CRISIS.....	158
18.2. HIPÓTESIS ALTERNAS A LA FINANCIARIZACIÓN .....	160

**SECCIÓN TERCERA. ALGUNAS CONSIDERACIONES CRÍTICAS Y CONCLUSIONES..... 161**

**VI. CRÍTICAS EMANADAS DE AUTORES MARXISTAS..... 161**

<b>19. LA FRAGMENTACIÓN DEL CICLO DE VALORIZACIÓN DEL CAPITAL .....</b>	<b>161</b>
<b>20. LA TASA DE GANANCIA MEDIA QUE NUNCA SE RECUPERÓ.....</b>	<b>166</b>
<b>21. LOS LÍMITES DE LA ECONOMÍA MIXTA .....</b>	<b>169</b>

**VII. UNA PROPUESTA ORIGINAL DE CRÍTICA ..... 173**

<b>22. SOBRE EL CAPITO-CUADRISMO COMO RELACIÓN SOCIAL .....</b>	<b>173</b>
22.1. MEDIOS DE PRODUCCIÓN Y RELACIONES SOCIALES DE PRODUCCIÓN .....	173
22.2. LAS INCONSISTENCIAS TEÓRICAS DE UN MODO DE PRODUCCIÓN <i>CUADRISTA</i> .....	175
22.3. LOS DIFUSOS LÍMITES ENTRE CUADROS Y EMPLEADOS .....	176
22.4. AUTONOMÍA NO DEMOSTRADA SOBRE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN .....	177
22.5. LOS CUADROS, PARTE DE LA ESTRUCTURA SOCIAL DEL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA .....	178
22.6. EL PROBLEMA DE LA PERMANENCIA TRANSHISTÓRICA DE LOS CUADROS .....	180
<b><u>VIII. A MANERA DE CONCLUSIÓN .....</u></b>	<b>183</b>
<b>23. RESUMEN Y CONSIDERACIONES FINALES .....</b>	<b>183</b>
<b><u>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....</u></b>	<b>190</b>

## INTRODUCCIÓN

Gerard Duménil se hizo de renombre dentro de los círculos académicos del marxismo cuando en 1977 vio la luz su tesis doctoral, intitulada *Le Concept de loi économique dans "Le Capital"*, y prologada por el prestigioso, y polémico, Louis Althusser. A partir de entonces Duménil demostró un olfato sensible para detectar los problemas propios de la sociedad de su tiempo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo entró en una fase dorada que duró hasta la década de los 70, y cuyo fin estuvo marcado por crisis económicas y crecientes olas de desempleo. En la obra de Duménil, el contexto histórico del autor se convierte en motivo de investigación: la mayoría de sus textos indagan las causas de las formas históricas particulares del modo de producción capitalista, y cuáles son los elementos que hacen que estas se reproduzcan en el largo plazo, especialmente para la realidad contemporánea. Ya desde sus textos más tempranos, Duménil pugna por una reivindicación de las teorías de Marx, ante un marxismo ortodoxo que parecía desmoronarse al ritmo de los problemas políticos de la URSS.

Hacia comienzos de la última década de los 80, Duménil comenzó a escribir junto a Dominique Lévy --economista francés también de filiación marxista-- quien desde entonces se convirtió en su inseparable compañero de andanzas académicas<sup>1</sup>. Juntos se han posicionado como expertos sobre lo que ellos denominan como neoliberalismo, o *segunda hegemonía financiera*, especialmente para el caso de Estados Unidos y Francia.

La obra de Duménil y Lévy se ha vuelto relevante por dos motivos principales: por una parte, se han convertido en una voz crítica a la teoría ortodoxa y sus explicaciones sobre la economía contemporánea, intentando construir teorías con un mayor alcance explicativo y con más coherencia respecto a la realidad; la otra razón, quizás la más importante, es que estas críticas las han lanzado a partir de

---

<sup>1</sup> Véase: Duménil y Lévy (1983).

robusta evidencia empírica, mediante el seguimiento cuidadoso de series estadísticas históricas. No obstante, los textos de Duménil y Lévy tienen un profundo sabor a nostalgia por un esplendor nacionalista, evocan las viejas glorias de los tiempos anteriores al neoliberalismo y constantemente se preguntan por el quiebre del otrora protagonismo francés.

El objetivo general del presente trabajo es hacer un balance crítico de los principales textos de Duménil y Lévy, pues se parte de la hipótesis de que su filiación marxista es más bien una recuperación parcial de Marx, que los lleva a incurrir en un eclecticismo teórico, lejos del marxismo.

Hacer este ejercicio tiene relevancia vigente porque su tesis principal, que relaciona al neoliberalismo y al capital financiero, la comparten un número importante de autores que también se consideran marxistas<sup>2</sup>. Así pues, los objetivos particulares del presente trabajo son:

1) Consolidar una panorámica general de las principales tesis de Duménil y Lévy. Esto es relevante puesto que no existe a la fecha un libro traducido al español que logre condensar, como un todo, los principales elementos desde los cuales construyen sus tesis más relevantes.

2) Establecer los vínculos que su obra guarda con los trabajos de Marx y de Keynes. El motivo es que, aunque Duménil y Lévy se proclaman principalmente como marxistas, sus trabajos también están nutridos de tesis formuladas por el popular economista inglés.

3) Identificar semejanzas y distancias teóricas respecto al regulacionismo francés. Esta tarea se sustenta en que existe una corriente del regulacionismo que también clama por la complementación de las tesis de Marx y Keynes, corriente con la que Duménil y Lévy han compartido tiempo y espacios de trabajo.

4) A partir de los planteamientos originales de Marx, y de otros autores marxistas, elaborar una crítica original a las tesis de Duménil y Lévy.

---

<sup>2</sup> Véase la sección tercera de esta tesis.

Como se aprecia, este trabajo se plantea estrictamente en términos de una exploración teórica, de modo que no se expondrá una sola evidencia empírica original para dar –o quitar—validez al trabajo de los autores estudiados. Es decir, el objeto de estudio es la composición del pensamiento de Duménil y Lévy, sus consistencias y contradicciones.

El principal problema que atrae este esfuerzo es que, al abordarse desde una visión tan general, se pierde fidelidad en los detalles de temáticas específicas. No obstante, para lograr su cometido, la presente tesis se apoya en un cuerpo numeroso de citas textuales, de modo que el lector pueda establecer también conclusiones propias.

Finalmente, cabe aclarar que por “marxismo” y “keynesianismo” se entiende aquí a las obras y tesis originales de Marx y Keynes. Esta aclaración es pertinente ya que comúnmente ambos términos tienen un carácter polisémico, y pueden también referir a dos de las principales escuelas de pensamiento en la ciencia económica, en inclusión de las posturas variopintas que ambas han desarrollado en su interior.

## SECCIÓN PRIMERA. PROLEGÓMENOS A UNA TEORÍA MARXISTA DEL NEOLIBERALISMO

¿Cómo se construye una teoría marxista del neoliberalismo? El objetivo de esta primera sección es establecer los fundamentos básicos del marxismo, particularmente de los postulados primigenios de Karl Marx, a partir de los cuales Gérard Duménil y Dominique Lévy postulan su teoría. Esta tarea exige una exposición lógicamente conexa de aquellos hilos empleados por los teóricos franceses para la trama de su obra. El primer problema que surge es cómo estructurar estos vínculos, pues los autores a veces ponen el acento en el capital ficticio, mientras que en otras ocasiones lo hacen en las fracciones de clase, en el trabajo improductivo, en el Estado o en la teoría del dinero en Marx.

Tras una revisión de diversos escritos de Duménil y Lévy, puede afirmarse que *Crisis y Salida de la Crisis...* es una de sus obras más completas, ya que en ella hacen confluír las aristas marxistas de las cuales se valen en otros de sus documentos de menor extensión. En dicho libro, después de una sugerente introducción que evoca los efectos más característicos del neoliberalismo, emerge la idea de crisis y con ella, la recuperación de la noción de tasa de ganancia planteada por Marx; pero de inmediato aclaran que detrás de ésta, subyace una lógica superior: la interacción entre la lucha de clases y el desarrollo de las fuerzas productivas.

Este esquema deviene en una problemática de primer orden: la disección temporal del capitalismo. Es decir, *de facto* se sugiere que el neoliberalismo es una fase particular del capitalismo. Pero esto significa que, sin que el capitalismo deje de ser tal, dentro de sus límites formales, existe a la vez algo que no es neoliberalismo, un antecedente no neoliberal. En paralelo, los autores afirman que la observación de largo plazo de la tasa de ganancia media sirve para dar cuenta del cambio histórico --pese a que ésta no sea el principal determinante del cambio--, dado que conlleva a la identificación de puntos de inflexión en el curso histórico capitalista, o sea, es un indicador para el antes y el después.

Para los continuadores de Marx, cabe la pregunta en torno a si es posible –desde los fundamentos del filósofo de Tréveris– elaborar una segmentación temporal particular para el modo de producción capitalista y, de ser así, ¿cuál es el criterio más adecuado? ¿Cómo entretejer la dialéctica entre el cambio y la continuidad?

De ningún modo el objetivo principal en la obra de Duménil y Lévy es ofrecer un criterio irrefutable para la identificación de fases al interior de la temporalidad capitalista, sin embargo, al ser el neoliberalismo su principal objeto de estudio, exige una previa delimitación. Decir qué es el neoliberalismo requiere exponer la vía por la cual existe y se distingue de lo no-neoliberal. Éste es el quehacer de los primeros cinco capítulos, que discurren en torno al papel dado por los teóricos a la tasa de ganancia de Marx, las posturas de algunos autores sobre el problema de hacer cortes históricos al modo de producción capitalista, además de la propuesta específica de los autores para identificar períodos.

Una vez que se ha identificado al neoliberalismo como un objeto de estudio, queda la tarea de desarrollar y ordenar aquellos instrumentales teóricos de Marx de los que se sirven Duménil y Lévy. Después de evaluar diversas formas de ordenar sus tesis, se optó por tomar en, primer lugar, la propuesta planteada implícitamente por ellos mismos en *Los tres campos de la teoría de las relaciones financieras en Marx...* (Duménil y Lévy, 2009b). Así pues, de este texto se rescatan los siguientes ejes temáticos: I) la separación de la propiedad y la gestión del capital, II) la evolución de las instituciones financieras; mientras que el último campo –referido a lo que los autores denominan la obra política de Marx– fue remplazado aquí por un eje temático más amplio: III) Estado y estructura de clase, inspirado por un apartado de *Una teoría marxista del neoliberalismo* (Duménil y Lévy, s.f.b), y colocado así porque en él cabe la misma obra política de Marx, junto con otros elementos que permiten englobar más ampliamente al neoliberalismo, no sólo reducirlo a las relaciones financieras.

Los tres ejes temáticos agrupan de manera pertinente los fundamentos teóricos que Duménil y Lévy recuperan de Marx. Cabe resaltar que ninguno de los ejes antecede formalmente a otro, pues, en las obras de los autores mencionados, los

tres coexisten en simultaneidad. A partir de ello se expresa que este trabajo no desborda una lectura estrictamente secuencial, por el contrario, se vale de continuos saltos y retrocesos. Por ejemplo, el capítulo 4, referido a los antecedentes históricos del neoliberalismo, sugiere un salto hasta el capítulo 11, en el que se condensan las tesis en torno al Estado y a la noción de *compromiso*; del mismo modo, las consideraciones sobre la banca expuestas en el capítulo 10, exigen una vuelta (y complementan) al capítulo 8, sobre el capitalista financiador, el capitalista activo y el director asalariado.

# I. LA DELIMITACIÓN DEL NEOLIBERALISMO COMO OBJETO DE ESTUDIO

## 1. La tendencia decreciente de la tasa de ganancia en la obra de Duménil y Lévy

Este capítulo tiene como objetivo esclarecer cuál es el papel de la tasa de ganancia de largo plazo en la teoría marxista del neoliberalismo expuesta por Duménil y Lévy<sup>3</sup>. La hipótesis es que la noción de tasa de ganancia de Marx

---

<sup>3</sup> Es preciso tener en cuenta que por cuestiones de apego a los objetivos del presente trabajo, dos temas se dejan al margen de la exposición pormenorizada: al ser un aspecto tratado con profundidad en la literatura económica, se omite la exposición a detalle sobre lo que los autores denominan *crisis al modo Marx*, categoría utilizada frecuentemente en este texto. En términos muy llanos, es el movimiento clásico de la caída tendencial de la tasa de ganancia, dada por  $g' = P/(C+V)$ , donde  $g'$  es la tasa de ganancia calculada para el total de ramas del capital,  $P$  es la masa de plusvalía,  $C$  es el total de capital constante, y  $V$ , el total de capital variable. Según Marx, la producción capitalista tiende a la mecanización del proceso, de modo que los volúmenes de capital constante crecen a una mayor velocidad que la masa de plusvalía, debido a que el aumento de la composición orgánica del capital ( $C/V$ ), ergo, la menor añadidura de trabajo vivo. Véase: Marx (1991 y 1999).

El otro gran problema omitido, se refiere a las variables contemporáneas a tomarse en cuenta para calcular la tasa de ganancia. Una de las principales dificultades a las cuales se enfrentan los científicos sociales es la aprehensión de las categorías centrales que construyeron los grandes pensadores. De este modo, hay problemas para registrar la plusvalía de Marx, el *habitus* de Bordieu, la *hegemonía* de Gramsci o las *estructuras* meta empíricas de Lévi-Strauss, por citar algunos célebres ejemplos.

En general, existe un consenso entre economistas marxistas (Duménil y Lévy (2002 y 2007a), Husson (2010) Kliman (2009, 2011), Shaikh (2006), Mandel (1986), Moseley (2005)) sobre los problemas que enfrentó la economía capitalista durante la década de los setenta. Con algunas diferencias sobre los años y el nivel de caída, la conclusión es que aquel fenómeno tuvo su origen en una *crisis al modo Marx*, de caída tendencial de la tasa de ganancia, registrada entre 1965 y 1972.

La polémica emerge principalmente para el período posterior a 1982. Duménil y Lévy observan una recuperación del nivel de ganancia. Sin embargo, autores como Andrew Kliman, por el contrario, sostienen que la tasa de ganancia no se ha recuperado desde la década de los setenta del siglo anterior.

La discusión se sitúa en torno a dos enfoques para medir la tasa: por una parte, están los que defienden la postura del *costo de reposición*, esto es que el capital constante debe considerarse conforme al valor para reponer capital fijo; y, por otra parte, están los *temporalistas*, quienes afirman que el valor del capital constante se determina conforme al momento en que los medios de producción son consumidos productivamente, no cuando se produjeron o se adquirieron, esto es a precios históricos.

La discusión entre estas dos posturas de ninguna manera se agota en los dos autores y tampoco se limita a aquéllos que se autodenominan marxistas, pues también atañe a sraffianos y neoricardianos. En el fondo de la desavenencia subyace el debate sobre la actual validez y consistencia de la teoría del valor-trabajo planteada por Marx en *El Capital*.

No obstante las posibles disputas técnicas entre una postura y otra, lo relevante son las conclusiones derivadas de ellas, dado que se sitúan en polos diferentes. Si para Duménil y Lévy el capitalismo está recuperado, pero entorpecido por *las finanzas* –las cuales deben contenerse desde el ejercicio del poder del Estado–, para Kliman, el capitalismo no se ha recuperado desde hace más de cuarenta años y sólo lo hará a

permite estructurar la obra de Duménil y Lévy ya que, a través de su estudio en el largo plazo, emergen dos problemas fundamentales: la disección temporal al interior del modo de producción capitalista y la identificación de las fuerzas subyacentes a su movimiento.

Sin mayores preámbulos, los autores comienzan *Crisis y Salida de la Crisis...* de la forma siguiente:

¿Cómo comprender las grandes evoluciones de la economía mundial?  
¿Cuáles cambios y en cuáles circunstancias se produjeron, creando, bajo la férula de las finanzas estadounidenses, las condiciones para el orden neoliberal y la hegemonía financiera de la cual éste es la expresión?  
(Duménil y Lévy, 2007a, p. 17)

En estas primeras líneas los autores dejan ver que el neoliberalismo es resultado de un conjunto de condiciones previas, y sientan a las finanzas en el banquillo de los acusados. Líneas después, citan algunas cifras sobre los niveles de pobreza y la mala calidad del nivel de vida que aparejan el enriquecimiento y empoderamiento de una minoría privilegiada; desde el primer momento quieren precisar las turbulencias del neoliberalismo.

Aparece entonces el objetivo principal de su libro: “determinar los orígenes y el contenido del nuevo curso del capitalismo” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 19). Es decir, el componente ontológico del capitalismo prevalece, no obstante, se han modificado algunos de sus rasgos; en consecuencia, estos elementos novedosos aparecen condensados en una parcialidad temporal delimitada: el neoliberalismo. Ahora bien, que el neoliberalismo se asocie a un *nuevo curso* del capitalismo remite necesariamente a la idea de la existencia de un *viejo curso*. Es necesario entonces definir aquellos elementos que posibilitan distinguir entre uno y otro.

---

través de una desvalorización del capital o de la masiva destrucción física de los medios de producción, como ocurrió durante la segunda guerra mundial. Algunos elementos de la crítica de Kliman se recuperan en el capítulo 20 de este mismo trabajo. Para una pormenorización en la supuesta inconsistencia de la teoría del valor-trabajo planteada por Marx, así como la discusión entre en torno al *costo de reposición* y el *costo histórico*, véase: Kliman (2007), Husson (2009b, 2010), Ramos (2003) y Astarita (2009).

De momento, puede afirmarse que el hecho de concebir al neoliberalismo como un nuevo curso del modo de producción capitalista exige el esclarecimiento sobre si es posible distinguir etapas de éste y cómo hacerlo.

Los autores continúan:

Por consiguiente, esta investigación nos remite al *centro*, al corazón del mundo capitalista, e incluso es posible afirmar que *al centro de su centro* (...) De este modo se plantean diversas preguntas. ¿Qué problemas originaron el cambio? ¿Cuál es la naturaleza de ese centro del centro? ¿Cuál es el contenido de los cambios que se produjeron y cuáles fueron sus efectos? (Duménil y Lévy, 2007a, p. 20)

Al referirse a los *problemas que originaron el cambio*, los autores sugieren que el neoliberalismo, en tanto que *nuevo curso*, apreció como una consecuencia de los desajustes del *viejo curso*, los cuales tuvieron tal impacto que derivaron en una transformación radical. Preguntar por la naturaleza del *centro del centro* es identificar aquellos elementos determinantes de las *grandes evoluciones* de la economía mundial, la pauta del devenir capitalista. Finalmente, la última pregunta rastrea las manifestaciones fenoménicas que brindan especificidad a la nueva fase; en ellas se ahondará más adelante, pero por ahora la tarea es exponer cómo identificar el cambio y lo subyacente en él: el *centro del centro*.

La respuesta a la primera pregunta relativa a la identificación de los problemas que fueron motores del cambio la encontramos en los ingresos de las clases dirigentes. Esta respuesta es muy precisa y simple: en los años setenta disminuyó sensiblemente la rentabilidad del capital de los grandes países desarrollados. En esta proposición habría que subrayar cada término. La naturaleza del acontecimiento: una baja de la rentabilidad del capital. ¿Dónde y cuándo?: en los países capitalistas más avanzados, en los años setenta. ¿Por qué fue tan importante ese fenómeno? porque dirigió la acción de las clases dominantes en las décadas siguientes. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 20)

Queda demostrado entonces que un primer elemento para explicar al neoliberalismo, considerado por los autores, es el comportamiento de la rentabilidad del capital en largo plazo, que recuperan de la tendencia de la *tasa de ganancia media* planteada por Marx en *El Capital*.

En el tomo tercero de su obra cumbre, Marx pasa de explicar la acción del capital, en general, a la acción recíproca que ejercen los capitales entre sí. Si bien, el capital sigue enfrentado al trabajo asalariado –como se expone en los dos tomos anteriores de *El Capital*– aquí se pone énfasis en una confrontación de capitales individuales. Éste es el preámbulo que permite pasar de la tasa de ganancia individual a la tasa de ganancia media, calculada como el total de la plusvalía social sobre la suma del capital constante y el capital variable de todos los capitales individuales (Marx, 1991, p. 213). De la acumulación de capital cíclica, queda entonces la siguiente ley: “... cualquier “capital social medio” tenderá a emplear cada vez más medios de trabajo y relativamente menos trabajo vivo, por lo que podrá absorber “cada vez menos plustrabajo.” (Guerrero, 2008, p. 75).

Esto significa que en la medida en la cual los capitales individuales tienden a incrementar su productividad, mediante la sustitución de trabajo vivo por trabajo pretérito (maquinaria), la disminución de la fuerza de trabajo en términos relativos impacta como una disminución en la capacidad de los medios de producción para absorber trabajo vivo, *ergo*, para añadir trabajo excedente bajo la forma de plusvalor.

Este hecho pone en evidencia una de las principales contradicciones del modo de producción capitalista: oposición entre la expansión productiva y la generación de valor:

La contradicción (...) consiste en que, de una parte, el régimen capitalista de producción tiende al desarrollo absoluto de las fuerzas productivas (...) mientras que, por otra parte, tiene como objetivo la conservación del valor-capital existente y su valorización hasta el máximo (...) Los métodos por medio de los cuales logra esto incluyen la disminución de la cuota de

ganancia, la depreciación del capital existente y el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo a costa de las fuerzas productivas ya producidas.

El medio empleado – desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas—choca constantemente con el fin perseguido, que es un fin limitado: la valorización del capital existente. (Marx, 1991, p. 247- 248)

El panorama es claro: la lógica capitalista en la cual los dueños de los medios de producción buscan incesantemente apropiarse de trabajo impago, es la misma que pone trabas a la reproducción porque lentifica la valorización de mercancías. El desarrollo de las fuerzas productivas deviene en una caída tendencial de la tasa de ganancia media, lo cual se resuelve mediante crisis económicas que empeoran las condiciones relativas de la clase obrera, y que expropian a los pequeños productores de sus capitales para concentrarlos en manos de los grandes capitalistas.

Pese a esto y a sabiendas de ello, el proceso social de trabajo, la interacción metabólica hombre- naturaleza, queda subsumido violentamente en la obtención de ganancia por aquéllos que poseen los medios de producción. El valor es principio y meta, la ganancia se posiciona como el fin superior de la reproducción social.

Tanto como por cantidad como por cualidad, la ganancia es el motor de la producción capitalista: ocupa el centro de la totalidad del entramado. No obstante, resta entonces la tarea de develar la lógica de dicho centro, develar el *centro del centro*. Como se mencionó, en la determinación de la tasa de ganancia confluyen los movimientos de la masa de plusvalía, el capital fijo y el constante; pero la conformación de tales en cuanto cantidad requiere de una respuesta compleja.

En un primer momento, Duménil y Lévy dicen que:

La respuesta a la segunda pregunta que se refiere a la naturaleza de ese centro del centro del cual partió la iniciativa es: una fracción particular de las clases dominantes, cuyos intereses financieros son preponderantes. En el curso de los años setenta había visto erosionarse su ingreso y su poder.

Ella fue la gran animadora del cambio y también la gran beneficiaria del mismo. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 21)

Pero dicha respuesta es apenas parcial en este punto del texto, ya que esa *fracción particular de las clases dominantes* no opera de ninguna manera en el vacío espacio- temporal ni aislada de la sociedad. Aquí, este vínculo con el resto del edificio social sólo puede deducirse de su atribución de ser *dominantes*, en el entendido de que sólo es posible a partir de su antítesis, los *dominados*.

En realidad la lógica del *centro del centro* se hace más explícita hasta páginas posteriores:

En el centro mismo de esos movimientos [las grandes transformaciones históricas] se encuentra la gran dialéctica de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, que era el fundamento de la teoría de la historia de Marx. Los principios generales son conocidos: el progreso de las fuerzas productivas y la metamorfosis de las relaciones de producción son interdependientes; a cada sistema de relaciones de producción corresponde una estructura de clase; las luchas de clase son la fuerza motriz de esta dinámica histórica; el Estado desempeña un papel clave. Ese marco analítico permite explicar la sucesión de los modos de producción, pero también las diferentes fases que se esbozan en el seno de un mismo modo de producción.<sup>4</sup> (Duménil y Lévy, 2007a, p. 20)

¿Cómo se concreta esta relación entre fuerzas productivas y relaciones de producción? Un ejemplo preciso es la implementación de la cadena de montaje en la producción, allá en la economía estadounidense de los albores del siglo XX.

En términos compactos, la cadena de montaje fue el claro resultado de una búsqueda del capital por aumentar la productividad del trabajo, llevar a un nivel superior la producción de mercancías, lo que implicó el mayor sometimiento de los obreros durante el proceso de trabajo capitalista al interior de las fábricas: al incrementar el grado de especialización laboral, fueron arrebatados del *savoir-faire* de la totalidad del proceso productivo de las mercancías; además, el ritmo de

---

<sup>4</sup> Sin corchetes en el original.

trabajo, la intensidad de la valorización, fue dado entonces por la máquina y el trabajador debía subordinarse a ella.

En el emblemático caso de la industria automotriz, los trabajadores pasaron de hacer coches a fabricar partes parciales de coches, concentrarse en tareas simples y especializadas<sup>5</sup>. Las consecuencias de este fenómeno se vieron cristalizadas en un incremento de la tasa de plusvalía<sup>6</sup>, lo cual derivó en repercusiones sobre el curso de la tasa de ganancia (Duménil y Lévy, 2007a, p.p. 207-277). Paralelamente a ello, ocurrían otros fenómenos históricos como la consolidación de monopolio, la progresión del imperialismo en África o el aumento de las tensiones políticas entre potencias mundiales, que devino en la Primera Guerra Mundial y en un nuevo trazo político del mundo.

La tasa de ganancia y sus fuerzas subyacentes tienen un tinte holístico, pues, si bien el materialismo histórico entiende el cambio social a partir de lo económico, éste no es un determinismo mecánico de la totalidad social, de modo que en la tasa de ganancia convergen también cuestiones del orden político, jurídico, social y cultural. Empero, para efectos de este trabajo, hay que precisar el papel de la tasa de ganancia exclusivamente en la economía: ¿es ésta una causa o consecuencia de las tendencias históricas del desarrollo capitalista?

Para Duménil y Lévy, el encadenamiento lógico debe quedar de la manera siguiente:

↓ Ritmo del progreso técnico<sup>7</sup>, ↓ tasa de ganancia, ↓ ritmo de acumulación, ↑ desempleo.

---

<sup>5</sup> En el tomo I de *El Capital*, Marx (1979) ya bosquejaba la progresiva especialización de la producción capitalista, en sus capítulos: “Cooperación”, “División del trabajo y manufactura” y “Maquinaria, y gran industria”. En ese tenor, puede afirmarse que la cadena de montaje marcó un hito histórico para la producción capitalista de mercancías. Véase: Coriat (2000).

<sup>6</sup> En Marx, dada por la relación  $P/V$ , donde  $P$  es la masa de plusvalía y  $V$ , el capital variable. Véase: Marx (1979a), capítulo VII.

<sup>7</sup> Los autores entienden por *progreso técnico* a la capacidad que tiene el capital para economizar mano de obra respecto al producto generado; el principal medio para lograrlo es la mecanización, entendida como la incorporación de máquinas que hagan más eficiente la producción de mercancías. En términos de Marx, este hecho puede traducirse como el incremento progresivo de la composición orgánica del capital, el cual se apareja de la extracción de *plusvalía relativa*.

De modo que dar seguimiento a la tasa de ganancia permite establecer vínculos sobre: mejoras en las técnicas productivas, así como su grado de penetración espacial y sectorial; la distribución del producto, es decir, del total de valor que una sociedad produce, qué porción se destina a la adquisición y reposición de bienes de capital y materias primas, cuál a los salarios y cuál queda en manos de los capitalistas para su consumo improductivo (Duménil y Lévy, 2007a, p. 20 y 42). Según la tesis de los franceses, en estos movimientos puede observarse la especificidad de la fase neoliberal.

A manera de conclusión, cabe decir que la teoría del neoliberalismo de Duménil y Lévy tiene pretensiones marxistas porque, en un primer momento, se apropia del estudio de la tasa de ganancia media como una herramienta útil para explicar una fase particular del modo de producción capitalista, el neoliberalismo. Además, con su seguimiento, intentan reafirmar también la tesis de Marx sobre el desarrollo de las fuerzas productivas en relación con las relaciones sociales de producción como seno motriz del curso histórico.

No obstante, también podría señalarse que cuando Marx planteó el estudio de la tasa de ganancia, no necesariamente lo hacía con el objetivo de ofrecer un criterio explícito de periodización para el modo de producción capitalista. Como se verá más adelante, este tema es de gran relevancia teórica.

## **2. El problema de la disección histórica del desarrollo capitalista**

Otra tesis de Duménil y Lévy afirma que Marx no alcanza a resolver el problema de la segmentación histórica del modo de producción capitalista. Los autores sostienen que Marx esboza una teoría de la historia de largo plazo, es decir, la

---

Como puede verse, el incremento del progreso técnico no necesariamente genera desempleo sino que, por el contrario, disminuye el desempleo. ¿Cuál es la lógica de este argumento? Si bien es cierto que la maquinización implica desplazamiento de trabajo vivo (aumento de la composición orgánica del capital), el aumento de la extracción de plusvalía por la vía relativa tiende a elevar la tasa de ganancia, con ello se incrementa la tasa de acumulación, el capital genera nuevas inversiones y con ello aumentan los requerimientos de trabajo asalariado. Así pues, el impacto de la acumulación sobre las nuevas inversiones y el incremento de empleos es mayor al desplazamiento de trabajo vivo que deriva de la maquinización del proceso laboral. Véase Duménil y Lévy (2007a, pp. 56- 57).

construcción de su método dialéctico lo lleva a encontrar una propuesta de explicación para la sucesión de diversos modos de producción<sup>8</sup>, y estas rupturas le hacen pensar que el modo de producción capitalista no es de forma alguna un absoluto de la historia. Pese a ello, Duménil y Lévy encuentran en *El Capital* algunos criterios que el autor alemán no llegó a desarrollar a fondo<sup>9</sup>.

Duménil y Lévy afirman que la concepción materialista de largo plazo sobre la historia, sostenida por Marx, le llevó a incurrir en una omisión teórica: Marx “piensa que la mundialización del capitalismo acelerará la revolución”, ligado a “(...) la sucesión de los modos de producción que culmina con la superación del capitalismo” (s.f.b, p. 3).

El problema, enuncian los franceses, es que han pasado años de mundialización de capitales y la revolución que supere al capitalismo no ha llegado; por el contrario, esta mundialización ha derivado en la fase actual, la neoliberal, caracterizada por un mayor empoderamiento político de las clases dominantes y grandes derrotas populares. Por lo tanto, Marx tiene un gran hueco en su obra, pero afortunadamente dejó esbozados los elementos para cubrirlo.

Concluyen entonces que es necesario rastrear aquellos elementos cuya presencia permita explicar por qué la superación del capitalismo aún no ha llegado, dar cuenta de por qué el capitalismo actual viró hacia un sentido y no hacia otro (Duménil y Lévy, s.f.b, p.7).

## **2.1. Antecedentes históricos sobre la discusión de criterios para la periodización del capitalismo**

Duménil y Lévy no son pioneros en el debate sobre la periodización capitalista, por el contrario, el tema ha sido objeto de discusiones profundas en los autores adheridos a la tradición del materialismo histórico. En términos generales, la

---

<sup>8</sup> Véase Marx (1989).

<sup>9</sup> Encuentran que existen diversas periodizaciones al respecto, a partir de la configuración de los procesos técnico-organizativos. De ello desprende la fase de cooperación, la manufactura, el maquinismo y la gran industria (Duménil y Lévy, s.f.b, p. 7).

controversia ha girado en torno a si es posible hallar fases diferenciadas del capitalismo y, de ser así, cuál es el criterio más adecuado para determinarlas.

Duménil y Lévy (s.f.b, pp. 7-8) refieren, al menos, a dos criterios destacados para diseccionar el desarrollo capitalista: 1) por las formas de competencia, en Lenin y Hilferding; y 2) por el desenvolvimiento de la rentabilidad, la acumulación y el crecimiento, en Mandel y Dockès y Rosier. A continuación, ambos criterios serán expuestos en sus ámbitos principales.

## 2.2. El criterio de competencia

El criterio de competencia apareció como consecuencia de las condiciones que presentaba la economía norteamericana a finales del siglo XIX, donde un descenso de la tasa de ganancia derivó en un período prolongado de estancamiento económico (Duménil y Lévy, s.f.b, p. 7). Una de las estrategias emprendidas por los grandes capitalistas fue la conformación de cárteles y clústeres, con lo cual repartían las ganancias sin recurrir necesariamente a la competencia.

Una de las tesis principales para la explicación de este hecho fue la expansión del capitalismo en su forma monopolista, que vio la luz en las plumas de Lenin y Hilferding, principalmente, y de la cual Duménil y Lévy distinguen dos componentes analíticos, en tanto que hecho histórico y en tanto que tendencia capitalista. Mencionan que: “Reducida a una teoría de la concentración, la tesis del *capitalismo monopolista*, como etapa del capitalismo tiene fuerza de evidencia. Pero en cuanto teoría del fin de la competencia o, incluso, de su moderación, es errónea” (Duménil y Lévy, s.f.b, p.7).

Dichas conclusiones se sostienen a partir de lo expuesto en *Crisis y Salida de la Crisis...*: la crisis económica de fines del siglo XIX se acompañó de acuerdos entre empresarios, que permitían a estos últimos protegerse de los vaivenes de la competencia (Duménil y Lévy, 2007a, p. 209). En contraste, durante el

neoliberalismo, las concesiones a la libre movilidad de capital han posibilitado la aparición de un entramado financiero mediante el cual un gran número de empresas, de tamaños diversos, se poseen unas a otras (Duménil y Lévy, 2007a, p. 169). En conclusión, la etapa monopolista del capital les parece innegable, pero el capitalismo no necesariamente camina hacia la monopolización sino que, de modo subyacente, lo ha hecho hacia la *financiarización*<sup>10</sup>. Se debe agregar que la negación de la tendencia a la monopolización del capitalismo no significa el divorcio de Duménil y Lévy con la teoría leninista del imperialismo. En Lenin:

Si fuera necesario dar una definición lo más breve posible del imperialismo, debería decirse que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo. Una definición tal comprendería lo principal, pues, por una parte, el capital financiero es el capital bancario de algunos grandes bancos monopolistas fundido con el capital de los grupos monopolistas de industriales y, por otra, el reparto del mundo es el tránsito de la política colonial, que se expande sin obstáculos en las regiones todavía no apropiadas por ninguna potencia capitalista, a la política colonial de dominación monopolista de los territorios del globo, enteramente repartido. (...) Pero las definiciones excesivamente breves, si bien son cómodas, pues resumen lo principal, son, no obstante, insuficientes, ya que es necesario deducir de ellas especialmente rasgos muy esenciales del fenómeno que hay que definir. Por eso, sin olvidar la significación condicional y relativa de todas las definiciones en general, las cuales no pueden nunca abarcar en todos sus aspectos las relaciones del fenómeno en su desarrollo completo, conviene dar una definición del imperialismo que contenga sus cinco rasgos fundamentales siguientes, a saber: 1) la concentración de la producción y del capital llegada hasta un grado tan elevado de desarrollo que ha creado los monopolios, que desempeñan un papel decisivo en la vida económica [sic]; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de este “capital financiero”, de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particular; 4) la formación de

---

<sup>10</sup> Véase el capítulo 5 de este mismo trabajo.

asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo, y 5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes. El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en la cual ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido una importancia de primer orden la exportación de capital, ha empezado el reparto del mundo por los *trusts* internacionales y ha terminado el reparto de todo el territorio del mismo entre los países capitalistas más importantes. (Lenin, 1998, pp. 12-13)

Los autores franceses asumen al imperialismo no como una fase particular de la historia, sino como una tendencia estructural del capitalismo, la cual queda de manifiesto aun sin su componente monopolista, para cuya demostración es necesario hacer una reconfiguración de la teoría del imperialismo (Mercatante y Remould, 2007a). Así pues, Duménil afirma que:

El imperialismo es una característica estructural permanente del capitalismo desde sus orígenes. Su forma se modifica continuamente con las propias transformaciones del capitalismo. El sistema imperialista debe ser entendido como una pirámide donde el más avanzado explota al menos avanzado, utilizando la violencia económica “simple”, particularmente la apertura de las fronteras comerciales entre países con niveles de desarrollo muy desiguales, u otros métodos tradicionales de violencia directa: corrupción, subversión y guerra. (Durand y Keucheyan, 2008)

En estas formas modificadas, aparecen las finanzas, las cuales permanecen después de la depuración de la acepción del imperialismo en Lenin. A través de esta propuesta, es posible la existencia de un imperialismo más allá de la etapa monopolista, en el que las finanzas siguen con una postura central, al ritmo del neoliberalismo, lo que Duménil y Lévy (s.f.b, p. 9) identifican como el *mix neoliberal-imperialista*.

### 2.3. El criterio de la rentabilidad, la acumulación y el crecimiento.

De esta postura, los grandes referentes son Nikolái Kondrátiev, Ernest Mandel (Duménil y Lévy, s.f.b, p. 8) y el trabajo de Pierre Dockès y Bernard Rosier (Duménil y Lévy, 2007a, p. 243). A grandes rasgos, estos autores fijan su atención en la evidencia empírica, de tipo cuantitativo, que arroja la producción capitalista de mercancías en el largo plazo. Kondrátiev tiene un sitio privilegiado en la historia del pensamiento económico como uno de los primeros referentes en este tipo de análisis; su aporte fue encontrar ciclos temporales largos, ascendentes y descendentes, a partir de los precios de producción (Duménil y Lévy, s.f.b, p. 8). Como describió críticamente Trotsky (como se cita en Mandel, 1979, p. 125), dichos ciclos largos, o mayores, están conformados por cinco ciclos menores, en total equivalen a cincuenta años aproximadamente. La mitad de este tiempo es de auge, mientras que la mitad restante corresponde a la crisis. En el presente trabajo no se avanzará más sobre las consideraciones de Kondrátiev, ya que están superadas por Mandel, Dockès y Rosier, y los mismos Duménil y Lévy<sup>11</sup>.

#### 2.3.1. Ernest Mandel

La pregunta generadora para dar cauce a los trabajos de Mandel sobre la periodización capitalista es: ¿cómo entender la dinámica del movimiento histórico del capitalismo a partir de sus leyes internas? (Mandel, 1979, p. 14), hecho que lo remitía a la dialéctica entre lo concreto y lo abstracto (Mandel, 1979, p. 23). Mandel se adhirió a las críticas que Roman Rosdolsky planteó a los trabajos de Rudolf Hilferding, Rosa Luxemburgo, Henryk Grossman y Nikolai Bujarin (Mandel agrega a Otto Bauer), en tanto que, a grandes rasgos, pretendieron estudiar las leyes del movimiento del capital a partir de los esquemas de reproducción de

---

<sup>11</sup> Para ahondar en los términos en los que dichos trabajos superan a Kondrátiev, véase: Mandel (1979) y Duménil y Lévy (s.f.b).

Marx, lo cual les llevó a encontrar explicaciones monocausales de la dinámica capitalista<sup>12</sup>. Para Mandel, la manera de abordar la problemática era errónea:

(...) todo supuesto basado en un sólo factor es claramente contrario a la noción de modo de producción como una totalidad dinámica en la que la interacción de todas las leyes básicas del desarrollo es necesaria a fin de producir cualquier resultado particular (...) *todas* las variables básicas que determinan el desarrollo de este modo de producción pueden desempeñar en forma parcial y periódica el papel de variables autónomas; naturalmente, no hasta el punto de una independencia completa, sino en una interacción constantemente articulada a través de las leyes del desarrollo de todo el modo de producción capitalista. (Mandel, 1979, p. 39-40)

Así pues, Ernest Mandel apunta que en el curso del desarrollo histórico capitalista se manifiesta la dinámica de interacción de la totalidad, observable en los siguientes seis procesos:

(...) la composición orgánica del capital en general y en los sectores más importantes en particular (...); la distribución del capital constante entre capital fijo y circulante (...); el desarrollo de la tasa de plusvalía; el desarrollo de la tasa de acumulación (...); el desarrollo del ciclo de rotación del capital; y las relaciones de intercambio entre los dos sectores (...). (Mandel, 1979, p. 40)

Las variables elegidas por Mandel son un juego de fuerzas que subyacen al comportamiento de la tasa de ganancia, éstas se sintetizan en ella:

(...) la historia del capitalismo y, al mismo tiempo, la historia de sus regularidades internas y sus contradicciones internas en desarrollo, sólo pueden ser comprendidas y explicadas como una función de la interacción de estas seis variables. Las fluctuaciones en la tasa de ganancia son el sismógrafo de esta historia (...) Pero son sólo *resultados* que deben ser

---

<sup>12</sup> A propósito, véase: Mandel (1979, pp. 26- 39).

explicados, ellos mismos, por la interacción de las variables. (Mandel, 1979, p. 40)

Lo importante es que dichas variables no necesariamente están determinadas endógenamente por el sistema; años más tarde, el autor agregaría:

(...) al demostrar cómo se da en el sistema de Marx una interrelación dialéctica y compleja de varios procesos que no están predeterminados mecánicamente y unilateralmente, captamos el método que debe emplearse para explicar los marcados ascensos a largo plazo de la tasa media de ganancia (...). (Mandel, 1986, p. 12)

Una vez que Mandel hubo propuesto tal método para abordar el movimiento histórico capitalista y su relación con sus propias leyes internas, formuló un postulado que segmenta analíticamente (que no de forma ontológica, por lo cual se infiere que están complejamente superpuestos) a la temporalidad capitalista en tres momentos, en orden de duración: el ciclo industrial, la onda larga y el período histórico.

#### 2.3.1.1. El ciclo industrial

Mandel comienza por decir que, hasta entonces, el movimiento de la tasa de ganancia sólo había sido abordado desde dos marcos de temporalidades: en el ciclo industrial y en el ciclo vital del sistema capitalista (Mandel, 1986, p. 10). En la recuperación que hace de la exposición del ciclo industrial, en *El Capital* de Marx, Mandel dice:

Los movimientos de ascenso y descenso de la acumulación capitalista en el curso del ciclo industrial pueden ser caracterizados de la siguiente manera. En el período de auge, hay un aumento en la masa y en la tasa de ganancia y un ascenso tanto del volumen como del ritmo de la acumulación. Inversamente, en una crisis y en el período subsecuente de depresión, tanto la masa como la tasa de ganancia declinarán, del mismo modo que lo harán el volumen y el ritmo de la acumulación. El ciclo

industrial consiste por tanto en la *aceleración y desaceleración sucesivas de la acumulación*. (Mandel, 1979, p. 106)

Durante este auge, se dificulta paulatinamente la valorización del capital, cuyo límite es anunciado por la caída de la tasa de ganancia: “La noción de sobreacumulación indica una situación en la que una porción del capital acumulado sólo se puede invertir con una *tasa de ganancia* inadecuada y sólo logrando una tasa de interés cada vez más baja” (Mandel, 1979, p. 106). En sentido contrario, durante la crisis se manifiesta la subinversión: “(...) se invierte menos capital del que se podría acumular en un nivel dado de la producción de plusvalía y a una tasa de ganancia (ascendente) también dada” (Mandel, 1979, p. 107). De este modo, en esas fases de crisis la tasa media de ganancia se eleva, “[proceso] que a su vez permite la intensificación de la producción y la acumulación” <sup>13</sup> (Mandel, 1979, p. 107); por lo tanto: “El ascenso, la caída y la revitalización de la tasa de ganancia corresponden y determinan, al mismo tiempo, los movimientos sucesivos de la acumulación de capital” (Mandel, 1979, p. 107).

Pero, además, en continuación de la secuencia con Marx, el ciclo industrial está ineludiblemente asociado al tiempo necesario para la rotación y reposición del capital fijo; durante entre siete y diez años, las máquinas absorben gastos para su reparación hasta que finalmente quedan obsoletas y son remplazadas por otras más recientes, un nuevo inicio de ciclo que remite al proceso de reproducción ampliada de capital (Mandel, 1979, p. 107).

El problema para Mandel radica en esclarecer la lógica interna en la sucesión de dichos ciclos, en períodos de duración mayores a cinco, siete o hasta diez años. Mandel profundiza sobre la sucesión de ciclos industriales y sobre la reproducción ampliada, señalando dos formas diferenciadas de esta última, tomadas de Grossman:

[La primera] en condiciones en que no se da una *revolución tecnológica* que afecte a todo el aparato social de producción. Y existe la otra forma en la que

---

<sup>13</sup> Sin corchetes en el original.

no sólo hay una expansión, sino una *renovación fundamental* de la tecnología productiva (...) <sup>14</sup>. (como se cita en Mandel, 1979, p. 107)

Es en la profunda renovación de las cualidades técnicas de la producción desde donde se vislumbra la temporalidad del largo plazo. Como se expuso anteriormente, los períodos de subinversión son expresión de la caída de la tasa de ganancia, además de que actúan como freno de esta misma tendencia; pero su sucesión periódica también tiene la función de crear una reserva histórica de fondos de capital, útiles para acumular capital por encima del nivel común requerido por la reproducción ampliada de dicha fase y de las inmediatas anteriores. Es decir, si bien, al final de cada ciclo existe una masa de excedente disponible para la ampliación de maquinaria, el mencionado nivel común para la reproducción ampliada, esta masa por sí sola no es suficiente para dar un salto cualitativo hacia técnicas productivas superiores. Para hacerlo, es necesaria la reserva histórica de fondos, disponible solamente de la masa creciente de plusvalía no acumulada durante la sucesión de ciclos de subinversión (Mandel, 1979, p. 111).

#### 2.3.1.2. La onda larga <sup>15</sup>

De la anterior exposición se desprende la reproducción de capital en una temporalidad más amplia que la acotada desde el análisis del ciclo industrial. La propuesta, emergente a partir de los marcos temporales ya mencionados líneas arriba, es que:

Nosotros propugnamos que debe intercalarse un tercer marco temporal, con el fin de ser coherentes tanto con el análisis teórico general como con los datos empíricos disponibles. Este tercer marco temporal es

---

<sup>14</sup> Sin corchetes en el original.

<sup>15</sup> En el capítulo IV de *El capitalismo tardío*, Mandel (1979, p. 117- 119) equipara “onda” con “fase” para dar sustento a la existencia de períodos históricos específicos al interior del desarrollo capitalista. En su obra, “onda expansiva” y “onda recesiva” son nociones centrales, pero, para este punto, la primera la denomina como “fase inicial” y la segunda como “segunda fase”; ambas respecto a la totalidad del ya mencionado período histórico. En adelante, en este trabajo se utilizará “onda” y “fase” indistintamente, por lo cual dicha equiparación no debe prestarse a confusión.

precisamente el de las llamadas ondas largas de veinte a veinticinco años de duración. (Mandel, 1986, p. 10)

Comienza a vislumbrarse el análisis de la onda larga, que para Mandel debe tener estrictas restricciones metodológicas si se pretende hacer el abordaje analítico desde el pensamiento marxista:

En realidad, cualquier teoría marxista de las ondas largas en el desarrollo capitalista sólo puede ser una teoría de la acumulación de capital o, si se desea expresar esa misma idea con otras palabras, una *teoría de la tasa de ganancia*. (Mandel, 1986, p. 8)

Sin embargo, aún queda por explicar por qué el capital, que permanecía ocioso, se reincorpora a la acumulación en ciertos períodos, situación deducida de una previa recuperación de los niveles de la tasa media de ganancia, incluso por encima de los máximos posibles que ofrece el propio mecanismo de subinversión en la crisis (Mandel, 1979, p. 112), además de la paulatina aparición de una serie de elementos que se convertirán en el complejo cúmulo de innovaciones que dará sustento a las técnicas superiores. De lo anterior, y en consecuencia, es necesario también esclarecer lo siguiente: si una subida de la tasa de ganancia después de varios períodos de subinversión contribuye a una renovación cualitativa de las técnicas productivas, lo que deriva en la aparición de las condiciones propicias para un incremento de la composición orgánica de capital, ¿cómo la tasa de ganancia mantiene altos sus niveles en el largo plazo?

#### 2.3.1.3. La súbita recuperación de la tasa de ganancia

Ambas cuestiones remiten a la naturaleza de los procesos mencionados subyacentes al comportamiento de la tasa de ganancia. Una vez más, se debe recordar que Mandel entiende al capitalismo como una totalidad abierta, un juego de fuerzas condicionado, mas no necesariamente determinado: “Diversas variables claves del “sistema” marxista son *variables parcialmente autónomas*. Sus correlaciones no son mecánicas” (Mandel, 1986, p. 11).

En cuanto a los repentinos aumentos de la tasa de ganancia, los denominados factores extraeconómicos tienen una participación fundamental. Por factores extraeconómicos, Mandel se refiere a: “guerras de conquista, ampliación y contracción del ámbito de actuación del capital, competencia intercapitalista, lucha de clases, revoluciones y contrarrevoluciones, etc.” (Mandel, 1986, p. 19). Los factores extraeconómicos no son hechos que nada tengan que ver con la economía, al contrario, se refiere a que estos factores no se deducen lógicamente de las leyes del comportamiento de la acumulación de capital; aparecen de condiciones históricas específicas y, a la vez, dan continuidad y especificidad al desarrollo capitalista: “Para expresarlo con más claridad: aunque la lógica interna de la leyes [sic] de movimiento capitalista pueda explicar la *naturaleza acumulativa de cada onda larga, una vez iniciada*, y aunque también pueda explicar la transición de una onda larga expansiva a una onda larga de estancamiento, no puede explicar el paso de la última a la primera” (Mandel, 1986, p. 18).

De forma resumida: los descensos de la tasa de ganancia son endógenos a las leyes del capital; los ascensos, no (Mandel, 1986, p. 19). Así pues, la súbita elevación del nivel medio de la tasa de ganancia después de sucesivos ciclos industriales con subinversión puede atribuirse a los siguientes procesos:

1. Una caída brusca de la composición orgánica del capital promedio (...)
  2. Un incremento rápido de la tasa de plusvalía (...)
  3. Una caída brusca de los elementos constitutivos del capital constante (...)
  4. Una reducción repentina del tiempo de rotación del capital circulante (...).
- (Mandel, 1986, p. 112)

A saber, tales procesos no difieren sustancialmente de las acciones para contrarrestar la caída de la tasa media de ganancia, de cuales se dio cuenta Marx en *El Capital*, sólo que Mandel quiere hacer énfasis en que detrás de aquellos procesos se están jugando una serie de factores extraeconómicos, lo cual hace, no para criticar a Marx, sino a sus posibles intérpretes mecanicistas. Establecido lo anterior, puede realizarse una exposición sobre el papel de las renovaciones fundamentales de la tecnología productiva. Pero, antes de entrar de lleno en

materia, se requiere ahondar en lo que Mandel asume como una revolución tecnológica.

Siguiendo a Marx en su exposición en *El Capital*, Mandel apunta que las revoluciones tecnológicas están asociadas a profundos cambios cualitativos en la producción de máquinas por medio de máquinas, aparejados de revoluciones energéticas:

La producción de “máquinas motorizadas”, (...) es el movimiento determinante de la formación de un “sistema organizado de máquinas” (...) Esta producción de máquinas y ante todo máquinas que se retroalimenten energéticamente, por otras máquinas, es la premisa histórica para el cambio radical de la tecnología. (...) Las revoluciones fundamentales de la tecnología energética (...) se presentan así como los momentos fundamentales de las revoluciones tecnológicas en su conjunto. (Mandel, 1979, p. 115)

El autor ubica tres cambios de este tipo a lo largo de la historia: la producción mecánica de motores a vapor, posteriormente los motores eléctricos y de combustión interna, hasta llegar a la producción alimentada por energía nuclear y recurrente de la tecnología electrónica (Mandel, 1979, p. 115). De forma analítica, estas tres grandes innovaciones en la técnica son cruciales para la comprensión del movimiento de las ondas largas. Detrás de cambios tan profundos, descansa el proceso del acumulamiento<sup>16</sup> de fondos históricos, el excedente que no se reincorpora al proceso de valorización debido a las tendencias depresivas de la tasa de ganancia, que evidentemente tiene una estrecha relación con las revoluciones tecnológicas. No sólo se trata de relacionar una revolución en la técnica con un período histórico, sino de relacionar los momentos de estas innovaciones con la lógica interna de la acumulación, que es la alternancia entre ondas expansivas y depresivas.

Durante las ondas expansivas, el comportamiento de la tasa de ganancia incentiva a los capitalistas a invertir en la investigación necesaria para el desarrollo de

---

<sup>16</sup> *Acumulamiento* se utiliza para hacer un no crear confusión con la *acumulación* de capital.

tecnologías revolucionarias (Mandel, 1986, p. 36), aunque su implementación como centro de la técnica generalizada de producción no tiene su lugar en este período. Los motivos son dos: 1) “Se han producido enormes desembolsos de capital que necesitan ser depreciados y valorizados. Reemplazarlos con demasiada rapidez iría en contra de estas necesidades” (Mandel, 1986, p. 40); y 2) la relación entre revoluciones tecnológicas y revoluciones en la organización del trabajo (Mandel, 1986, p. 39). De este último, los capitalistas no pretenden cambiar la organización del trabajo debido a que “provocarían una fuerte resistencia por parte de la clase obrera, frecuentes interrupciones de la producción y una agudización generalizada de la lucha de clases (...)” (Mandel, 1986, p. 40).

Una vez más, los desembolsos son en investigación, mas no en promoción y establecimiento de los nuevos descubrimientos. La expansión de las nuevas técnicas en el corazón de la producción capitalista se desarrolla durante la onda depresiva. Las bajas expectativas de ganancia presionan a los capitalistas para invertir sus fondos en la disminución de los costos de producción, por lo cual se expanden las técnicas, que en el período anterior de auge, fueron innovaciones radicales (Mandel, 1986, p. 36); además, se presentan las condiciones propicias para reformular los términos de la organización del trabajo. Transcurrido cierto tiempo, la implementación de estas innovaciones en la reproducción del capital, tanto en técnica como en organización, permite crear condiciones para salir de la onda depresiva. De esta relación hay que hacer algunos comentarios ya implícitos en la teoría de Mandel, pero que merece la pena poner claramente de manifiesto:

1) Las revoluciones tecnológicas son, a grandes rasgos y con riesgo de hacer una llana simplificación de su vasta complejidad, profundos cambios cualitativos que tocan a la totalidad de la producción capitalista, que imbrican en sí novedades radicales en maquinaria, energía y organización del trabajo: “Cuando se realiza una revolución tecnológica en la producción de las máquinas motorizadas por medio de maquinaria, entonces todo el conjunto del sistema de máquinas es transformado progresivamente” (Mandel, 1979, p. 115).

2) En Mandel, el papel de las innovaciones tecnológicas es sólo uno más de los procesos manifestados en el curso de la tasa de ganancia, no su determinante principal (Mandel, 1986, p. 8): de puras innovaciones tecnológicas no se deduce lógicamente una recuperación en el comportamiento de la tasa de ganancia. Este aspecto es una diferenciación al argumento de Joseph Schumpeter, eminente economista que se encargó de estudiar el papel de las innovaciones en el capitalismo a partir de las personalidades innovadoras y su relación con las empresas (Mandel, 1979, p. 142).

Por encima de ello, Mandel afirma que la carencia de Schumpeter es no conectar el eslabón central de la tasa de ganancia con las innovaciones (Mandel, 1979, p. 143). En palabras del propio Mandel:

Aunque estos factores son evidentemente muy importantes [las innovaciones radicales en la técnica y la organización del trabajo], deben barajarse otros: la fuerza (...) de la clase obrera (...) y la del movimiento obrero organizado; el grado de seguridad y combatividad de la clase obrera; su grado de autonomía con respecto a las ideologías burguesas dominantes; la fuerza relativa de la vanguardia obrera en el seno de la clase y en el movimiento obrero (...); la correlación de fuerzas entre la vanguardia obrera y los aparatos burocráticos (...).<sup>17</sup> (Mandel, 1986, p. 46)

Y continúa enunciando así un numeroso grupo de factores que pueden incidir en el proceso, lo cual deja de manifiesto que Mandel no aspira a un determinismo tecnológico sino a “una dialéctica de los factores objetivos y subjetivos del desarrollo histórico” (Mandel, 1986, p. 43), donde las crisis son endógenas a la lógica de acumulación capitalista pero “la salida de la onda larga depresiva no está predeterminada” (Mandel, 1986, p. 46).

#### 2.3.1.4. La aparición de la onda expansiva

---

<sup>17</sup> Sin corchetes en el original.

Una vez enunciadas algunas consideraciones básicas en torno a la subida de la tasa de ganancia, es mucho más sencillo explicar cómo se dibujan las ondas largas en la temporalidad capitalista. La explicación a esta interrogante está – nuevamente– en la recuperación de los procesos que se sintetizan en el movimiento de la tasa de ganancia, con sus respectivos componentes subjetivos y objetivos.

Como ya se dijo, hay determinantes exógenas a las leyes de acumulación de capital que derivan en recuperaciones repentinas de la tasa de ganancia. Uno de estos factores determinantes, no menos importante que el resto, es la tecnología. Si se incorporan nuevas máquinas para la reducción de costos, ¿por qué ello no deriva en una nueva e inmediata caída de la tasa de ganancia? Una primera respuesta es que tal sustitución renovadora no ocurre de inmediato, sino paulatinamente, pero más importante aún es el papel de la sincronización de fuerzas que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia, en el largo plazo (Mandel, 1986, p. 24):

(...) un brusco ascenso de la tasa media de ganancia acontece cuando varios de los cinco factores que hemos mencionado anteriormente (...) operan de forma sincronizada, superando así la caída a largo plazo, previamente reconocible, de la tasa media de ganancia. Esto no significa que esos factores anulen los normales altibajos cíclicos de la tasa media de ganancia (...), pero sí significa que actúan de freno a los descensos cíclicos, lo que ocurre en la medida en que las fuerzas de contrapeso operan con más vigor y de forma más sincronizada que antes.<sup>18</sup> (Mandel, 1986, p. 13)

La sincronización de tales fuerzas, aunada a las condiciones que ofrecía la fase recesiva, permite el esbozo de una onda larga en la reproducción capitalista. No está de más apuntar aquí la relación entre la onda larga y los ciclos, pues, sin

---

<sup>18</sup> En *Las ondas largas...* enuncia cinco factores posibles para la recuperación de la tasa de ganancia, que no se alejan sustancialmente de los cuatro que se recuperan aquí en el apartado intitulado “La repentina recuperación de la tasa de ganancia”, extraídos de *El capitalismo tardío*, obra anterior a la de esta cita.

mayor profundización, parecería que en una fase expansiva no hay períodos de recesión, mientras que en una onda depresiva no puede haber un solo período de auge. No ocurre así, a saber:

Existe una articulación entre las ondas largas del desarrollo capitalista y el ciclo comercial normal. Durante una onda larga expansiva los períodos de ascenso, prosperidad y *boom* duran más y son más pronunciados, y las recesiones son más cortas y menos agudas (...) Pero durante una onda larga expansiva hay de hecho recesiones (...). Igualmente, durante una onda larga con tendencia al estancamiento hay períodos de ascenso y prosperidad. (Mandel, 1986, p. 24)

Se agrega entonces que: “La “onda larga” sólo es concebible como el resultado de estas fluctuaciones cíclicas y nunca como una superimposición metafísica sobre ellas” (Mandel, 1979, p. 120). El curso de la onda larga, entonces, se gesta en el seno de la reproducción del capital, como resultado de las sucesiones continuas del ciclo comercial, por lo cual no puede asumirse solamente como una mera extrapolación temporal del ciclo industrial (Mandel, 1986, p. 25).

En resumen, después de una repentina subida de la tasa de ganancia, antecedida por una fase recesiva, hay fuerzas, cuyo comportamiento no es necesariamente endógeno al sistema, que actúan en sincronía para que la tasa de ganancia se mantenga elevada en el largo plazo. Dichas fuerzas operan en el plano de la reproducción de capital, por lo que el curso de la onda larga (la tasa de ganancia en el largo plazo) es el resultado de sus fluctuaciones cíclicas, en vez de que la onda se imponga al curso de las fluctuaciones. Esto permite recesiones aun en fases expansivas y viceversa.

#### 2.3.1.5. El período histórico

El período histórico es el tercer marco temporal que arroja la obra de Ernest Mandel para entender la dinámica capitalista a lo largo de la historia. Este período permite llevar a cabo diferenciaciones de temporalidad al interior del desarrollo capitalista, a partir del desenvolvimiento mismo de las leyes generales del capital:

“(…) podemos aceptar la idea de que las ondas largas son mucho más que simples altibajos rítmicos de crecimiento de la economía capitalista. Vienen a ser períodos históricos precisos en un sentido real” (Mandel, 1986, p. 92).

El período histórico es la mediación entre la generalidad de las leyes del capital y las particularidades que le dan destino a su curso; en él aparece la especificidad de lo subjetivo, y tiende un puente dialéctico con los factores objetivos. Son las condiciones únicas del período histórico las que permiten, en el largo plazo, la elevación y sostenimiento de la tasa de ganancia (Mandel, 1979, p. 117). A partir de lo anterior, Mandel permite formular la posibilidad de una periodicidad al interior del capitalismo, según distinciones visibles en el espacio temporal de su desarrollo.

#### 2.3.1.6. Conclusiones en torno a Mandel

Del amplio trabajo de Mandel, se pueden extraer múltiples conclusiones, cuya revisión a la luz de los datos empíricos y de la teoría de Marx debe ser constante. Como se mencionó, a los dos marcos temporales enunciados al principio de la exposición, el del ciclo industrial y el del ciclo vital del capital, Mandel agrega el de la onda larga.

En este trabajo se ha demostrado que el autor realiza un esfuerzo analítico para ofrecer una alternativa a los marcos teóricos del ciclo industrial y del ciclo vital del capital, a la vez que se ha afirmado que su propuesta es la segmentación analítica del curso histórico del capitalismo en tres temporalidades: el ciclo industrial, la onda larga y el período histórico. Esto no tiene por qué prestarse a confusión. Las temporalidades analíticas de Mandel no son, de forma alguna, confundibles con aquéllas a las cuales pretende dar una explicación alternativa y superior.

En realidad, el as teórico que juega Mandel es el de la onda larga, entendida como una doble mediación, tanto real como discursiva: lo abstracto y lo concreto que

emerge de entre las leyes generales del capitalismo y su especificidad histórica, los rasgos positivos que en él se manifiestan (de ahí su interés en el estudio de las estadísticas que dan cuenta del comportamiento de la producción industrial y del comercio mundial); y, a la vez, también media entre el ciclo industrial y el período histórico. En este último aspecto, hay una confrontación del binomio *ciclo industrial-ciclo vital del capital*, observable en los teóricos del derrumbe<sup>19</sup> (Mandel, 1986, p. 10): por el *ciclo industrial-período histórico* que es superior, ya que no remite al inmanente e invariable destino del derrumbe inmediato del capitalismo por sus contradicciones básicas, sino que sitúa tal situación en un proceso de largo plazo (temporalmente superior al período histórico), que posee de sí reestructuraciones de la lógica interna del capitalismo, manifestadas en la especificidad de sus períodos históricos.

En Mandel, destaca la intención de un curso del desarrollo capitalista que se vislumbra como resultado de interacciones dialécticas entre factores objetivos y subjetivos. Ésta es la tesis que da sustento al comportamiento de la onda larga: si bien, la caída de la tasa de ganancia es una tendencia inmanente al sistema, para su recuperación se requiere de la sincronía de una serie de factores objetivos –la disponibilidad de capital ocioso, resultado de la sucesión de ciclos recesivos– y subjetivos –la conquista de nuevos territorios, la imposición de gobiernos autoritarios, la innovación tecnológica.

Para Mandel, el capitalismo no camina a su pronta derrota de la mano de las leyes internas que rigen su reproducción; ello no significa, sin embargo, que a sus periódicas recuperaciones les imprima un carácter de triunfalismo. El autor tiene la enorme virtud de advertir los peligros específicos detrás de cada nueva recuperación de la tasa de ganancia: las dos guerras mundiales, el fascismo, la devastación ambiental, los gobiernos terroristas, la represión a los movimientos

---

<sup>19</sup> La teoría del derrumbe del capitalismo fue lanzada a finales del primer tercio del siglo XX por Henryk Grossman; sostiene el colapso del capitalismo por cuestiones puramente económicas (límites de acumulación y crisis), independientemente de los factores políticos o culturales. Véase: Pannekoek (1934).

obreros, etcétera<sup>20</sup>; es, pues, una necesaria invitación a la emancipación del modo de producción capitalista, desde el aprovechamiento de los mismos factores extraeconómicos que le hacen erigirse nuevamente después de una fase depresiva.

### 2.3.2. *Dockès y Rosier*

Finalmente, es pertinente esbozar algunos rasgos de otro criterio de periodización del capitalismo a partir de la evolución de la acumulación y el crecimiento. En 1983, Pierre Dockès y Bernard Rosier publican *Rythmes économiques. Crises et changement social, une perspective historique*, obra donde abordan la problemática de la periodización histórica del desarrollo capitalista. En análisis de Alain Guerreau (1986), a grandes rasgos, la discusión en Dockès y Rosier transcurre en dos planos: el ciclo clásico y el ciclo largo. En primer lugar, el ciclo clásico depende enteramente del comportamiento de la tasa de ganancia, en la cual subyacen relaciones de fuerza entre clases que impiden hacer una clara distinción entre los factores puramente económicos de los sociales. Entre 1815 y 1914, los autores distinguen doce ciclos clásicos para el capitalismo inglés.

En segundo lugar, el ciclo largo tiene una duración aproximada de cincuenta años y posee una estrecha relación con fases específicas del desarrollo capitalista. El paso de una fase a otra está mediado por los cambios en el *ordre productif*, que depende de: “1. le mode d'accumulation du capital; 2. le type de forces productives matérielles mises en oeuvre; 3. le type de division du travail à l'échelle mondiale; 4. la procédure spécifique de régulation économique et sociale” (Guerreau, 1986). Por lo tanto, para Dockès y Rosier, una adecuada periodización del capitalismo debe poner la vista en factores institucionales, a la vez que en los económicos, como componentes básicos de tal orden productivo, cuya reconstrucción da sustento a la especificidad histórica de un período (Husson, 2013).

---

<sup>20</sup> Véase: Mandel, (1986), cap. 4.

### 3. El neoliberalismo como fase del capitalismo

Ante la pregunta de cómo distinguir y ordenar las diversas etapas del capitalismo, Duménil y Lévy apuntan:

Nosotros no pensamos que *exista* una periodización del capitalismo, como un criterio que se impusiera claramente sobre otros. Es verdad que el capitalismo se transforma y, que en muchos casos, podemos identificar rupturas muy bruscas. Pero el problema se crea por la multiplicidad de los puntos de vista. Las grandes tendencias del cambio técnico se subvierten; las tasas de ganancia pueden crecer o decrecer; las estructuras de clase se alteran; las formas que reviste la propiedad y del capital se modifican [sic]: la competencia puede atenuarse o acentuarse; o, según *la periodización privilegiada en este estudio, los poderes de clase se expresan en configuraciones diversas*, etc. (Duménil y Lévy, s.f.b, p.8)

El criterio de los franceses es claro: el capitalismo posee, en sí, etapas distinguibles a partir de la manifestación de las diversas configuraciones de los *poderes de clase*. Estas clases tienen fracciones: los actores principales de tal configuración. El *poder de clase* puede entenderse como el ejercicio de la capacidad que tiene una fracción de clase para someter e imponer sus intereses a otras fracciones, sean éstas de su misma clase o de la opuesta. La *configuración* es el resultado de este despliegue interactivo de poderes, un arreglo entre clases y fracciones que se prolonga en el tiempo y da especificidad a las fases del capitalismo.

Esta concepción de Duménil y Lévy sobre la periodización histórica queda manifestada en la categorización del neoliberalismo que plantean:

[El neoliberalismo es] una etapa del capitalismo, hasta la última fecha, cuyo rasgo principal es el reforzamiento del poder y de la ganancia de la clase capitalista (...) Esta recuperación es el resultado de una entidad social híbrida que nosotros bautizamos como las *finanzas*. Engloba la parte

superior de la clase capitalista y ‘sus’ instituciones financieras. Por esta razón podemos designar a este orden social como una segunda *hegemonía financiera*, que hace eco a la primera (la de comienzos del siglo XX a la depresión de los años 30).<sup>21</sup> (Duménil y Lévy, s.f.b, p. 2)

De lo cual se desprenden las premisas siguientes:

- 1) Si el neoliberalismo es una etapa del capitalismo, puede inferirse que existe, al menos, otra más. Al ubicársele temporalmente como *la última hasta la fecha*, puede afirmarse también que, en una concepción lineal del tiempo, donde un período no se encima con otro, la otra etapa al menos existente pertenece al pasado, *ergo*, existió.
  
- 2) En la afirmación siguiente: “el rasgo principal es el reforzamiento principal del poder y de la ganancia de la clase capitalista (...) Esta recuperación es el resultado...” (Duménil y Lévy, s.f.b, p. 2), *reforzamiento* y *recuperación* emergen como términos clave, pues dejan ver que la categoría de *neoliberalismo* tiene sentido de forma relacional, explicada a partir de oposiciones. Si el neoliberalismo es una etapa de *reforzamiento* y *recuperación*, es porque la etapa inmediata anterior fue de *debilitamiento* y *debacle*, aunque de ello habrá que pormenorizar los matices.
  
- 3) A las finanzas<sup>22</sup> se les atribuye la responsabilidad de la recuperación neoliberal. El neoliberalismo es, como se dijo, *una segunda hegemonía financiera*. Es decir, las finanzas, en tanto que fracción de clase (el *centro del centro* neoliberal), emprendieron una serie de acciones que tuvieron como resultado el sometimiento de otras fracciones de clase en la dinámica social.
  
- 4) Puede establecerse el siguiente razonamiento: a) el neoliberalismo es *reforzamiento* y *recuperación*, de lo cual se infiere que al menos tuvo una

---

<sup>21</sup> Sin corchetes en el original.

<sup>22</sup> Véase el capítulo 9 del presente trabajo.

etapa anterior de *debilitamiento y debacle*; b) el neoliberalismo es *una segunda hegemonía financiera*, de lo que se desprende que hubo *una primera hegemonía financiera*; c) hasta este punto, salvo por el carácter ordinal, no hay otro elemento que emerja como distintivo entre la primera y la segunda hegemonía financiera; por lo tanto, puede afirmarse que son paralelas: la primera hegemonía financiera también contiene en sí el carácter del reforzamiento y la recuperación.

- 5) A partir de lo dicho en a), en b) y en c), por lo tanto, se deduce que en la temporalidad capitalista se han desplegado al menos cuatro etapas posibles, dos de las cuales han sido *hegemonías financieras*.

Por consiguiente, la periodización capitalista que da sustento a la tesis del neoliberalismo, propuesta por los autores estudiados, parece provenir de la contrastación en el largo plazo de la *configuración de los poderes de clase*, y es esta otra forma de mediación entre lo abstracto y lo concreto. Sin saber más hasta este punto de la exposición, el desarrollo histórico del capitalismo parece estar estructurado análogamente a una melodía, en la cual el neoliberalismo es solamente una semifusa. Con ello se busca decir que su concepción de segmentación temporal es, primero que nada, de tipo relacional –de opuestos: el capitalismo se ha comportado como un corazón: es la sucesión continua de sístole y diástole, donde las finanzas aparecen ora comprimidas, ora expandidas, y ello da origen a la especificidad de un período. Por otra parte, las etapas están relacionadas causalmente con su antecesora, de forma que una fase es resultado de su predecesora.

Ahora que se aclaró cómo distinguir etapas del capitalismo, se procede a ver cuáles son las tendencias históricas que posibilitan la existencia de uno u otro arreglo de clases. El par de autores franceses propone que tales hechos deben buscarse con la lupa del materialismo histórico.

Podemos pues resumir así las tres grandes claves de la interpretación del neoliberalismo que nos da la teoría marxista: 1) un análisis del Estado en la estructura de clase, 2) la elaboración de la teoría del capital hasta la separación de la propiedad y la gestión, y 3) la concentración de la relación capitalista en las instituciones financieras. (Duménil y Lévy, s.f.b, p. 6)

Para elaborar un breve resumen, hay que intentar explicar el planteamiento de Duménil y Lévy en los términos empleados por Mandel: abstraer la mediación entre lo abstracto y lo concreto.

Quedó establecido que para Duménil y Lévy, el motor de la historia, la fuerza subyacente, es la dialéctica entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Este motor histórico, de tipo abstracto, puso en marcha transformaciones en el Estado, en el rumbo de la propiedad y la gestión del capital, y en la evolución del entramado financiero, lo cual se concreta en la evolución de largo plazo de la tasa de ganancia y en el establecimiento de acuerdos diversos entre fracciones de clase.

Cabe decir también que gracias a la aparición y la sucesión de las distintas *configuraciones de poder de clase* es posible explicar por qué el capitalismo ha virado hacia la perpetuación y no al derrumbe, lo que cubre un supuesto hueco en el planteamiento original de Marx:

Como hemos dicho, Marx analiza las transformaciones de la propiedad capitalista de manera muy minuciosa. Pero nunca deduce explícitamente de ello la noción de las etapas. Se pasa de un capitalismo de propiedad individual o familiar a un capitalismo en que propiedad y gestión están separadas, la propiedad está concentrada en las instituciones financieras y la gestión encomendada a asalariados.

Nosotros pensamos, al contrario, que estas transformaciones perfilan fases claramente distintas. Tal vez se trate de una de las periodizaciones más pertinentes del capitalismo. Y esta convicción se refuerza si se toman en

consideración las transformaciones concomitantes, sobre todo la revolución de la gestión y la aparición de las finanzas modernas.

El otro terreno es el de las clases. Está estrechamente ligado al precedente debido a la correspondencia estricta, u homología, entre relaciones de producción y estructuras de clase. Aquí el punto determinante es la aparición de las clases de cuadros y de empleados (...) Pensamos que es imposible comprender el sentido verdadero del neoliberalismo sin ver en los cuadros la clave maestra del compromiso social de los primeros decenios de la posguerra, a menudo llamado compromiso keynesiano. Es a esto a lo que ha respondido el neoliberalismo. Nosotros caracterizamos el capitalismo contemporáneo, a pesar del neoliberalismo, como un capital-cuadrismo.<sup>23</sup> (Duménil y Lévy, s.f.b, pp. 8-9)

La evolución inmanente del modo de producción capitalista, el avance propio del desenvolvimiento de sus fuerzas productivas y sus relaciones sociales, puede explicar por sí mismo por qué los capitalistas continúan como clase dominante. La tesis subyacente de Duménil y Lévy es que la clase capitalista no es una simple suma de voluntades individuales, definida a partir de una posición estructural, sino que está constituida –y enfrentada– como un bloque organizado, el cual se ha valido de arreglos entre fracciones de clase para mantenerse como clase dominante, aunque por largos períodos de tiempo haya tenido que ceder una porción de sus privilegios. El neoliberalismo es la manifestación de la lucha de los grandes magnates del capital por recuperar esos privilegios: prácticamente, los canales por los cuales han ejercido su poder son el poder estatal (dado por el análisis del Estado) y el poder financiero –derivado de la separación de la propiedad y la gestión del capital, y de la evolución de las entidades financieras– (Duménil y Lévy, s.f.b, p. 3).

---

<sup>23</sup> En este documento, la traducción empleada es *capital-cuadrismo*, mientras que en *Altermarxismo* (Bidet y Duménil, 2009) el término queda como *capito-cuadrismo*; ambas palabras refieren a lo mismo.

Ahora bien, dado que el neoliberalismo es consecuencia de las etapas anteriores del desarrollo capitalista, habrá que identificarlas, establecer sus rasgos principales y retomar la tesis de Duménil y Lévy para explicar el cambio entre la fase anterior al neoliberalismo y éste.

#### 4. Antecedentes históricos al período neoliberal: *primera hegemonía financiera y los treinta gloriosos*

##### 4.1. La primera hegemonía financiera, el símil

La primera hegemonía financiera está considerada como el período que transcurre aproximadamente desde 1880 hasta 1933 (Duménil y Lévy, 2007a, p. 209). Un primer rasgo de este período es su antecedente: una *crisis al modo Marx* (Duménil y Lévy, 2007a, p. 208). La salida de esta crisis se dio, según explican, mediante innovaciones técnicas que permitieron recuperar los niveles de productividad a comienzos de la década de los años 20. ¿Qué características tuvo esta recuperación?

Sus dos aspectos principales fueron, por una parte, la aparición de vastos estados mayores de gerentes y de empleados, formando una estructura jerárquica piramidal, y por otra, la transformación experimentada en los talleres, el taylorismo y la cadena de montaje. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 203)

Se identifica, pues, un par de innovaciones fundamentales: una técnica más eficaz para producir, acompañada de una revolución gerencial (Duménil y Lévy, 2007a, p. 203). Otro aspecto angular para explicar este período es el surgimiento de lo que, a favor de la tesis de Hilferding, se conoce como capital financiero: “(...) la constitución de instituciones modernas del capitalismo: las grandes finanzas, por una parte, la gran empresa, por la otra, y el lazo que las unía” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 210).

El impacto tuvo gran escala. Fue la ocasión en la cual el sistema financiero había logrado crear instituciones propias, poderosas, masificadas e innovadoras, que se

vieron reflejadas en el aumento de la masa monetaria, las cuentas bancarias y el sistema crediticio (Duménil y Lévy, 2007a, p. 226).

El mercado bursátil desempeñó un papel clave en el financiamiento de las empresas: los bancos prestaban más a los inversores bursátiles (hogares e instituciones financieras) que a las empresas no financieras, con el fin de facilitar la colocación de títulos emitidos o las transacciones de títulos ya en circulación. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 226)

La creación de dinero mediante el crédito estaba estrechamente ligada a las operaciones bursátiles cuya volatilidad es conocida. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 227)

La primera hegemonía financiera se caracteriza principalmente por salir de una *crisis al modo Marx* mediante innovaciones en la técnica productiva, así como en la gestión del trabajo. Por otra parte, durante este período las instituciones financieras incrementaron su tamaño y se hicieron del poder suficiente para tener influencia sobre la totalidad de la economía. A diferencia del neoliberalismo, que es la fase de recuperación del poder de las finanzas, la primera hegemonía financiera no es recuperación sino instauración; es la etapa histórica en la que, como bloque, adquieren un poder relativamente autónomo y superior respecto al resto del sistema productivo.

#### **4.2. Los treinta gloriosos, la oposición**

La definición temporal de esta etapa en la obra de Duménil y Lévy es mucho más difusa que la anterior. A grandes rasgos, puede decirse que tiene su auge desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y termina de manera contundente hacia 1972, aunque la evidencia empírica muestra debilidad de la economía desde 1960, para el caso europeo, y desde 1968 para el estadounidense, observable en el comportamiento de sus correspondientes tasas de ganancia y de acumulación (Duménil y Lévy, 2007a, p. 46).

Más allá de su precisa delimitación temporal, lo que debe tenerse en cuenta son las características de este período: “La prosperidad de los 30 gloriosos tuvo dos pilares: las condiciones excepcionalmente favorables del progreso técnico y el conjunto de instituciones y de políticas que se ha convenido en calificar como keynesianas” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 264)<sup>24</sup>. Tales condiciones dieron pie para que el capitalismo alcanzara una etapa de auge, a partir de los aspectos siguientes: “la gestión de las empresas, el papel del Estado y las modalidades de la internacionalización del capital” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 266).

A continuación, se trata de empalmar los elementos antes mencionados con lo expuesto en la etapa de la primera hegemonía financiera, en aras de dar una continuidad argumentativa a este trabajo. La cuestión de la gestión de las empresas, y el papel del Estado son una continuación de lo observado con anterioridad sobre las innovaciones en la organización del trabajo y en la técnica.

Desde la perspectiva del análisis de clases, la revolución gerencial tuvo un efecto que jugó en sentido contrario de las finanzas: “Uno de los aspectos del retroceso del poder de las finanzas fue la mayor *autonomía de los ejecutivos (directivos, gerentes)* en relación con los propietarios” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 266). Lo que existe entonces es una nueva organización al interior del capitalismo, “(...) un capitalismo donde la gestión (...) se ejerce de manera relativamente autónoma por cuadros asalariados” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 266). Lo anterior se interpreta como que estos cuadros de asalariados dirigentes, ingenieros en su mayoría, le daban un sentido innovador a la planeación de la producción, que la alejaba, en cierto modo, de la voracidad de ganancia que tienen los propietarios.

En el mismo tenor, los autores encuentran que el papel desempeñado por el Estado fue mucho más allá de políticas macroeconómicas adecuadas para favorecer la *sana* acumulación de capital: “El Estado desempeñó un papel de primer nivel en la investigación y el progreso técnico y, más generalmente, en el

---

<sup>24</sup> Cabe decir que los autores no ahondan en las causas de estas condiciones excepcionales para el progreso técnico. Lo que parece ser la etapa más progresiva del capitalismo, en cuanto a conquistas para la clase trabajadora, está antecedida por una devastadora guerra que, además de destruir capital en equipo, se llevó consigo millones de vidas.

progreso de la industria” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 268). A lo que se refieren es que, si las finanzas se hicieron de instituciones propias para preservar sus intereses, el capital productivo hizo lo propio y encontró en el Estado un agente propicio para el desarrollo de instituciones que impulsaron la investigación y la innovación productiva. Debe decirse añadirse que las instituciones financieras, libres hasta la década de los treinta, tuvieron que someterse a regulaciones estatales, las cuales delimitaron su poder: “El monopolio del control de la creación monetaria escapó a las finanzas, y el capitalismo se procuró las instituciones necesarias para su supervivencia en las condiciones de su modernización” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 230). Tal retracción del poder financiero es muy relativa, y debe asumirse con una cantidad amplia de condiciones y supuestos:

El repliegue de la hegemonía de las finanzas como consecuencia de la crisis de 1929 y de la segunda Guerra Mundial fue muy real [sic], pero no se debe exagerar su magnitud. La lógica capitalista (...) estaba evidentemente resguardada, y las finanzas seguían siendo potentes, como iban a probarlo los acontecimientos posteriores” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 234).

Dicho lo anterior, es turno de hablar sobre la nueva modalidad de mundialización. Duménil y Lévy citan al estrado al caso de América Latina. Allí, las condiciones mundiales permitieron –o presionaron a– la aparición de una nueva forma de inserción en el comercio internacional: la sustitución de importaciones: “Apoyándose en una decidida intervención del Estado y en el contexto de una fuerte protección comercial con respecto al mercado mundial (...), estos países se beneficiaron de tasas de crecimiento elevadas hasta 1980” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 274).

A manera de resumen, en este período de la historia las finanzas tuvieron una suerte de retracción de su poder, mas no por ello dejaron de existir. Ocurrió que el Estado asumió e institucionalizó su rol como interventor en la economía, lo cual impactó positivamente en el desenvolvimiento de la economía capitalista. Ante tal escenario, Duménil y Lévy se preguntan sugerentemente si las finanzas (o mejor

dicho, su poder desplegado a la máxima potencia) tuvieron una influencia positiva tan amplia, como sus defensores lo hacen creer, en la salida de la crisis de tasa de ganancia de finales de los años 60, cuestión a la cual responden que:

(...) la experiencia de los 30 gloriosos nos enseña que, en términos de cambio técnico y de reestructuración, las cosas hubieran podido ir muy rápido sin que las finanzas tuviesen prioridad, pues en esos años fue mucho lo que se hizo. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 276)

## 5. Breve síntesis sobre la crisis al modo Marx y la especificidad del neoliberalismo

En este capítulo se tiene por objetivo exponer cómo Duménil y Lévy dan cuenta del surgimiento del período neoliberal a partir de una gran crisis capitalista de la tasa media de ganancia, y la forma en la que en este periodo ocurren transformaciones históricas que dan lugar a una reestructuración del modo de producción. Posterior a este quiebre, paralelo a los cambios que ocurrieron en su seno, de a poco se fueron vislumbrando dos hechos que le dan especificidad histórica: la tasa de ganancia se recuperó, pero no así la tasa de acumulación de capital; a la vez, la economía sufrió un proceso de *financiarización*, del cual se desprende una cierta autonomía de las *finanzas*.

### 5.1. El colapso del capitalismo regulado

La economía de los *treinta gloriosos* colapsó por una *crisis al modo Marx*, con las características siguientes<sup>25</sup>:

---

<sup>25</sup> Para llegar a estas premisas, los autores proponen observar la ganancia a partir de dos tasas. La primera, la llaman *broad rate* ( $r_b$ ), definida como  $r_b = (\text{Producto neto} - \text{Compensaciones laborales}) / \text{Capital fijo}$ , la cual es útil para observar la evolución de la tecnología y la distribución del ingreso en el largo plazo. A la otra la denominan *narrow rate* ( $r_n$ ), definida como  $r_n = \text{Ganancias después de impuestos e intereses} / (\text{Capital fijo} + \text{Inventarios})$ , que sirve para observar las ganancias desde una perspectiva de empresas individuales. Para el seguimiento de la ganancia en Estados Unidos, los autores utilizan un enfoque sectorial; para ello, recuperan las estadísticas de la economía no doméstica, la cual separan en dos sectores: *gobierno* y *negocios*. El análisis se enfoca en el sector *negocios*, en el cual proponen dos categorizaciones dicotómicas: *sector financiero/ sector no financiero* y *sector corporativo* (empresas)/ *sector no corporativo* (auto empleados y

- 1) Para la economía estadounidense y europea, a partir de la década de los 60, el progreso técnico comenzó a tener resultados decrecientes en cuanto a la velocidad de su evolución (Duménil y Lévy, 2007a, p. 63), lo que derivó en un punto de inflexión en la tasa de ganancia entre 1965 y 1970, hasta llegar a su punto más bajo en 1982 (Duménil y Lévy, 2007a, p. 46).

En general, la tesis de la caída de la tasa de ganancia en esta época es aceptada por otros autores marxistas. Este período de crisis y estancamiento económico está aparejado por algunas novedades históricas, al menos respecto a los años inmediatamente anteriores: reestructuración del Estado y de las formas de ejercer su poder (políticas), medidas de contención salarial, repunte del desempleo, cambios en las reglas de competencia entre capitales, entre otras.

- 2) Lo anterior sugiere la entrada hacia una nueva fase histórica del capital: el neoliberalismo. Pero, ¿cuál es la particularidad económica de este período? Ya avanzados los años en él, para la economía estadounidense, la tasa de ganancia se recuperó en el período entre 1995 y 2000, y 2003- 2007, aunque la tasa de acumulación tuvo una tendencia decreciente entre 1967-1976, 1982-1992, 1999-2004 1982 (Duménil y Lévy, 2007a, p. 46). Considerando 1982 como el punto de inflexión para la tasa de ganancia (de pendiente negativa a positiva), después de aquel año la tasa de acumulación sólo muestra una sólida tendencia creciente entre 1993 y 1998. Este último año muestra un pico para la tasa de acumulación, pero aun con ello, el nivel no logra alcanzar los registros de 1966 y 1980, picos históricos de la variable observada. Es decir, después de 1982, la tasa de ganancia comenzó a recuperarse, empero la tasa de acumulación no siguió la misma tendencia.

---

rentistas individuales). En ambas categorías, tienen cuidado de identificar aquellos sectores que incorporan cantidades atípicas de capital fijo (minería, transporte), ya que tienen un comportamiento particular respecto al del resto de la economía. Para una exposición detallada, véase: Duménil y Lévy (2002).

## 5.2. Embestida financiera y recuperación de ganancias: el proceso de *financiarización*

Ahora bien, Duménil y Lévy (2007a) hacen un análisis sobre cómo fue que se recuperaron las ganancias después de la crisis *al modo Marx*. Los autores distinguen cuatro grandes agentes: 1) el Estado, 2) las familias, 3) las entidades financieras y 4) las empresas no financieras; a la vez que identifican dos mecanismos principales a través de los cuales se consolidó la hegemonía financiera: a) política monetaria, que se desdobra en a.1) tasas de interés y en a.2) desregulación financiera, y b) hegemonía internacional.

### 5.2.1. *Hegemonía financiera a nivel Estado*

Se estudia aquí al caso estadounidense y francés. Un aspecto fundamental en la política monetaria fue el incremento de tasas de interés desde 1979 hasta 1984, para el caso estadounidense, y de 1979 hasta 1990 para el francés (Duménil y Lévy, 2007a, p. 108). Lo importante a señalar aquí es que “la política de tasas de interés reales fuertes no creó la crisis: la profundizó y prolongó sus efectos, ¿de qué forma? En dos, que tienen el mismo trasfondo: por un lado, las altas tasas de interés desincentivan la inversión, pero, además, las tasas de ganancia, calculadas después de pagar intereses, también se vieron afectadas” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 108). El argumento principal es que:

La disminución de la tasa de ganancia en los años setenta había desembocado primeramente en un crecimiento de la inflación. Dado que las tasas de interés reales eran débiles o negativas, de ello resultaba una transferencia de riqueza de los acreedores hacia las empresas no financieras, la cual compensaba casi exactamente el pago de intereses. La situación se invirtió durante los años ochenta. Las finanzas decidieron frenar la inflación para proteger sus ingresos y su patrimonio (...) (Duménil y Lévy, 2007a, p. 116)

Es decir, las sociedades financieras, hasta antes de los ochenta, estaban perdiendo ganancias en favor de las empresas no financieras, gracias a la crisis con trayectoria al modo Marx que ocurrió en la década inmediata anterior. La política de tasas de interés alta surgió como un mecanismo para proteger principalmente los intereses del capital financiero, mediante la transferencia de ganancias desde las empresas no financieras hacia éste.

Otro aspecto en el que está implicado el Estado, tiene que ver con el gasto público. Aquí, la tesis de Duménil y Lévy es en extremo sugerente: no fue el déficit público el causante del incremento de las tasas de interés sino que fueron las altas tasas de interés las que propiciaron el déficit (Duménil y Lévy, 2007a, p. 118). El caso francés, muy similar al estadounidense, es ideal para explicar lo anterior: desde 1965 hasta 1975, la relación entre el ritmo de crecimiento del gasto y la del ingreso fue prácticamente igual a 1; de 1975 a 1982, esta relación se distorsionó y fue superior a 1; mientras que para el periodo 1982 a 2000, con políticas económicas que presionaron para la disminución del gasto público, la razón fue menor a 1 (Duménil y Lévy, 2007a, p. 119). Es preciso aclarar que el comportamiento registrado de 1975 a 1982 posee dos momentos: 1) la razón mayor a 1 tuvo que ver, primeramente, con una desaceleración de la economía francesa desde 1974 que no se correspondió con un igual comportamiento en la tasa de crecimiento del gasto público; 2) a partir de 1979, la política de tasas de interés fuertes derivó en un crecimiento mayor del gasto público respecto al producto francés, debido a que se tuvo que destinar mayor presupuesto para el pago de intereses, lo que hizo crecer el gasto público a un ritmo mayor que la economía francesa, lo que sería contrarrestado con ajustes en las tasas impositivas. Es interesante apuntar que, en el largo plazo, de 1965 hasta 2005, Duménil y Lévy sostienen que para el caso estadounidense, así como para el francés, el déficit público sin contar los intereses pagados ha tenido fluctuaciones constantes en torno al cero, situación que cambia cuando se considera el pago de intereses. En otras palabras, el pago de intereses ha sido el gran lastre con el que han tenido que cargar los Estados al tratar de reducir su déficit.

Es turno de hablar de las crisis financieras en los Estados nacionales a partir de 1979, las cuales siguen siendo consideradas por los autores como una prolongación de la crisis *al modo Marx*. De éstas, distinguen dos tipos: las de los 80, que refieren a la entrada del neoliberalismo, y las de los 90, que son la consolidación del neoliberalismo. Para ambos periodos, citan mismas causas pero distintos efectos, según si los países son del centro o de la periferia (Duménil y Lévy, 2007a, p. 128).

El aumento de las tasas de interés en 1979 derivó en una crisis de deuda para los países periféricos, y en una crisis de los sistemas financieros en los países centrales; mientras que dicha política hizo que países endeudados a corto plazo con tasas variables, como México, Brasil, Argentina y Venezuela, entraran en shock, los bancos estadounidenses, principales prestamistas internacionales, entraron en crisis ante la insolvencia de aquellos a quienes prestaron dinero (Duménil y Lévy, 2007a, p. 133). El gobierno estadounidense terminó por garantizar el financiamiento del seguro de los depósitos, medida que ayudó a que aquello no derivara en una nueva crisis similar a la de 1929<sup>26</sup>.

Por otra parte, en los años 90, las crisis estuvieron ligadas a la desregulación financiera: globalización de los mercados y movilidad internacional de capital. Capitales que no encontraban adecuadas condiciones de rentabilidad en países centrales, se dirigían a la periferia para buscar ganancias rápidas y luego retirarse, dejando en la quiebra a países como México, Brasil y Rusia (Duménil y Lévy, 2007a, p. 139). De aquí, Duménil y Lévy dejan ver un argumento que sostiene la tesis central mencionada al comienzo de este apartado, y en la cual se ahonda más adelante en este mismo capítulo:

El problema de la libre movilidad de capital toca un aspecto fundamental del funcionamiento del capitalismo, un punto neurálgico de la estrategia neoliberal de reafirmación de las prerrogativas de los propietarios de capitales. Las verdaderas amenazas no resultan de tales o cuales

---

<sup>26</sup> Para los detalles de los problemas bancarios en Estados Unidos, véase: Duménil y Lévy (2007a, p. 128-143).

desequilibrios macroeconómicos, de tales o cuales imprudencias financieras, de tales o cuales errores en las políticas, sino del grado y las formas de afirmación de esta libertad. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 139)

A lo que añaden:

No hay capitalismo sin movilidad de capital. El capital se valoriza en las firmas, mediante la producción, pero en una escala superior debe haber agentes, *los capitalistas*, que desplazan constantemente los capitales entre las diferentes empresas, las diferentes ramas: una de las modalidades de la maximización de la ganancia y una de las funciones de las finanzas. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 139)

Pero cuando no ocurre así, es porque: “Los problemas proceden de la inevitable autonomización de los mecanismos financieros en relación con sus bases en la producción (...)” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 141).

Por último, en lo que refiere a la cuestión estatal, es importante mencionar algunos aspectos de la hegemonía internacional. Cabe comenzar por decir que los autores asocian el ascenso de las finanzas en la economía con un reforzamiento de la hegemonía que ejercen los Estados Unidos sobre el resto de los países. En tanto que Estado, Estados Unidos se ha encargado de velar por los intereses de sus sociedades financieras, tanto al interior como al exterior. Hay que empezar por mencionar que Estados Unidos es el único país capaz de manipular los mecanismos financieros internacionales al antojo de sus propios intereses, ya que es el poseedor de la moneda mundial (Duménil y Lévy, 2007a, p. 147); esto tiene implicaciones con lo expuesto en el párrafo anterior, ya que durante las crisis de los 90, una cuesta infranqueable para los países afectados fue que sus monedas estaban indexadas con el dólar (Duménil y Lévy, 2007a, p. 139). Aunado a este fenómeno, hay que añadir que:

Estados Unidos no está obligado a asegurar el equilibrio de sus cuentas externas, puede permitirse tener una balanza comercial deficitaria (...) Esta falta de constricción exterior confiere a la economía estadounidense uno de

sus rasgos más sobresalientes: su capacidad de crecer, de acumular capital, *ahorrando poco o nada.*” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 147)

Esto significa que las empresas estadounidenses pueden tener el privilegio de invertir más de lo que ahorran, gracias al financiamiento extranjero, una transferencia del ahorro de los otros países hacia el gran líder. Tal fenómeno tiene dos posibles lecturas. La primera es que:

Los extranjeros llegan a invertir a Estados Unidos o colocan allí sus capitales porque la economía de ese país es dinámica y da oportunidades de inversión más seguras y más atractivas (...) Los extranjeros están dispuestos a prestar a las empresas o al Estado de ese país (...) porque tienen confianza en la solvencia de esos agentes y en la solidez de la moneda. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 159)

La segunda se relaciona con que “Estados Unidos vive por arriba de sus medios y (...) eso no puede durar eternamente” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 159). Lo curioso del tema, es que contrario a lo que sostenían Lenin y Hilferding, quienes aseguraban que una rasgo fundamental del imperialismo es la exportación de capitales, Estados Unidos ha demostrado ejercer su hegemonía al revés, importando capitales, pero fortaleciendo a sus empresas financieras por el ancho mundo (Duménil y Lévy, 2007a, p. 160).

### **5.2.2. Los hogares**

Una vez más, la referencia para exponer el efecto de la expansión financiera en los hogares proviene de Francia, asumiendo que el comportamiento es muy similar al de la economía estadounidense. Duménil y Lévy tienen como argumento central que las finanzas se han aprovechado de los ingresos de los hogares.

En un primer plano, esto se ve reflejado en el incremento de los niveles de endeudamiento en hogares. La demostración empírica tiene el sentido siguiente, en tres periodos (Duménil y Lévy, 2007a, p. 125): 1) de 1965 a 1974, la masa salarial creció, en términos reales, a un ritmo de 6.2% anual; 2) de 1974 a 1982, el

crecimiento anual de la masa salarial fue menor que en el primer periodo, pero las familias francesas lograron sobrellevar la situación con una reducción en su consumo; 3) de 1982 a 1987, ocurrió el periodo más trágico, con masa salarial con crecimiento que tendió a cero, además de notables disminuciones en la tasa de desempleo:

Los hogares –algunos de ellos- redujeron sus gastos pero no en la proporción de la caída de sus ingresos, lo que los obligó a endeudarse. Este recurso al préstamo era el de los fines de mes difíciles: un endeudamiento muy difundido. Este aumento fue sobre todo el de los *créditos a corto plazo* (...), cuyas tasas de interés crecía mucho. De ahí resultó una ola de sobreendeudamiento que justificó una importante intervención pública (...) (Duménil y Lévy, 2007a, p. 125).

Para “(...) 1987, el pago de los intereses llegó a casi la *mitad* de los nuevos préstamos: endeudarse más para pagar sus intereses [en referencia a las asfixiantes deudas contraídas por las familias]”<sup>27</sup> (Duménil y Lévy, 2007a, p. 126). Pese a que no muestran un análisis tan pormenorizado para el caso estadounidense, sus datos manifiestan que la razón entre las deudas de los hogares y sus ingresos disponibles se duplicó en un periodo de treinta y cinco años: de 1970 a 2005. La situación fue particularmente apremiante en la década de 80, periodo en el cual, como ya se expuso, se llevó a cabo una política monetaria con tasas de interés elevadas. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que los ingresos de los hogares también se vieron afectados por la ola de desempleo, que aquejó más a Francia que a los Estados Unidos. Lo importante de esta pequeña recapitulación es no perder de vista que, en resumen, la contención salarial y el desempleo presionaron a la baja a los ingresos en los hogares, por lo que se vieron orillados a endeudarse; esto derivó en un espectacular incremento del crédito destinado a financiar el consumo de los hogares.

Ahora es momento de retomar el comportamiento de la tenencia de acciones por parte de los hogares. En consideración del periodo 1955-2005, las acciones se

---

<sup>27</sup> Sin corchetes en el original.

cuadruplicaron en los hogares franceses, especialmente a partir de 1980, mientras que en Estados Unidos se duplicaron, con una tendencia a la alza desde 1973 (Duménil y Lévy, 2007a, p. 165). En el caso francés, esta tendencia responde a reformas políticas que favorecieron a las sociedades financieras por encima de las empresas individuales: "...los hogares tienen cada vez más acciones porque el estatuto de las empresas se modificó, reflejando un cambio estructural de las formas de propiedad" (Duménil y Lévy, 2007a, p. 166), además de la influencia que tuvieron los cursos bursátiles. Para el caso estadounidense, el comportamiento de la alza en la tenencia de acciones por los hogares tiene un despegue desde 1950 y hasta 1972, año de brusca caída, con una notable recuperación a partir de la década de los 80; tal situación se debe a que en Estados Unidos las condiciones para el auge de las sociedades por acciones se dieron desde el inicio de la posguerra; en lo referente a los fondos de inversión, la tendencia a la alza también despegó desde la posguerra, y se mantuvo hasta 2005. Como puede verse, lo esencial hasta este punto es que en el periodo neoliberal ha habido un empoderamiento financiero, pero la tendencia es anterior a dicho periodo. Sobre tal cuestión se profundizará más adelante.

### *5.2.3. Sociedades financieras*

La cuestión a discutir en este apartado del texto, es comprender qué entienden los autores por *financiarización* de la economía. Una primera pista es que "La manera más directa de abordar la *financiarización* consiste en examinar el crecimiento del *sector financiero*" (Duménil y Lévy, 2007a, p. 161), ya que "Esta mirada sobre las instituciones financieras permite asociar a la era neoliberal el carácter de una *financiarización* creciente" (Duménil y Lévy, 2007a, p. 162). No obstante, la cuestión está en desmembrar los matices de dicho crecimiento del sector financiero, ya que, como se expondrá, tal fenómeno no es sinónimo de *financiarización*.

Como se explicó anteriormente, en los Estados Unidos, la economía más poderosa del planeta, el crecimiento de las instituciones financieras, observado en

las sociedades de inversión y en los fondos (de retiro y de inversión), data de la posguerra, por lo que dicho fenómeno no podría asumirse como característico del neoliberalismo. Retomando el tema de los hogares:

En los dos países, los hogares poseen, *a fines de ese periodo* [1955-2005], más moneda u otros títulos que acciones que a principios del periodo, desde la segunda mitad de los años ochenta y casi 10 años más tarde en Francia. Ese aumento traduce el reforzamiento de la posición acreedora de una fracción de los hogares con respecto a otros hogares, al Estado o a las empresas. Esta polarización es propia de la era neoliberal.<sup>28</sup> (Duménil y Lévy, 2007a, p.p. 166- 167)

Lo anterior es más notorio para el caso francés, y se traduce en que aquellas familias que tuvieron que endeudarse para poder sostener sus niveles de consumo lo hicieron, a través de instituciones financieras, con otras familias: las familias con ingresos más altos invirtieron su dinero en crédito al consumo que se puso a disposición de aquellos hogares que los requerían. Aun así, la situación no está tan clara por esta vía: “(...) es difícil convertir el aumento de la posesión de activos monetarios y financieros en un rasgo sobresaliente del neoliberalismo (...)” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 168). Y es que ninguno de estos fenómenos puede dar cuenta de lo esencial y subyacente: “El cambio importante: la transferencia de las acciones en poder de los individuos hacia los inversionistas institucionales (...)” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 166). Para los autores, este hecho es el fundamental, que delimitaría a la segunda hegemonía financiera: para el caso de los hogares, más allá de si han incrementado la tenencia de acciones, títulos de deuda o activos monetarios, lo importante es que lo están haciendo de forma indirecta, a través de inversionistas institucionales.

Ahora bien, ¿qué ha pasado con las empresas no financieras? Aquí, la compra de acciones es un rasgo fundamental. Para el caso francés, la razón existente entre las compras de acciones y la inversión neta en capital fijo: mientras que en 1970 la compra de acciones tenía un valor a la par de la inversión neta en capital fijo, en

---

<sup>28</sup> Sin corchetes en el original.

una trayectoria de explosivo crecimiento desde 1982, para 2005 el valor de las primeras superaba trescientas veces más el de la segunda (Duménil y Lévy, 2007a, p. 170).

El aumento de esas adquisiciones de acciones por las empresas traduce *un proceso creciente de posesión de las unas por las otras*, pues gran parte de las acciones compradas son emitidas por otras sociedades no financieras francesas (...) La noción de financierización adquiere aquí un carácter muy particular: la construcción de una red de interdependencia entre empresas, nacional e internacional, que parece muy característica de la era neoliberal aunque no se pueda distinguir cuál es la parte de las verdaderas participaciones y cuál la de las simples inversiones. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 169)

Entonces, ¿cómo puede entenderse a la financierización? Para delimitar tal noción, Duménil y Lévy distinguen las particularidades del neoliberalismo a partir de la contrastación con las tendencias históricas propias del capitalismo. En las históricas, se distinguen dos: 1) “(...) el crecimiento de los patrimonios financieros refleja el *desarrollo relativo de las sociedades* con respecto a las empresas individuales, y por lo tanto la multiplicación de acciones: es un movimiento histórico de largo plazo.” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 171); 2) La “(...) *institucionalización progresiva de las inversiones*: la transferencia de los patrimonios financieros hacia inversionistas institucionales” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 174). Respecto a las particularidades del neoliberalismo, son dos las características notables: 1) un incremento importante en las actividades crediticias, donde los hogares son los principales poseedores de deudas (Duménil y Lévy, 2007a, p.p. 171 y 174);

2) (...) el crecimiento extraordinario de las compras de acciones y de la posesión de las mismas por las empresas, que señala el restablecimiento de una red de relaciones financieras interempresariales. Este último desarrollo se traduce en fuertes aumentos de los ingresos financieros con respecto a los ingresos derivados de la actividad principal de las empresas.

De este modo, la frontera tradicional entre empresas financieras y no financieras tiende a desdibujarse. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 174)

La idea de que los ingresos financieros están compitiendo con los ingresos productivos de las empresas se profundiza más adelante. Por ahora, basta decir que lo que debe considerarse en los rasgos característicos de la segunda hegemonía financiera, son los dos últimos elementos: la tendencia general subyacente al capitalismo es la expansión de los montos de capital de préstamo y capital ficticio<sup>29</sup>, pero la particularidad del neoliberalismo es el apuntalamiento procesual hacia la *financiarización*.

#### *5.2.4. Las empresas no financieras*

Dentro del empoderamiento de las finanzas, ya esbozado durante este apartado, poco se ha hablado de las empresas no financieras. Lo primero es problematizar sobre la categoría misma de *empresas no financieras*; la cuestión aquí es que, conforme a lo expuesto anteriormente, la correspondencia entre el objeto de estudio y el concepto analítico parece complicarse, debido al desdibujo entre empresas financieras y empresas no financieras. Sin embargo, en la obra de Duménil y Lévy, se entiende que se refieren a empresas no financieras a todas aquellas cuya actividad principal no está en las finanzas, sean de los rubros cualesquiera.

Ahora bien, es momento de referir al papel de las empresas no financieras en las subidas de las tasas de interés. Duménil y Lévy sostienen que la política gubernamental ochentera del sostenimiento de altas tasas de interés y de combate a la inflación ha actuado en claro desmejoramiento de las empresas no financieras, puesto que éstas “son más deudoras que acreedoras (...) y pagan más intereses que los que perciben” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 173). Un primer aspecto a resaltar es que el incremento de la cuota de las ganancias distribuidas como dividendos en las sociedades no financieras: de 1970 a 2005, en Francia, se

---

<sup>29</sup> Véase capítulo 10 de esta tesis.

quintuplicaron; mientras que en Estados Unidos, de 1960 a 2005 se duplicaron. En ambos casos, la tendencia se refuerza a partir de 1990 aproximadamente (Duménil y Lévy, 2007a, p. 113). En el tema referente a la tasa de ganancia, los autores utilizan dos variables diferentes para mostrar el efecto de la hegemonía financiera en las empresas no financieras: la tasa de ganancia sin tener en cuenta los intereses y la tasa de ganancia teniendo en cuenta los intereses. De ello, hay un fenómeno que vale la pena pormenorizar, el cual se demuestra con el caso francés: en un análisis de largo plazo, de 1960 a 2005, puede observarse que hasta 1980, ambas variables tenían valores muy cercanos, pero fue a partir de esa década que la bifurcación se profundizó, quedando la tasa de ganancia – calculada en consideración de los intereses--- con una amplia brecha que la separa de aquella calculada sin tener en cuenta los intereses (Duménil y Lévy, 2007a, p. 111). Aún más, en un análisis donde se utilizan las siguientes variables:

A) tasa de ganancia retenida (TGR), entendida como aquella que se calcula como la razón entre las ganancias y los capitales propios, con la consideración de que a las ganancias se les deducen los intereses netos, además de que se les agrega la desvalorización de las deudas netas por la inflación y se les restan los intereses pagados;

B) tasa de acumulación (TA), entendida como la tasa de crecimiento del stock de capital fijo;

C) tasa de ganancia antes de pagar los intereses y dividendos (TGAPID), calculada como la razón entre ganancias y capitales propias, sin que a las ganancias se les hayan restado los valores por pago de intereses y dividendos;

Puede observarse en que hay una correspondencia y cercanía en el comportamiento de las tres, desde 1960 hasta 1980. Es a partir de 1980 que la TGAPID se divorcia de la TGR y de la TA; pese a que su comportamiento continúa siendo semejante, la distancia entre la primera y las últimas dos es considerable. De lo anterior se desprende que, para Duménil y Lévy, hay una correspondencia en cascada entre TGR, TA y la variación del empleo y el desempleo. Otro punto a destacar es que en 1970, TGR y TGADIP estaban juntas en el punto más alto de

la curva, justo antes de llegar al punto de inflexión; mientras que después de 1980, solo la TGADIP ha logrado remontar dicho punto de altura en 1989: en perspectiva histórica, TGR y TA han mostrado una tendencia descendiente desde 1970. “Esto sugiere que una porción de las ganancias retenidas no se dedica a la acumulación (...) En lugar de invertir, las empresas francesas pagaron sus deudas. *Ése fue un efecto indirecto del alza de las tasas reales de interés*” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 115). Lo que más importa de esta parte es el hecho de que el sector financiero se está apropiando, a partir del cobro de intereses y dividendos, de una enorme masa de ganancias generadas por las empresas no financieras. Dicho de otro modo, el excedente generado, que debería destinarse a la acumulación de capital, está teniendo salida hacia el sector financiero; pero no debe perderse de vista que, debido a que se ha incrementado la posesión de empresas por otras empresas, una cierta pérdida en la distinción clara entre empresas financieras y empresas no financieras, lo que quiere decir que, en general, las empresas prefieren adquirir acciones y obtener beneficios del sector financiero, antes que extraer ganancias por la vía de la acumulación de capital.

## 6. En torno al neoliberalismo como objeto de estudio

A manera de conclusión para esta sección primera, queda que la primera parte se constituye en torno a la hipótesis de que la tasa de ganancia de Marx es una categoría que permite estructurar la obra de Duménil y Lévy, en primer lugar, gracias a su observación en el largo plazo, la cual posibilita la identificación de etapas diferenciadas al interior de la historicidad capitalista.

De sí, los autores franceses sostienen que elaborar una teoría para la periodización del capitalismo es una diferencia con Marx, si bien, más que una confrontación, es el llenado de un supuesto vacío en la teoría del alemán.

Duménil y Lévy se adhieren a la corriente de autores que creen pertinente periodizar al capitalismo conforme a los cambios en la rentabilidad del capital, la acumulación de éste y el crecimiento del producto. Respecto a esto, Kondrátiev destaca como el padre de dicha postura, dado que se dedicó a encontrar ciclos

económicos regulares a partir del comportamiento de los precios de producción. Este aporte, aunque ahora puede parecer simplista, dio pie a la consideración de hacer periodizaciones a partir del comportamiento de la tasa media de ganancia, una derivación de lo expuesto por Marx en las secciones segunda y tercera del último tomo de *El Capital*. En ese sentido, se tomaron los ejemplos de las propuestas de Mandel, y Dockès y Rosier para distinguir entre las etapas capitalistas.

Los tres autores parecen coincidir en que, si bien es importante observar las tendencias históricas de la tasa de ganancia, un adecuado criterio para distinguir períodos no debe agotarse en relacionar un período temporal con el comportamiento de ella, sino que debe preservar el enfoque holístico de Marx y pormenorizar en las variables que subyacen la tasa de ganancia. Para Mandel, las variables clave, definidoras de un período, son seis: 1) composición orgánica del capital, 2) composición del capital constante, 3) desenvolvimiento de la tasa de plusvalía, 4) desenvolvimiento de la tasa de acumulación, 5) desarrollo del ciclo de rotación del capital, y 6) la relación de intercambio entre productores de medios de producciones y medios de consumo.

Dockès y Rosier, por su parte, proponen cuatro elementos; los dos primeros son cercanos a los dados por Mandel (modo de acumulación de capital y tipo de fuerzas productivas implementadas), pero prefieren dejar explícita la influencia de la división social del trabajo a escala mundial, así como las características particulares de regulación económica y social.

Ya Mandel esclareció que, no obstante la caída de la tasa de ganancia es una tendencia histórica inevitable del desarrollo capitalista, su recuperación no está sujeta a una ley invariable, además de depender de fenómenos que rebasan la esfera de la mera reproducción del capital; es decir, en la recuperación de la tasa de ganancia confluyen factores políticos, jurídicos, culturales y sociales. Tal parece que por *características de regulación económica y social*, Dockès y Rosier hacen referencia a las instituciones mediadoras entre la economía y el resto de las esferas, entre la estructura y la superestructura; y que son estas instituciones las

cuales, a su vez, definen el curso del período, dan carácter propio a la acumulación, la mundialización de capitales, así como a las políticas emprendidas por los Estados.

Duménil y Lévy parecen estar más cercanos a la periodización de Dockès y Rosier, especialmente en la cuestión de la regulación económica y social, que en ellos queda definida como la *configuración del poder de clases*, pues es ésta la delimitante de los marcos institucionales que rigen la acumulación de capital. Así pues, la periodización de Duménil y Lévy, contraria a la ofrecida por Mandel, no es de tasa de ganancia sino de arreglo entre fracciones de clase. Dicho de otra forma, Duménil y Lévy tienen preferencia por una periodización que se fundamente en las condiciones subjetivas del desarrollo histórico, superpuestas a las condiciones objetivas, propias de la acumulación de capital.

La diferencia entre una postura y otra es fundamental: a riesgo de parecer economicista, Mandel sostiene que la periodización del capitalismo debe mirar hacia las causas de la variabilidad de características en la reproducción capitalista; dichas causas son las seis variables citadas anteriormente e impactan en comportamiento de la tasa de ganancia en el largo plazo, lo que, a su vez, delimita ciertos rasgos para el desenvolvimiento del resto de esferas que integran a la sociedad. Podría decirse, entonces, que las características particulares de la evolución de estos factores marcan la pauta para la reproducción capitalista, entendida como una totalidad histórico social. Mientras tanto, el criterio de distinción de fases del capitalismo de Duménil y Lévy obedece más a las consecuencias de las tendencias históricas de la acumulación de capital. Los cambios históricos entre una *configuración de poderes de clase* y otra obedecen a las transformaciones en la reproducción capitalista en general, y en la acumulación de capital en particular.

Así lo demuestran al describir cómo la estancada economía de finales del siglo XIX pudo salir del paso de la crisis gracias a innovaciones técnicas y organizativas de la producción, aparejado de la potenciación de instituciones financieras, lo que a la postre devino en la implementación de un marco institucional propicio para la

proliferación de éstas, marco que vio su fin con la entrada en rigor del *New Deal* en Estados Unidos. Parece, pues, que la *primera hegemonía financiera* no pudo ser posible sin: la implementación de la cadena de montaje y las mejoras organizativas al interior del proceso productivo; los fondos de capital ocioso, resultantes del período anterior de crisis; la tendencia a la concentración de capital, y la disputa de los monopolios a nivel mundial, llegando a enfrentar Estados en la Primera Guerra Mundial.

*La primera hegemonía financiera y los treinta gloriosos* son el mejor ejemplo para demostrar las perspectivas de ambos enfoques. Para el caso de la *primera hegemonía financiera*, Duménil y Lévy sitúan el inicio de la etapa en 1893 y el fin hasta 1932; su comienzo está asociado a una *crisis al modo Marx* que apareció en 1890, durante la cual el capital hubo de sortear con el impulso de instituciones que favorecieron la aparición de monopolios y el fortalecimiento del capital financiero (*holdings*, sociedades por acciones, innovaciones crediticias, relevancia de las bolsas de valores).

Los autores franceses atribuyen el éxito de esta etapa a las innovaciones en técnica y gestión del proceso productivo. Si bien la consolidación del capital financiero data de 1880, las innovaciones en gestión empiezan a popularizarse hasta después de 1900, mientras que la cadena de montaje logra sus primeros éxitos hasta después de 1908<sup>30</sup>. Ambos hechos se expandieron en la economía norteamericana y permitieron que, en 1914 la productividad –de tendencia a la baja– encontrara un punto de inflexión para tener una tendencia positiva en los años posteriores.

---

<sup>30</sup> En 1908 ve la luz el primer automóvil *Ford* modelo T (Flink, 1988), el primer vehículo automotor que concentraba en su fabricación la aplicación de las estrategias *tayloristas* de trabajo, acompañado de la implementación de la cadena de montaje.

Coriat (2000, p. 38- 50) recupera un documento escrito en Francia, en julio de 1918, llamado *Boletín de las Fábricas Renault*, en el cual se da cuenta de cómo en Estados Unidos la compañía Ford se valía de la línea de montaje para apuntalar el éxito de su producción.

El secreto técnico radicaba en el *transportador de cinta*, inspirado en la producción de cerraduras y relojes. El boletín apunta que: “El principio es fijar la *pieza principal* [de la mercancía producida] *al transportador* y hacerlo pasar delante de cada hombre, *que fija en él otra pieza*, de suerte que el órgano *se encuentra completamente montado* al final del transportador” (Coriat, p. 41).

Mandel encuentra también en 1893 un hito para la economía capitalista: el inicio de una onda que se prolonga hasta 1939; su fase de expansión va de 1893-1913, mientras que la retroactiva abarca 1913 hasta 1939. A la vista salta que, para Mandel, el paroxismo ocurre antes de surtir efecto el taylorismo y la cadena de montaje en la totalidad de la economía capitalista; para el autor, los años de expansión también son consecuencia de la consolidación de monopolios, pero añade el papel que jugaron los inventos de la segunda revolución industrial (motores eléctricos y de combustión interna, expansión de la petroquímica) en el incremento de la tasa de plusvalía. Además, señala el papel clave desempeñado por el colonialismo para el abaratamiento de materias primas. Los factores mencionados tuvieron un impacto directo sobre la evolución de la tasa de ganancia.

Ahora bien, Duménil y Lévy centran su atención en el colapso financiero de 1929, considerando este año el inicio de un período de transición hacia los *treinta gloriosos*. Fue en dicho período intermedio cuando el Estado comenzó a expandir sus políticas de intervención económica, emprendiendo acciones que los autores denominan represión financiera. Pero, para Mandel, las políticas de intervención económica en nada alteraron la tendencia de retracción económica, emanada principalmente por la dislocación del mercado mundial que tuvo como consecuencia el estallido de la Revolución Rusa. En realidad, Mandel considera que la economía capitalista entra en una nueva fase de expansión hasta 1939, impulsada por: el fascismo y sus prácticas de represión obrera; un giro de la acumulación hacia las mercancías de guerra; y un incremento de la productividad gracias a la aparición de la informática y la energía nuclear.

La conclusión de lo anterior no es menor: en Duménil y Lévy, no toda crisis del capitalismo tiene sus orígenes en una baja tendencial de la tasa de ganancia

media, de modo que puede haber crisis *al modo Marx* y crisis primordialmente financieras, como el caso de 1929 y 2008<sup>31</sup>.

Esta comparación entre periodos del capitalismo, bajo la perspectiva de Duménil y Lévy y de Mandel, deja ver también que, para los primeros, por una parte, las políticas económicas del Estado pueden tener efectos positivos para la acumulación de capital, una suerte de ganar-ganar: los salarios de los trabajadores aumentan y, con ello, sus condiciones de vida; por otra parte, la dirección del Estado en el desarrollo técnico posibilita mejoras en la productividad del capital. En el caso de los *treinta gloriosos*, estas políticas no sólo fueron enfocadas a la represión financiera, sino que también estimularon el progreso técnico, a través de inversiones directas en la investigación científica; asimismo, permitieron una mundialización del capital planificada (Europa, América Latina y Asia) y, hasta cierto punto, ordenada: el opuesto al desorden de la preeminencia financiera del período anterior.

Incluso, mientras que para Mandel el auge económico de la posguerra concluye en 1967, en Duménil y Lévy se expande hasta 1971, pues, no obstante dan cuenta de problemas en el ritmo de la productividad del capital a partir de 1958, aseguran que los estímulos keynesianos contrarrestan el impacto de esta tendencia en el desempeño económico.

El análisis de estas dos etapas permite llegar a la conclusión de que Mandel plantea una periodización del capitalismo que responde a las causas últimas del desempeño de la acumulación de capital, mientras Duménil y Lévy apuestan por poner el énfasis en las consecuencias político-económico-sociales del desarrollo de la reproducción capitalista. Al ser la de estos últimos una periodización de *configuración de poderes de clase*, poco hacen por detallar sobre el comportamiento de la tasa de ganancia durante la *primera hegemonía financiera*, dado que en *Crisis y Salida...* (Duménil y Lévy, 2007a) la calculan solamente para el período posterior a 1965.

---

<sup>31</sup> Duménil y Lévy (2011), en continuidad de la tesis que sostiene primacía de las finanzas por encima de la acumulación de capital, dan cuenta a detalle de los mecanismos financieros, ligados principalmente al mercado inmobiliario, que llevaron al capitalismo a una de sus crisis más profundas en 2008.

Entonces, ¿cuál es el papel de la tasa de ganancia en la teoría neoliberal de Duménil y Lévy? Pues bien, desde su perspectiva con pretensiones de materialismo histórico, los cambios en la *configuración del poder de clase* son resultado del curso de la acumulación de capital. De este modo, la evolución de la tasa de ganancia es un punto de inflexión, puesto que, a partir de su depresión profunda en la que hundió a la economía, se explica el colapso de los *treinta gloriosos* y la transición hacia nuevos rasgos del desarrollo capitalista. Por otro lado, desde la tasa de ganancia queda manifiesta la principal característica encontrada por los autores para el período neoliberal: ganancias recuperadas, pero acumulación estancada. Falta aún la explicación dada por los autores para este suceso, bien que, cabe adelantar, la respuesta está en cómo relacionan la *configuración de los poderes de clase* con el desempeño de la acumulación de capital.

De momento, corresponde resaltar que, desde esta perspectiva, se establece que la responsabilidad de la barbarie neoliberal recae directamente sobre los hombros de las finanzas; lo cual sugiere que éstas se han autonomizado del resto de la economía, tienen el privilegio de mirar por encima al resto de las fracciones de clase que chocan en el modo de producción capitalista. El subtítulo de *Crisis y Salida..., orden y desorden neoliberal*, se refiere al nuevo arreglo entre fracciones de clase posterior al colapso del capitalismo al modo Keynes: nuevas reglas para el capital, presuntamente son explicadas desde opuesto: el desorden social, el despojo, la miseria y la acumulación de capital con crecimiento lento.

Para cerrar la sección es preciso apuntar algunas consideraciones sobre cómo los autores esbozan su tesis sobre el poder financiero. Ya se mencionó previamente que, desde su perspectiva, la obra de Marx carece de una teoría sobre la periodización del modo de producción capitalista. Sin embargo, el autor alemán propuso la identificación de períodos históricos de largo plazo, llamados modos de producción, cuyo principal rasgo de identificación radica en las transformaciones históricas que ha sufrido la propiedad de los medios de producción, derivando

constantemente en una clase propietaria, dominante, y una clase desposeída, dominada.

La propuesta de Duménil y Lévy se circunscribe al análisis evolutivo de la propiedad de los medios de producción al interior del modo de producción capitalista. La hipótesis es que al tema de la propiedad, la cual implicaba la dirección sobre los medios de producción, debe sumársele el estudio sobre la gestión de éstos, pues el capitalismo ha presentado una tendencia histórica hacia la separación de una y otra. Si la periodización histórica de Marx gira en torno a la propiedad de los medios de producción, la periodización del capitalismo de Duménil y Lévy tiene como tesis subyacente la separación de la propiedad y la gestión de dichos medios; de manera que la sucesión de fases del capitalismo está ligada a la subordinación alternada entre propietarios y gestores: ahí existe la sístole y la diástole del despliegue histórico del capital, y es este fundamento el que podría explicar por qué la mundialización progresiva de capitales no derivó en su derrumbe sino en su draconiano reforzamiento.

Esta interpretación del capitalismo de ningún modo es la original planteada por Marx, pero Duménil y Lévy aseguran que, para llegar a ella, se valen de algunas tesis que elaboró el filósofo decimonónico. La clave, dicen, está en estudiar la evolución de la propiedad capitalista, las instituciones financieras, así como el Estado y la estructura de clase que le sostienen.

Puntualmente, los franceses fundamentan la construcción de su marco teórico a partir de la evidencia empírica que sustenta la especificidad del neoliberalismo, tomadas de la tasa media de ganancia y de la tasa de acumulación de capital. Para el primer caso, las tasas de ganancia media, calculadas antes y después del pago de intereses, tienen una dispar desde 1982. Es decir, desde ese año, una porción creciente de las ganancias se destina al pago de intereses, por lo que las ganancias netas son menores.

Sobre las tasas de acumulación de capital: 1) en Europa, hay una tendencia desde 1960 hasta 1983, año en el que se sitúa el punto de inflexión, del cual inicia un periodo de recuperación, cuyo tope es 1992, para luego iniciar una nueva caída; 2)

en Estados Unidos, hay dos periodos de tendencia decreciente: 1968- 1976, 1981-1993. Pese a que para el periodo neoliberal hay lapsos de recuperación de la tasa –Europa (1993), Estados Unidos (1999)--, en ningún caso su máximo nivel alcanza el máximo del periodo anterior al neoliberalismo.

Duménil y Lévy concluyen que el comportamiento de estas dos tasas se explica por el empoderamiento de una fracción clase con el poder suficiente para no retribuir las ganancias hacia la expansión de la acumulación de capital. Este incremento de los activos financieros es visible en las empresas no financieras, situación que sugiere un aumento del grado de integración – posesión de unas por otras— entre las mismas.

## II. LA TENDENCIA HISTÓRICA A LA SEPARACIÓN DE LA PROPIEDAD Y LA GESTIÓN DEL CAPITAL

### 7. Una teoría dual del trabajo, en Marx

Una de las principales interpretaciones que Duménil y Lévy extraen de los trabajos de Marx, es que la teoría del valor-trabajo del autor alemán tiene un nivel superior de abstracción, en el cual, el proceso de trabajo capitalista, en general, debe comprenderse de forma dual: *trabajo productivo*, que valoriza valor, y trabajo de acompañamiento, coadyuvante indirecto (puesto que no genera valor) en la maximización de las ganancias (Duménil y Lévy, 2009b, pp. 208-212)<sup>32</sup>.

En el tomo primero de *El Capital*, Marx expone pormenorizadamente el proceso de reproducción capitalista desde el ámbito productivo: el valor se valoriza solamente cuando contiene en sí trabajo productivo.

Posteriormente, en el segundo tomo, al abordar la circulación, Marx introduce los *costos de circulación*, aquéllos en los cuales incurren los capitalistas para que el capital pueda circular de modo tal que se optimicen las ganancias. La circulación de capital, entonces, también requiere de la incorporación de trabajadores asalariados, aunque quienes trabajan en estas ramas no incorporan valor alguno a las mercancías producidas: su actividad es un trabajo improductivo, pero necesario.

El objetivo de este capítulo es recuperar los argumentos de Duménil y Lévy mediante los cuales defienden la tesis de que, en el momento de distinguir entre *trabajo productivo* y *trabajo de acompañamiento*, categorizarlos por la esfera del ciclo del capital en el que se desenvuelven no es un buen criterio; es decir, hay trabajo de acompañamiento en la producción, de la misma forma que hay trabajo productivo en la circulación.

---

<sup>32</sup> En este capítulo se dejan de lado las amplias discusiones, emanadas de algunos autores marxistas, en torno a la adecuada distinción entre el trabajo productivo e improductivo; y que tienen su fundamento en las ideas que el alemán esboza en *Capítulo VI (inédito)* (Marx, 1971) y en el tomo primero de *Historia crítica de la teoría de la plusvalía* (Marx, 1956).

Para tales efectos, el capítulo se divide en tres apartados: en el primero se recuperan brevemente las nociones principales del capítulo V del primer tomo: *proceso de trabajo, formación de valor, proceso de valorización y plusvalía*, que revelan cuáles son los componentes que el trabajo debe cumplir para producir valor; el segundo apartado trata sobre el *trabajo de acompañamiento*, primero, en la producción, como un complemento indispensable para la llamada *cooperación*, segundo, en la circulación, como trabajo necesario para la realización de las mercancías; finalmente, se reflexiona sobre la dicotomía *valorización/acompañamiento*.

### 7.1. Trabajo productivo

La primera tarea es recuperar la noción de *proceso de trabajo*, de modo que:

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformar a la vez su propia naturaleza. (Marx, 1979a, p. 216)

Este proceso de trabajo tiene un indispensable componente teleológico, que Marx denomina como *voluntad orientada a un fin*. Es decir, la actividad está ligada a un *para qué*. El resultado final es un producto, un valor de uso para el hombre.

En una breve abstracción, los capitalistas van al mercado y compran fuerza de trabajo, que conlleva a lo siguiente:

El obrero trabaja bajo el control del capitalista, a quien pertenece el trabajo de aquél. El capitalista vela porque el trabajo se efectúe de la debida

manera y los medios de producción se empleen con arreglo al fin asignado (...)<sup>33</sup>

(...) el producto es propiedad del capitalista, no del productor directo, del obrero (...) Desde el momento en que el obrero pisa el taller del capitalista, el *valor de uso* de su fuerza de trabajo, y por tanto su uso, *el trabajo*, pertenece al capitalista. (Marx, 1979a, p. 224)

Ahora bien, en las formaciones sociales dedicadas a la producción de mercancías, el valor se convierte en fin del proceso de trabajo, y los valores de uso quedan subordinados a ello, como simples portadores materiales del valor. Del mismo modo en que la mercancía reúne en sí valor de uso y valor, paralelamente, en su proceso de producción, deben quedar sintetizados el proceso laboral (que se extingue en el valor de uso) y el proceso de formación de valor. En realidad, el primero da lugar al segundo, y el valor de una mercancía queda dado por el trabajo objetivado a la generación de su valor de uso; se forma por el tiempo de trabajo socialmente necesario que contiene en sí.

Es preciso hacer una distinción conceptual entre *proceso de formación de valor* y *proceso de valorización*:

Al transformar el dinero en mercancías que sirven como materias formadoras de un nuevo producto o como factores del proceso laboral, al incorporar fuerza viva de trabajo a la objetividad muerta de los mismo, el capitalista transforma *valor*, trabajo pretérito, objetivado, *muerto*, en *capital*, *en valor que se valoriza a sí mismo*, en un monstruo animado que comienza a “trabajar” cual si tuviera dentro del cuerpo el amor.

---

<sup>33</sup> En este momento de la exposición, el autor está pensando en un proceso simple. Líneas después agrega que “La *transformación del modo de producción* mismo por medio de la subordinación del trabajo al capital, sólo puede acontecer más tarde y es por ello que no habremos de analizarla sino más adelante”. Marx se refiere a que tal transformación ve la luz solamente hasta que el modo de producción impone su propia manera de relacionarse con la naturaleza, la industria; es el paso de la subsunción formal del trabajo bajo el capital a la subsunción real del mismo.

Si comparamos, ahora, el *proceso de formación de valor* y el *proceso de valorización*, veremos que este último no es otra cosa que el primero *prolongado* más allá de cierto punto. Si el proceso de formación de valor alcanza únicamente *al punto* en que con un nuevo *equivalente* se reemplaza el valor de la fuerza de trabajo pagado por el capital, estaremos ante un proceso simple de formación de valor. Si ese proceso se prolonga *más allá de ese punto*, se convierte en proceso de valorización. (Marx, 1979a, p. 237)

De este proceso de valorización emerge la plusvalía. El capitalista compra en el mercado la mercancía fuerza de trabajo por un tiempo determinado; ya en el espacio productivo, el obrero se enfrenta a los medios de producción (trabajo pretérito) y con su fuerza de trabajo desplegada (trabajo vivo) transforma un conjunto de mercancías para generar nuevos valores de uso, sustentante de valor. Si el nuevo valor producido por el obrero equivaliera al valor de su fuerza de trabajo, se estaría ante el *proceso simple de formación de valor*, pero ésta no es la norma del capital. Para que esté pueda reproducirse, el proceso de trabajo debe estar dado como *proceso de valorización*, el obrero debe producir valor por encima del valor de su fuerza de trabajo; es decir, en un porcentaje de su jornada laboral, el trabajador asalariado produce valor equivalente al de su fuerza de trabajo, pero la jornada se prolonga más allá de ese punto y es entonces que genera un excedente. Es ésta la plusvalía, la masa de trabajo impago de la que se apropia el capitalista. Y este robo es el fundamento de la reproducción capitalista.

En la teoría de Marx, el modo de producción capitalista enajena la mediación entre el hombre y la naturaleza, se adueña de su voluntad, subordina sus fuerzas al proceso de valorización. La explotación del obrero por el capitalista deviene en la apropiación de su trabajo excedente, y es éste el fin último de la clase parasitaria. Bajo estos parámetros, el trabajo vivo, que se despliega sobre el pretérito para arrojar nuevas mercancías, que transforma para crear nuevos valores de uso portadores de valor, es el sustento material de la relación capitalista.

## 7.2. Trabajo de acompañamiento

La lógica de exposición del trabajo de acompañamiento se despliega en las dos esferas bajo las cuales se reproduce el capital globalmente: la producción y la circulación, de modo que corresponde analizar cuáles son sus funciones en cada una de ellas.

### 7.2.1. El trabajo de acompañamiento al interior de la producción capitalista

En la sección cuarta del tomo primero de su obra cumbre, Marx se dedica a exponer la plusvalía relativa; ahí, dedica dos capítulos –el XI y XII– para hablar sobre “Cooperación” y “División del trabajo y manufactura”. En términos llanos, la premisa de Marx es que la industria capitalista (sucesora histórica de la industria manufacturera) incorpora en su seno un gran número de jornadas laborales, las cuales combina organizadamente mediante la división del trabajo al interior de la fábrica. Independientemente de cómo se divida el trabajo, lo importante es que los rendimientos al capital son mejores que si empleara individualmente a los trabajadores, de forma inconexa.

Marx (1979a, p. 395) dice que la cooperación es “La *forma de trabajo de muchos* que, en el *mismo* lugar y en equipo, trabajan planificadamente [sic] en el mismo proceso de producción o en procesos de producción distintos pero *conexos* (...)”.

Lo relevante para alcanzar el objetivo de este capítulo es que la cooperación, la organización productiva a través de la división del trabajo, requiere de un mando encargado de la planeación, gestión, supervisión y ejecución de las tareas asignadas a cada uno de los trabajadores. Es éste el trabajo de acompañamiento del capital.

Marx dice lo siguiente:

Asimismo, en un principio el mando del capital sobre el trabajo aparecía tan sólo como consecuencia *formal* del hecho de que el obrero, en vez de trabajar para sí, lo hacía *para* el capitalista y por ende *bajo* sus órdenes.

Con la cooperación de muchos *asalariados*, el mando del capital se convierte en el requisito para la ejecución del proceso laboral mismo, en una verdadera condición de producción. (Marx, 1979a, p. 402)

Y continúa:

(...) la cooperación entre los asalariados no es nada más que un efecto del capital que los emplea simultáneamente. La conexión entre sus funciones, su unidad como cuerpo productivo global, radican *fuera* de ellos, en el capital, que los reúne y los mantiene cohesionados. La conexión entre sus trabajos se les enfrenta idealmente como *plan*, prácticamente como *autoridad* del capitalista, como poder de una voluntad ajena que somete a su objetivo la actividad de ellos. (Marx, 1979a, p. 403)

De estas dos citas, destaca la relación de mando. En un comienzo formal, el mando del capitalista surge a partir de que el capitalista “presta” sus medios de producción al asalariado a fin de que este último produzca para el primero; pero, posteriormente, el capitalista comenzó a incorporar un mayor número de jornadas laborales y para ello debió indagar qué hacer con ellas para coordinarlas.

En aras de que la incorporación de un mayor número de jornadas laborales sea benéfica para la producción capitalista, ésta debe ir acompañada de una organización. El capitalista debe idear un plan productivo, donde se estimen los tiempos e intensidad de trabajo (conforme a las posibilidades que ofrece el desarrollo histórico de las fuerzas productivas), además de que se dividan, repartan, especialicen y estratifiquen las tareas a ejecutar.

En este momento el mando pasa, de ser una consecuencia, a *condición de producción*. De nada sirve al capitalista comprar la fuerza laboral de millones de trabajadores si, pese a reunirlos en un mismo espacio productivo, no puede vincular sus jornadas laborales ni someterlos a su voluntad. Así pues, cuando el asalariado llega, y es incorporado a la fábrica, el capitalista ya tiene un plan previo sobre cómo lo ha de explotar.

Antes de continuar hay que esclarecer cómo esta organización beneficia al capital. La respuesta está en los siguientes dos fragmentos:

(...) la jornada laboral combinada produce una masa mayor de valor de uso y reduce, por ende, el tiempo de trabajo necesario para la producción de determinado efecto útil (...) la *fuerza productiva específica* de la jornada laboral combinada es *fuerza productiva social del trabajo*, o *fuerza productiva del trabajo social*. En la cooperación planificada con otros, el obrero se despoja de sus trabas individuales y desarrolla su capacidad en cuanto parte de un género. (Marx, 1979a, p. 400)

Como la *fuerza productiva social del trabajo* no le cuesta al capital, como, por otra parte, el obrero no la desarrolla *antes* de que su trabajo mismo pertenezca al capitalista, esa fuerza productiva aparece como si el capital la poseyera *por naturaleza*, como su fuerza productiva *inmanente*. (Marx, 1979a, p. 405)

En consecuencia, el desarrollo de la gran industria parece imposible de dissociar de la organización, del paulatino avance de la cooperación. Históricamente, los nuevos desarrollos tecnológicos producidos por el capitalismo se han hecho acompañar de diversos tipos de planeación de la producción.

Aquí radica la importancia de la dirección, que tiene un componente dual, pues no sólo planifica, sino que somete a los trabajadores, dobléga su resistencia; asimismo, conforme se expande la cooperación de los trabajadores, la misma *desenvuelve sus formas peculiares* (Marx, 1979a, p. 403). Y es que, hasta este punto, ya sea en el taller manufacturero o en la fábrica, el supuesto ha sido que el trabajo de acompañamiento es ejecutado por el capitalista, sin embargo, esto no necesariamente es así.

Pese a que la relación capitalista se instaura formalmente en el momento que el pequeño patrón combina suficientes jornadas laborales productoras de la plusvalía necesaria para desligarlo del trabajo manual y convertirlo en capitalista (Marx, 1979a, p. 401), también en algún momento éste puede desligarse de las tareas de dirección del proceso productivo, dando lugar a lo que el autor denomina como las *formas peculiares* de la relación despótica:

[El capitalista] abandona la función de vigilar directa y constantemente a los diversos obreros y grupos de obreros, transfiriéndola a un tipo especial de asalariados. Al igual que un ejército requiere oficiales militares, la masa obrera que coopera bajo el mando del mismo capital necesita altos oficiales (dirigentes, *managers*) y suboficiales industriales (capataces, *foremen*, *overlookers*, *contre-maîtres*) que durante el proceso de trabajo ejerzan el mando en nombre del capital. El trabajo de supervisión se convierte en función exclusiva de los mismos.<sup>34</sup> (Marx, 1979a, p. 404)

Esta cita sugiere que, así como los asalariados productivos se dividen las tareas, se especializan y se combinan para enriquecer al capitalista, del mismo modo surge un grupo de asalariados que tiene bajo su cargo la ejecución de tareas de supervisión y acompañamiento de la valorización. Estos trabajadores se convierten en representantes de la planificación y el mando del capitalista, pero en realidad, ésta es sólo una forma de la dirección, que en el fondo está mediada por la voluntad de la clase capitalista.

La dirección ejercida por el capitalista no es sólo una función especial derivada de la naturaleza del proceso social de trabajo e inherente a dicho proceso; es, a la vez, *función de la explotación de un proceso social de trabajo*, y de ahí que esté condicionada por el inevitable antagonismo entre el explotador y la materia prima de su explotación. (Marx, 1979a, p. 402)

Para poder alcanzar sus objetivos de explotación, el capital tiene que doblegar y someter la resistencia de los asalariados, labor que puede delegar a un mismo grupo de éstos. Aun así, en el fondo, la relación parece clara: “El capitalista no es capitalista por ser director industrial, sino que se convierte en jefe industrial porque es capitalista. El mando supremo en la industria se transforma en atributo del capital (...)” (Marx, 1979a, p. 404).

Por “supremo” habría que entender *de última instancia*, dado que, aunque supervisores y gerentes representan el mando capitalista al interior de la fábrica, trabajan para un capitalista y, como tal, su voluntad está doblegada por la voluntad

---

<sup>34</sup> Sin corchetes en el original.

del dueño de los medios de producción. El capitalista es supervisor de supervisores; aquéllos planean, dirigen, mandan, acompañan y ordenan sólo para que éste pueda obtener ganancias. Pues, ¿para qué querrían los capitalistas ordenar el proceso social de producción si no es para apropiarse de mayores masas de trabajo excedente?

### *7.2.2. El trabajo de acompañamiento en la circulación*

En el libro segundo de *El Capital*, sección primera, Marx aborda diversos ámbitos del ciclo en el cual el capital transmuta por sus tres figuras; y es aquí donde dedica un capítulo completo a hablar sobre *los costos de circulación*.

Las citadas transmutaciones implican necesariamente el gasto de tiempo de trabajo: “El cambio de estado cuesta tiempo y fuerza de trabajo, pero no para crear valor, sino para provocar la conversión del valor de una forma a la otra (...)” (Marx, 1979b, p. 152). Pero no se debe perder de vista que, aunque este tipo de trabajo es necesario para efectuar los cambios de figura, no agrega valor alguno a las mercancías ya producidas; en este punto, el autor es muy enfático.

De este modo, emergen tres tipos de costos de circulación: los *propriamente dichos*, los de *conservación* y los de *transporte*. Dentro de los *costos de circulación propriamente dichos*, Marx engloba el tiempo de compra y venta, el gasto en contabilidad y el gasto de mantener una cantidad determinada de dinero para que exista únicamente en la circulación. Para que el ciclo del capital se cumpla, éste debe transitar constantemente de la forma D a la M y viceversa; de esta manera aparecen hombres especializados, los comerciantes, encargados de enfocarse exclusivamente en este cambio.

Al respecto, dice Marx que:

[El comerciante] Cumple una función necesaria, porque el propio proceso de reproducción incluye funciones improductivas (...) Su utilidad consiste más bien en que se fija en esta función improductiva una parte menor de la

fuerza de trabajo y del tiempo de trabajo de la sociedad. (Marx, 1979b, pp. 156-157)

Es decir, la existencia de un grupo de hombres especializados en la metamorfosis M-D/ D-M libera tiempo que los capitalistas “productores” de mercancías emplearían en hacerlo. Hasta este punto de la exposición, Marx está pensando que los comerciantes son agentes asalariados<sup>35</sup>, como tal, no reciben remuneración por una porción de su jornada laboral. Este trabajo impago –contrario a lo que ocurre con los trabajadores productivos– no valoriza mercancía alguna, pero contribuye a la reducción del tiempo de compra-venta de los capitalistas, por lo cual, la colocación de capital variable en la compra de su fuerza de trabajo reduce los costos para realizar la plusvalía.

En el tercer tomo, al abordar la reproducción global capitalista, el comercio se expone desde los capitales comerciales. A diferencia del primer tomo, donde los agentes comerciales parecían trabajar para el capital productivo, ahora existe un capital autónomo especializado en la metamorfosis M-D, con lo cual se apropia de una porción de la plusvalía social emanada del capital productivo. Así pues, dicho capital comercial se hace de sus propios trabajadores. La premisa es que, pese a no contribuir a la valorización, si bien están insertos en la rama comercial, la condición de asalariados persiste:

En un aspecto, tal trabajador de comercio es un asalariado como cualquier otro. En primer lugar, en la medida en que lo que compra trabajo es el capital variable del comerciante, y no el dinero gastado como rédito, por lo privado, sino con el fin de la autovalorización del capital allí adelantado. Segundo, en la medida en que el valor de su fuerza de trabajo y por ende su salario está determinado, como en el caso de todos los restantes asalariados, por los costos de producción y reproducción de su fuerza de trabajo específica, y no por el producto de su trabajo. (Marx, 1999, p. 375)

Queda claro que la relación salarial persiste, pero la única diferencia con los trabajadores productivos es que sus pares comerciales no crean valor. Si para el

---

<sup>35</sup> El desarrollo del capital comercial aparece hasta el tomo tercero de *El Capital*. Véase: Marx (1991 y 1999).

capital productivo el trabajo impago es la fuente de la plusvalía, ¿para qué quieren los capitalistas comerciales comprar fuerza de trabajo que no produce valor alguno? La respuesta es simple, dada la forma en la cual el capital comercial participa en la nivelación de la tasa de ganancia general<sup>36</sup>: la masa de ganancia del capitalista comercial depende de cuánto capital pueda insertar en el proceso, y “(...) podrá emplear tanta mayor cantidad del mismo en la compra y en la venta cuanto mayor sea el trabajo impago de sus dependientes” (Marx, 1999, p. 376). Por lo tanto:

El trabajo impago de estos dependientes, a pesar de no crear plusvalor, crea empero para él apropiación de plusvalor, lo cual es exactamente lo mismo para este capital, en cuanto a su resultado; en consecuencia, es para él fuente de ganancia. (Marx, 1999, p. 377)

Otro gasto de circulación es aquel capital colocado para llevar los gastos de contabilidad. Ello requiere medios de trabajo (plumas, papel, tinta, etcétera), al tiempo que fuerza de trabajo que lo lleve a cabo (Marx, 1979b, p. 158). Aquí, ocurre algo paralelo con los comerciantes: surge un grupo de trabajadores especializados en estas tareas, ahorrando el tiempo de trabajo social necesario para su realización:

Si un capitalista invierte su capital por primera vez, tiene que invertir una parte en la adquisición de un tenedor de libros, etc., y en medios para la contabilidad. Si su capital ya está funcionando, si ya está empeñado en su proceso continuo de reproducción, tiene que reconvertir continuamente una parte del producto mercantil (...) en tenedores de libros, dependientes y similares. Esta parte del capital se sustrae al proceso de producción y forma parte de los costos de circulación, o sea de las deducciones del rendimiento global. (Marx, 1979b, p. 160)

---

<sup>36</sup> Para tener una explicación precisa del tema, véase Marx (1991), capítulos XVI y XVII, y Guerrero (2008, pp. 182- 185).

A diferencia del comercio, Marx señala que la aparición de la contabilidad como actividad autónoma y especializada tiene una mayor relación con las particularidades del desarrollo histórico del modo de producción capitalista.

La contabilidad como control y compendio ideal del proceso se vuelve tanto más necesaria cuanto más se cumple el proceso en escala social y pierde el carácter puramente individual; por consiguiente, es más necesaria en la producción capitalista que en la producción dispersa de los artesanos y campesinos, más necesaria en la producción colectiva que en la capitalista. Pero los costos de la contabilidad se reducen al concentrarse la producción y a medida que aquélla se transforma en contabilidad social. (Marx, 1979b, p. 160)

El último costo de circulación, en cuanto tal, está dado por aquella masa de dinero que el sistema necesita conservar solamente como tal, para efectos de la circulación de mercancías. Esta masa crece conforme lo hace la masa de mercancías y, además, debe efectuarse la realización de su desgaste físico (Marx, 1979b, pp. 161-162).

Mientras los costos de compra y venta –como ya se dijo– son asumidos por el capital comercial, cuyo funcionamiento se expone en el tomo tercero, la función de los otros dos costos se recupera también en el tomo final, bajo la figura del *Geldhandlungskapital*<sup>37</sup>, el cual circula principalmente bajo el resguardo del capital bancario (no obstante, las corporaciones modernas tienen sus propios departamentos de contabilidad). Pese a que los bancos se han complejizado estructuralmente y se han posicionado como los principales especialistas en llevar a cabo estos trabajos, necesarios para la reproducción capitalista, la esencia de los costos de circulación perdura en el fondo.

Los *costos de conservación* están referidos a las necesidades de las mercancías una vez que han salido de la producción y hasta antes de realizarse en el consumo. Es decir: almacenamiento, protección contra deterioro, etcétera. Sin ahondar en detalles irrelevantes para los efectos de la presente exposición, estos

---

<sup>37</sup> Véase capítulo 9 en este mismo trabajo. Este tipo capital no incluye al capital de préstamo.

costos difieren de los primeros porque “pueden surgir de procesos de producción que sólo continúan en la circulación y cuyo carácter productivo resulta, pues, sólo ocultado por la forma de la circulación” (Marx, 1979b, p. 169).

Sin embargo, el *acopio de mercancías propiamente dicho* se introduce cuando “las necesidades aumentadas de acopio de capital mercantil, productivo o dinerario por causas puramente capitalistas (...) hacen de estos acopios un costo de circulación *pura*” (Guerrero, 2008, p. 136).

El último de los costos de circulación es el *transporte*. Cabe distinguir entre dos cuestiones: el título de propiedad de la mercancía puede circular sin que ésta tenga un cambio de posicionamiento físico; o la mercancía circula físicamente sin cambiar de dueño. Para el primer caso, se requiere de trabajo que no añade valor alguno a la mercancía, aunque no ocurre así para el segundo, pues, dado que el valor de uso sólo se realiza en el momento del consumo final, la mayoría de las mercancías no puede ser realizada sin transportación previa. Por ende, el traslado físico de una mercancía implica trabajo de producción.

Se demuestra entonces que los capitalistas destinan una parte de su capital a incorporar fuerza de trabajo cuyo valor de uso es la realización de las mercancías; este capital se incorpora como un costo para el capitalista y, pese a que no añade valor alguno, permite optimizar socialmente el proceso de circulación: al especializarse, requiere un menor tiempo de trabajo socialmente necesario para ejecutar sus tareas, en comparación a si lo hicieran en su totalidad los mismos capitales productivos.

### **7.2.3. Conclusiones en torno al trabajo de acompañamiento**

En *El Capital*, Marx da tratamiento constante a dos tipos de trabajo: aquél que valoriza (produce plusvalía), y aquél que da acompañamiento al proceso de reproducción capitalista. La característica principal de este trabajo de acompañamiento es su indispensabilidad para la maximización de la productividad social del capital, de modo que ambos se imbrican paulatinamente y en mayor

grado. Por otro lado, se demostró también que el trabajo de acompañamiento existe lo mismo en la esfera de la producción, que en la de la circulación.

Ahora bien, no basta decir que el trabajo de acompañamiento contribuye a la maximización social de los beneficios capitalistas, se debe explicar cómo lo hace:

1. *Ordenación*. Bajo la premisa de que el capitalismo se ha expandido históricamente a la par del avance de la división del trabajo (al interior de la producción), se tiene que el trabajo de acompañamiento se especializa en ordenar las jornadas combinadas de los trabajadores. Así pues, ingenieros de todo tipo<sup>38</sup> (industriales, comerciales, químicos, mecánicos, telemáticos, etcétera), administradores y gestores –principalmente– participan del diseño de todos y cada uno de los procesos internos que convergen en la optimización de la rentabilidad de la empresa.

El plan atraviesa primordialmente las unidades productivas, pero también lo hace en las oficinas; ocurre lo mismo en la maquila, en las representaciones gubernamentales o en las empresas. En ambos espacios se busca la reducción del desperdicio, la eliminación de distracciones laborales, el máximo aprovechamiento de los insumos, así como el incremento de la productividad laboral.

Pero el orden también rebasa los límites físicos de la empresa y la oficina, y se impone al conjunto de éstas. Podría decirse que dicho orden se ejerce desde el Estado, a partir de las políticas económicas, sean éstas industriales, comerciales, fiscales, monetarias o hasta territoriales. Estas políticas tienen la capacidad de poner reglas a la libre competencia: reparten mercados, generan inversiones para beneficiar a un sector del capital, establecen acuerdos entre capitalistas, ponen barreras a capitales,

---

<sup>38</sup> Es pertinente aclarar la posibilidad latente de que los ingenieros también desempeñen actividades directas de valorización, en tanto que obreros súper cualificados.

manipulan estímulos fiscales y, mediante la política monetaria, pueden beneficiar a capitalistas deudores o a capitalistas acreedores<sup>39</sup>.

2. *Mando*. El trabajo de acompañamiento incorpora trabajadores asalariados que se encargan de representar a la autoridad capitalista (atributo de la propiedad de los medios de producción) y ejecutarla en su nombre. De este modo, los dirigentes asalariados doblegan la voluntad de otros asalariados en el proceso de trabajo, y la someten a la voluntad del capital<sup>40</sup>. Por medio del sometimiento de los asalariados, es posible la ejecución del plan para sus jornadas laborales combinadas. Huelga decir que el mando se manifiesta por igual en la esfera de la producción y la de la circulación, existe lo mismo en la fábrica que en la oficina.

Los directivos asalariados subsumen a sus pares; pero, a su vez, su voluntad está sometida a la relación capitalista, al trabajo enajenado por los dueños de los medios de producción. De ahí el señalamiento de Marx sobre que esta función está condicionada por la antítesis central entre capitalistas y proletarios.

Ésta es la situación de los trabajadores del mando, en general, pero –como ocurre con las tareas de ordenación– la especialización del trabajo los segrega jerárquicamente, limitando el espacio físico y simbólico de su autoridad. De esto, la autoridad puede quedar demarcada al interior de una pequeña oficina, de una gran oficina (conformada por pequeños

---

<sup>39</sup> En *Retirar la escalera* (2004), Ha-Joon Chang hace una exposición sobre cómo las actuales potencias mundiales [Estados] se han montado en un discurso de defensa del libre mercado, cuando la historia muestra que se convirtieron en potencia gracias a sus estrictas políticas de intervención estatal.

<sup>40</sup> Hay que establecer que la voluntad de los proletariados no sólo es sometida por los mandos durante el proceso de trabajo. Este sometimiento se reproduce también fuera del espacio laboral, en el desenvolvimiento de la vida social misma. Desde dos distintos tipos de marxismo, la *hegemonía* de Gramsci (Crehan, 2004, pp. 119- 184), y los *aparatos ideológicos del Estado* de Althusser (2005), se da cuenta de cómo la voluntad del proletariado es subyugada paulatinamente hasta llegar a asumir como propios los intereses de la clase capitalista. Véase capítulo 10 en el presente trabajo.

departamentos), de varias oficinas en una ciudad, del total de oficinas de un país o de todas las oficinas en una región geográfica.

La estructuración de las tareas de mando en la producción capitalista tiene la siguiente particularidad: el rango de poder es inversamente proporcional al número de trabajadores que lo ofrecen; es decir, la estructura es piramidal. Por ello abundan los mandos menores, mientras escasean los mayores; y son éstos, los jefes últimos, quienes tienen una relación más cercana con los dueños del capital.

Cabe preguntarse si los jefes últimos o máximos, asalariados, son tales o tienen como jefes a los capitalistas. La respuesta debe considerar la posibilidad de que el capitalista esté completamente desligado del trabajo de acompañamiento; además de pensar que el mando radica en el poder poseído por un jefe para indicarle a su subordinado qué hacer y cómo hacerlo. El capitalismo contemporáneo, con el desarrollo del capital accionario, arroja la posibilidad de que un capitalista posea títulos de propiedad de empresas de diversas ramas. Así pues, un capitalista puede poseer buena parte de una empresa automotriz sin tener la más remota idea de cómo funciona un motor, cuál es el diseño más eficiente de la carrocería, cuáles son los mercados más factibles para comerciar ciertos modelos, qué materiales son los más resistentes para las llantas o qué combustibles dan un mejor rendimiento al automóvil.

El capitalista poco puede decirle a sus altos mandos qué hacer y cómo hacerlo, así que no puede nombrarse jefe del mando, en el mismo sentido que un mando es jefe de sus subordinados. Cuando Marx coloca al capitalista como mando supremo de la industria, se debe interpretar a éste como miembro de una clase explotadora, y a aquélla (la industria) como la mediación entre hombre y naturaleza, propia del modo de producción capitalista. Los capitalistas tienden el mando supremo de la industria

porque hacen a los asalariados trabajar para ellos, consiguen que el metabolismo entre el hombre y la naturaleza quede subsumido a los deseos de la obtención de ganancia.

Es probable que un capitalista no pueda decirle a un mando qué hacer y cómo hacerlo, pero el mando, por alto que sea, por cercano al capitalista que parezca, está subsumido al capital, pues el componente teleológico de su trabajo, el *para qué* de su actividad, está enajenado, reducido a la obtención de ganancia para el primero.

3. *Realización de mercancías.* Finalmente, esta función sí es exclusiva de la esfera de la circulación y, sin ella, el proceso de reproducción social del capital no podría completarse. Corresponde tomar en cuenta, como se dijo líneas arriba, que los trabajos improductivos insertos en la circulación de mercancías también están atravesados por el *orden* y el *mando*. Así, se facilita la especialización y la economía social del tiempo gastado en estas actividades.

En un recuento histórico, las actividades de comercio son anteriores al modo de producción capitalista, lo mismo que el mando *per se*. El comercio acercó pueblos antiguos, y en ellos son famosas las historias de célebres mandos militares o religiosos<sup>41</sup>. La particularidad del capitalismo parece radicar en el desarrollo del orden y el uso del mando; dichas tareas se vuelven necesarias para desdoblarse progresivamente la potencialidad inmanente de sus fuerzas productivas. En este nivel de abstracción no hay que perder de vista que el capitalista delega estas tareas a trabajadores asalariados, cuya fuerza de trabajo tiene como valor de uso, como utilidad social, la implementación del orden y el ejercicio de la autoridad. Al ser así, especialmente en el campo del mando, este grupo de asalariados emerge como fracción, y se dan las condiciones adecuadas para enfrentarse realmente a aquellos trabajadores a quienes impone su mandato.

---

<sup>41</sup> Véase: Polany (2003).

En la exposición de Marx, parece que el orden está aparejado de la paulatina expansión de la socialización del trabajo, cuando, por ejemplo, asocia a esta última con el desarrollo de la contabilidad.

En el marco de la dialéctica histórica, el orden y la producción socializada parecen ser la pauta para una sociedad auténticamente postcapitalista. Pero vale la pena preguntarse si el mando jerarquizado que ha acompañado al orden, cabe en el dibujo de una sociedad igualitaria. La respuesta parece negativa, pues, en el fondo, tal orden y tal mando están subsumidos al capital, aparecen de la necesidad de ganancia. El capitalismo se vale de un orden que segrega, de un mando opresor y excluyente. Por tanto, es posible pensar que, si bien el orden capitalista da pauta para una sociedad que lo suceda, el orden postcapitalista debe existir sin recurrir a la imposición de un mando jerarquizado piramidalmente, fuera de la lógica frenética de la ganancia, más allá de la antítesis capitalista que enfrenta a proletariados y capitalistas.

## 8. Capitalista financiador, capitalista activo y director asalariado

Ya se demostraron los momentos en los cuales Marx hace mención de la participación de asalariados improductivos en el proceso de valorización del capital. En los tomos primero y segundo, el autor no se detiene a distinguir entre aquellos capitalistas que participan efectivamente en el acompañamiento del proceso del capital y aquéllos que no lo hacen. De hecho, podría insinuarse que, durante los primeros dos tomos, los propietarios del capital efectúan *trabajo de acompañamiento*.

Para Duménil y Lévy, esta situación cambia radicalmente a partir del tomo tercero, sección quinta, especialmente en los capítulos referentes al *capital que devenga interés* o *capital a interés*<sup>42</sup>. Aquí, Marx profundiza en torno a una distinción

---

<sup>42</sup> La primera traducción es de Pedro Scarón (Marx, 1999), la segunda, de Wenceslao Roces (Marx, 1991). A partir de aquí, se preferirá el término empleado por Scarón, ya que tiene un mayor apego al uso adecuado del castellano. Según el *Diccionario Panhispánico de dudas* (RAE, 2005), se recomienda evitar el uso del galicismo *sustantivo + "a" + sustantivo*, salvo en casos específicos, ninguno de ellos adecuado para el término *capital*.

cualitativa entre dos tipos de capitalista: el primero es el capitalista clásico, aquél que *activamente* participa en el proceso de acompañamiento del capital; el segundo es quien sólo confiere su dinero a los primeros para que le reditúen una ganancia.

La novedad se observa de la forma siguiente:

El capitalista activo trabaja con su capital y los capitales que le son confiados para que los valore, por agentes que no participan en la gestión. La forma típica de esta transacción es el préstamo. Correlativamente, la ganancia se divide en dos fracciones, la que remunera a los capitales así entregados y la que conserva el capitalista activo, a doble título: por propia contribución al adelanto y por su labor de capitalista activo. (Duménil y Lévy, 2009b, p. 213)

Así, los capitalistas pueden clasificarse en: 1) *financiadores*, quienes adelantan capital dinerario para obtener ganancia, pero se desligan de su gestión; 2) *empresarios*, que también adelantan un capital dinerario y, al mismo tiempo, reúnen otros capitales con el suyo, así lo gestionan como un todo a lo largo del proceso de valorización (Duménil y Lévy, 2009b, p. 215).

Si se considera que, para Duménil y Lévy, el *capital de préstamo* reúne en sí tanto a créditos como a acciones, por lo cual éste porta interés lo mismo que dividendos (Duménil y Lévy, 2009b, p. 214), podría decirse que la ganancia de una empresa queda desdoblada en: 1) intereses y dividendos pagados a los capitalistas puramente financiadores; 2) intereses y dividendos pagados al empresario, en tanto que también adelantó capital dinerario; 3) salario pagado al empresario, por su labor en la gestión (Duménil y Lévy, 2009b, p. 216). Las últimas dos escisiones corresponden a la *ganancia del empresario*, entendida como la remuneración por su emprendimiento: adelantar y gestionar el capital<sup>43</sup>. Empero, los autores sostienen que las remuneraciones en formas supuestamente salariales escapan de la lógica auténticamente salarial, ello debido a que los

---

<sup>43</sup> Véase: Marx (1999), capítulo XXIII.

empresarios suelen hacerse de acciones con tratamiento preferencial (Duménil y Lévy, 2009b, p. 216).

Lo importante, en abstracción, continúa siendo la existencia de propietarios del capital que lo adelantan para obtener ganancias, pero que se desligan de la gestión de éste en el proceso de valorización. Ahora bien, ¿cómo entrelazar esta distinción cualitativa entre capitalistas con la dicotomía *trabajo productivo/ trabajo de acompañamiento*?

Marx apunta que:

(...) el mero director que posee capital sin título alguno (...) desempeña todas las funciones reales que competen en cuanto tal al capitalista actuante, sólo permanece el funcionario y desaparece el capitalista, en cuanto persona superflua, del proceso de producción. (Marx, 1999, p. 496)

Esto puede interpretarse como que existe una tendencia histórica a que el *trabajo de acompañamiento*, en un inicio ejercido totalmente por el capitalista activo, paulatinamente se delegue a directores asalariados. Pero, ¿hasta qué punto el capitalista es un personaje superfluo?

Es pertinente acotar que la afirmación de Marx está limitada para la reproducción social en general, es decir, una crítica para las voces burguesas quienes afirman que la directriz de los capitalistas es indispensable para el bien de la humanidad. No obstante, para el caso del modo de producción capitalista, los capitalistas son indispensables, pues son ellos quienes: 1) sustentan en su figura la propiedad privada de los medios de producción, 2) despojan y someten a los proletariados y 3) se disputan la apropiación privada del trabajo social.

Como ya se explicó, el *trabajo de acompañamiento* existe a través del tamiz de la división social del trabajo, por lo que no todo *trabajo de acompañamiento* –como un conjunto de tareas en concreto realizado por un grupo de trabajadores– está relacionado con las tareas de los *cuadros* de alta dirección de las empresas.

Duménil y Lévy interpretan la anterior cita de Marx como el fundamento para demostrar el empoderamiento histórico del *trabajo de acompañamiento*,

primordialmente aquellos trabajadores que se dedican a las tareas de alta gestión. Por lo tanto, en su perspectiva, el capitalista es superficial al proceso de producción porque los altos directivos asalariados se encargan de la ordenación y el mando en el proceso: tienen dirección sobre los medios de producción. La demostración se encuentra en el incremento histórico de trabajadores de acompañamiento desde que Marx escribió *El Capital* hasta la fecha más reciente. De hecho, no hay gran corporativo contemporáneo que sea tal sin la inclusión de cuadros de alta gestión en sus organigramas.

Más aún, estos altos funcionarios del capital perciben salarios muy por encima de los asalariados promedio, tienen cierto trato preferencial por parte de los capitalistas, además de tener (en ocasiones) vínculos directos con los más destacados funcionarios políticos de los Estados. Pese a ello, todavía existen los empresarios, los dueños-gestores del capital y, por obvio que parezca el término de *ganancia del empresario*, éste queda reservado exclusivamente para ellos. Dicha condición privilegiada sobre la posesión y la gestión del capital les permite posicionarse siempre por encima del resto de los actores con los que interactúan, no sólo al interior de los corporativos, sino del total de la sociedad. Son ellos los grandes magnates en la cima del capital, la cúpula de la pirámide gerencial (Duménil y Lévy, 2009b, p. 217).

## 9. Organización y desarrollo capitalista

Ya en los capítulos precedentes se ha expuesto la importancia del *trabajo de acompañamiento* para la reproducción social, bajo el modo de producción capitalista: el *trabajo de acompañamiento* existe lo mismo en la producción que en la circulación; está jerarquizado por la división social del trabajo; es efectuado por un sector de los capitalistas, además de una fracción de los asalariados, y su papel en el circuito de reproducción es maximizar la ganancia –a través de la planeación–, así como el ordenamiento y la dirección sobre los medios de producción. Este tipo de trabajo apunta hacia una categoría que da sustento a la teoría de Duménil y Lévy: la *organización*, extraída de la obra de Marx.

En 2009, Gerard Duménil publicó, en coautoría con Jacques Bidet<sup>44</sup>, el libro *Altermarxismo...*, donde ambos autores proponen una visión alternativa de la obra de Marx, a partir de ciertos huecos que, ellos consideran, fueron dejados por el autor alemán. El supuesto es que la obra de Marx quedó rebasada por el desarrollo histórico del capitalismo y, por ello, se dan a la tarea de extrapolar sus tesis para explicar el contexto contemporáneo.

En el capítulo 3 del presente trabajo, quedó de manifiesto que uno de los motivos encontrados por Duménil y Lévy para reelaborar los trabajos de Marx es explicar por qué la mundialización de capitales no derivó en el derrumbe del capitalismo, sino en una fase neoliberal con tendencias claramente opuestas a desmontar las prebendas sociales que la clase proletaria obtuvo de los *treinta gloriosos*. Pues bien, la respuesta la encuentran en aquello que Marx concebía como *organización*. La hipótesis de ambos autores es que, mientras el filósofo de Tréveris veía en la *organización* el vehículo para la superación del modo de producción capitalista, ocurrió lo contrario: el capitalismo se apropió de ella y la convirtió en su mejor defensa para revertir las inevitables crisis de acumulación. Así, el desarrollo histórico capitalista ha sido el resultado de la dialéctica entre el mercado, sus libres fuerzas y su anarquía, y la organización con su planeación progresiva; es decir, la permanencia del mercado sólo ha sido posible debido a la afirmación de su opuesto: el plan. Este hecho ha devenido en una transformación profunda de la estructura social, así como en la aparición de relaciones sociales paralelas a las propuestas por Marx.

---

<sup>44</sup> Jacques Bidet es un filósofo francés, director honorario de la revista *Actuel Marx*, de cuyo comité editorial forman parte los propios Duménil y Lévy, junto a marxistas destacados como el brasileño Michael Löwy. Bidet (2009, p. 119- 148) es autor de la teoría *metaestructural*, la cual afirma que la sociedad moderna se ordena desde dos polos: 1) el mercado, vinculado a la propiedad privada, y 2) la organización, asociada a las ventajas de poder que ofrece la posesión de competencias jerarquizadas. Mientras que para Duménil y Lévy el capitalismo y el *cuadrismo* son dos relaciones de clase que operan paralelamente, Bidet apunta que mercado y organización son dos factores de clase que se combinan en una sola relación de clase, la capitalista. De modo que el desarrollo histórico del capitalismo se realiza mediante la puesta en marcha de ambos polos: la relación mercantil realiza la apropiación de plusvalía, mientras que, a través de la relación organizacional, es que la primera se produce.

En concordancia con Duménil, Bidet también señala como el gran error de Karl Marx el plantear un esquema en el que la sociedad de mercado es el punto de partida, la cual tiene como destino final la superación desde su opuesto: la organización y concentración paulatina de los medios de producción.

Es importante señalar que Bidet y Duménil han llegado, por campos de estudio diferentes, a las conclusiones mencionadas; el primero es filósofo y el segundo, economista. En correspondencia con los objetivos del presente trabajo, sólo se traerán a colación aquellos fragmentos de la obra que claramente correspondan al pensamiento original de Duménil. Además, si bien se han analizado en su mayoría los trabajos de Duménil en su conjunción con Lévy, se estima prudente la inclusión del trabajo conjunto con Bidet, dado que contiene una nota de Duménil en la cual éste hace explícito que el texto se publicó considerando los comentarios aportados por Lévy; además de que *Altermarxismo* muestra continuidad con el pensamiento esbozado en los trabajos conjuntos de ambos economistas franceses.

El presente capítulo se compone de cuatro apartados: en el primero, se revisan aquellos elementos de *El Capital* que sirvieron a Duménil para elaborar sus postulados sobre la *organización*; en el segundo, se expone cómo la organización se convierte en una relación de clase, así como las características de sus variantes históricas: el *capito-cuadrismo* y el *cuadrismo burócratico*; el tercer apartado está dedicado a explicar las especificidades del *capito-cuadrismo*; mientras que, en el último, se exponen los momentos cumbres de la organización capitalista, sobre todo, cómo ésta ha salvado al capitalismo de sus crisis ineludibles. Finalmente, se ofrecen consideraciones conclusivas acerca de lo tratado.

### 9.1. La *organización*, en Marx

Duménil encuentra tres momentos en los cuales la *organización* se asoma en *El Capital*. El primero se perfila en la exposición de Marx (1979) sobre la *organización al interior de la empresa*, localizable en la sección cuarta del tomo primero. Bajo la consideración de Duménil y Lévy, este planteamiento es una extrapolación del popular ejemplo de Adam Smith en su obra más célebre: en una fábrica de alfileres, la productividad aumenta cuando los individuos se especializan en una sola tarea, en lugar de que cada individuo se ocupe de la totalidad del proceso. La diferencia de Marx con Smith radica en que el primero escribe cien

años después del segundo, por lo cual, su planteamiento de organización ya no está limitado al taller contemporáneo del inglés, sino que mira hacia la moderna industria capitalista (Bidet y Duménil, 2009, p. 92). Líneas después, en el tercer tomo, la *organización al interior de la empresa* vuelve a aparecer, esta vez como parte de las funciones capitalistas en la producción:

(...) buscar el financiamiento, comprar las materias primas y la fuerza de trabajo, reunir las en el taller y organizar el trabajo, explorar los mercados, vender, ocuparse de la liquidez monetaria, etc. (Bidet y Duménil, 2009, p. 92)

Duménil halla el segundo momento de la *organización* en la *magnum opus* de Marx dentro de ese mismo tomo (el tercero), pero esta vez aparece en los capítulos que refieren a la conformación del capital financiero:

También en la órbita del capital ese proceso de organización en la empresa va acompañado explícitamente de un segundo: la concentración de los capitales en las instituciones financieras, arrastradas a su vez en una carrera hacia el gigantismo, que se acompaña de una forma de administración social del capital (...). (Bidet y Duménil, 2009, p. 93)

Cuando las instituciones financieras concentran en sí el capital de préstamo para darlo en crédito, “hacen más funcionales los procesos de asignación del capital en las diferentes ramas, y en eso hay que ver una forma de coordinación social” (Bidet y Duménil, 2009, p. 93).

En Marx, el último campo sobre *organización* se encuentra en la sección quinta del, otra vez, tomo tercero. Para el teórico alemán, el desarrollo de las sociedades por acciones implica un paso de la propiedad privada de los medios de producción, a la socialización de ésta. El problema es que este tipo de propiedad por acciones se concentra en manos de unos cuantos capitalistas, quienes las utilizan para concentrarlas gradualmente y expandir su dominio sobre los otros

capitales. No obstante, Marx ve en esta figura el brote de la propiedad social que da pie a una sociedad postcapitalista<sup>45</sup>.

Así pues, Duménil considera que Marx cometió una grave omisión al no desarrollar profundamente su tesis sobre la *organización* en el capitalismo. El autor francés tiene dos hipótesis para explicar este hecho: a) cuando Marx escribió *El Capital*, la *organización* no había alcanzado el desarrollo histórico mínimo que permitiera profundizar en ella (Bidet y Duménil, 2009, p. 95); b) Marx era consciente del alcance de la *organización* en el seno del capitalismo, pero sus consecuencias en la estructura social implicaban la introducción de nuevas categorías, las cuales rompían con el esquema bipolar capitalista-asalariado (Bidet y Duménil, 2009, p. 96).

Más allá de profundizar en el inútil quehacer de demostrar la validez de una u otra hipótesis, Duménil concluye que la omisión de Marx, al no vislumbrar en la *organización* el surgimiento de una nueva relación de clases, tuvo consecuencias severas: los continuadores del marxismo no quisieron ver que en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se logró abolir a la clase capitalista, pero hubo que lidiar con el dominio de los cuadros de gestores: la masa de *trabajadores de acompañamiento* (Bidet y Duménil, 2009, p. 97). El empuje emancipador del marxismo perdió fuerza.

## **9.2. De la organización, de Marx, al encuadramiento, de Duménil: la tesis de una nueva relación de clase**

Sin mayores preámbulos, Gerard Duménil escribe:

La tesis que se esgrime aquí es que existe una relación específica de organización, potencialmente autónoma, que comparte con el capitalismo el hecho de ser portadora de una relación de clase. Al respecto, parece más pertinente utilizar el término “encuadramiento” en lugar de “organización”. Ese término traduce mejor la jerarquía inherente a toda

---

<sup>45</sup> Véase capítulo 10 en este mismo trabajo.

relación de clase, y tiene la ventaja de construirse en torno al de “cuadro”. Para hacer el paralelismo, se propone llamar “cuadrismo” al sistema que corresponde a la relación de encuadramiento, tal como se dice “capitalismo” a partir de “capital”.

En suma: dos relaciones sociales potencialmente autónomas, capaces de dominar dos sistemas sociales y dos relaciones de clase. Por un lado, el capitalismo, cuya clase dominante es la de los capitalistas, y la clase dominada, la del proletariado. Del Marx fundamental. Por otro, el cuadrismo, cuya clase dominante es la de los cuadros, y la clase dominada, la de la masa de empleados y obreros. (Bidet y Duménil, 2009, p. 98)

Sobre los *cuadros*, Duménil y Lévy dicen definirlos “(...) como clase en referencia a su posición específica frente a los medios de producción (...) teniendo en sus manos el control sin ser propietarios” (Durand y Keucheyan, 2014).

El *encuadramiento* es una relación social porque, pese a que los *cuadros* no tienen la propiedad de los medios de producción, sí poseen la capacidad de decisión sobre éstos, así como una jerarquía sobre una masa de trabajadores asalariados insertos en el trabajo improductivo.

La relación de *encuadramiento* ha avanzado lentamente, sin el empuje de la lucha de clases (Bidet y Duménil, 2009, p. 100), hacia un *cuadrismo* puro, por ahora inexistente. Lo que sí ha existido realmente, según Duménil, es la relación híbrida entre el *cuadrismo* y el capitalismo, por una parte, y por la otra, el *cuadrismo* con el socialismo real. A la primera le llama *capito-cuadrismo*, a la segunda, *cuadrismo burocrático* (Bidet y Duménil, 2009, p. 100). ¿Cuál es la diferencia entre una y otra?

En el capitalismo la propiedad de la gran empresa ha perdido ya su carácter individual o familiar. En la relación *cuadrista* revestirá un carácter social, ya sea a través de una propiedad formalmente estatal o de una

propiedad recíproca de las empresas, inter- individual o concentrada en instituciones financieras. (Bidet y Duménil, 2009, p. 98)

Al *capito-cuadrismo* lo respaldan las grandes instituciones financieras, mientras que el *cuadrismo burocrático* está enmarcado por la gran propiedad estatal (socialismo real). Por estar estrechamente ligado a la teoría neoliberal que ofrecen los autores estudiados, en este trabajo sólo se profundizará en las características del *capito-cuadrismo*. Del *cuadrismo-burocrático*, únicamente resta decir que, para Duménil, es la evidencia histórica de que la relación salarial puede suprimirse, mas –aun así– es posible la continuidad de una sociedad de clases.

### 9.3. Generalidades del *capito-cuadrismo*

En el modo de producción capitalista, el *trabajo de acompañamiento* tiende a la polarización. Mientras unos asalariados diseñan, organizan y planean, otros, la masa, ejecuta lo dictado por quienes ocupan los escalones más altos de la pirámide; dicha polarización está acompañada por un proceso de empoderamiento, en el que los directores subordinan a los dirigidos (Bidet y Duménil, 2009, p. 104).

Al comienzo de la aparición de los cuadros, sus acciones estaban subordinadas al beneficio capitalista, a coadyuvar en la maximización de sus ganancias. Sin embargo, los autores observan que, a nivel general, en el período comprendido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el inicio del neoliberalismo, los cuadros adquirieron autonomía respecto a los propietarios del capital:

Se observa ahí [en la posguerra] una nueva jerarquía en los objetivos de la gestión de las empresas, donde la exigencia de rentabilidad aparecía más como la condición de la búsqueda de otros propósitos, tales como el crecimiento o el cambio técnico, que como un fin en sí misma.<sup>46</sup> (Bidet y Duménil, 2009, p. 92)

---

<sup>46</sup> Sin corchetes en el original.

Además, Duménil observa una concentración gradual del ingreso en los bolsillos de los asalariados superiores hasta 1968. Esto hace que el autor sugiera una autonomía de los cuadros, respecto al poder de los propietarios (Bidet y Duménil, 2009, p. 107).

Durante el período neoliberal, las clases propietarias no frenaron el avance de los cuadros en las tareas de organización, pero sí los despojaron de la autonomía obtenida durante el período de posguerra (Bidet y Duménil, 2009, p. 108). A saber, los *cuadros* continuaron encargándose de las tareas de organización y mando, aunque volvieron a su lugar subalterno al servicio de los capitalistas.

Duménil destaca que, antes de la suya, ha habido tesis en las cuales se apunta la existencia del poder de los *cuadros*. A los autores de dichas tesis, los agrupa dentro de la corriente del *capitalismo managerial*<sup>47</sup>. La premisa principal de esta línea de pensamiento es que el desenvolvimiento histórico del modo de producción capitalista se ve alterado por un grupo, desarrollado paulatinamente, de managers, administradores o gestores: los jefes. Estos jerarcas pueden tomarse en cuenta como una nueva clase, pues concentran y ejercen una jerarquía en el ámbito productivo, comercial y financiero. Adam Chandler, con su *coordinación administrativa*, y John Kenneth Galbraith (2002, pp. 73-84), con el estudio de la *tecnoestructura*, son los principales representantes de la corriente aludida.

No obstante, la crisis que comenzó en 1970 fue un duro golpe para los teóricos del *capitalismo managerial* porque, aparentemente, los managers dejaron de tener protagonismo y se lo entregaron de nuevo a los capitalistas (Bidet y Duménil, 2009, p. 112). El trabajo de Duménil es un esfuerzo por volver a encontrarle sitio a los *cuadros* en la configuración neoliberal contemporánea.

#### 9.4. La organización al rescate del capitalismo

---

<sup>47</sup> Para profundizar, véase la nota sobre *capitalismo managerial* en Bidet y Duménil (2009, p. 109).

Gerard Duménil afirma que el avance de la organización en el seno capitalista, si bien ha propiciado la aparición de una clase que disputa el poder a los dueños del capital, también lo ha salvado de sus más oscuras pesadillas. Justo ahí, donde el capitalismo se ha enmarañado en el lodo de sus crisis inmanentes, la organización lo ha redimido, otorgándole nuevos bríos a sus impulsos explotadores.

Son cuatro los momentos cumbres de la organización, aquéllos que le han dado un vuelco al devenir capitalista. Duménil se aventura a denominarlos revoluciones; tres de ellas emergieron en las postrimerías del siglo XIX: las sociedades por acciones, la consolidación del sector financiero y la revolución gerencial; la última vio la luz hasta el primer tercio del siglo XX: la revolución macroeconómica.

La economía norteamericana posterior a la Guerra de Secesión estaba muy lastimada. La industrialización se abría paso entre un número importante de productores domésticos agrícolas, a la vez que la propiedad del capital seguía siendo individual o de tipo familiar. El conjunto de la economía atravesaba una etapa de ganancias caídas, que tuvo repercusiones severas en la década de 1890 (Bidet y Duménil, 2009, p. 64).

La caída de las ganancias fue interpretada por los dueños y administradores del capital como el resultado de un exceso de competencia, por lo que comenzaron a combatirla mediante la formación de cárteles y *trusts*. Así pues, los socios acordaban precios antes de presentarse en el mercado o pactaban tratos para repartirse el pastel de la ganancia (Bidet y Duménil, 2009, p. 64).

El gobierno estadounidense tomó medidas y en 1890 se promulgó el *Acta Sherman*, una ley cuya intención fue combatir la formación de monopolios<sup>48</sup>. No obstante, los monopolistas parecieron hallar nuevas formas para coordinarse:

---

<sup>48</sup> Esta ley tenía por enemigos a los imperios de hombres con nombre y apellido: John Rockefeller, amo y señor del petróleo; J.P. Morgan, hombre poderoso de finanzas y del negocio de la electricidad; y Andrew Carnegie, el dominador en la explotación del acero, son ejemplos representativos.

Si bien los grandes monopolistas tenían disputas entre sí para hacerse de mayor control de la economía, o para ver quién amasaba una mayor fortuna, la embestida antimonopolios hizo que algunos apoyaran la candidatura del republicano William McKinley, a cambio de que éste hiciera todo lo posible por no meterse con sus propiedades ni con el poder acumulado. McKinley ganó las elecciones de aquel año e incluso buscó

Ese mismo año, el Estado de New Jersey aprobó una ley autorizando las sociedades de holding, es decir, la fusión de las empresas en conjuntos más vastos, controlados por una organización financiera jerárquica.

Por un lado, se prohibía una forma de concentración llamada “floja”, como la de los cárteles, donde las empresas seguían siendo independientes pero, por otro, se autorizaba otra forma, llamada “estrecha”, la de las grandes sociedades por acciones. (Bidet y Duménil, 2009, p. 64)

De esta manera, Duménil llama revolución de las sociedades por acciones a todas aquellas acciones emprendidas por los monopolistas estadounidenses para coordinar sus disputas por ganancia, mediante acuerdos *a priori* de la concurrencia. Es decir, que en tiempos de ganancias a la baja, el capital tuvo que echar mano a la antítesis del mercado para seguir reproduciéndose. Estos capitalistas promovieron nuevos acuerdos institucionales, los cuales les permitieron concentrar –bajo la misma propiedad– grandes porciones de poder de mercado sobre una misma rama productiva, o agrupar bajo sus títulos un gran número de empresas especializadas en diversas actividades.

En paralelo, durante la primera década del siglo XX, comenzaba a gestarse la otra revolución, la gerencial. Ésta puede definirse principalmente desde dos ámbitos: la ya tratada aparición de cuadros y empleados, los asalariados especializados en el trabajo de acompañamiento del capital; y su trasfondo, la implementación en las fábricas de la cadena de montaje, aparejada de los modelos de trabajo tayloristas:

(...) la irrupción de jefes y empleados permitió una verdadera revolución en la gestión en todos los aspectos, en el sentido amplio que sugiere la

---

la reelección en 1900. Un año después de volver a ganar la presidencia, fue asesinado por Leon Czolgosz, un joven, hijo de polacos, con tendencias anarquistas.

Bajo la consigna de la ley antimonopolios, el Standard Oil Trust fue declarado ilegal en 1898, con lo cual comenzó su disolución, pero fue hasta 1911 que se desintegró en múltiples compañías más pequeñas (David y Reams, 2012).

La embestida contra el imperio de Rockefeller deja ver que la real intención de la aplicación de la *Ley Sherman* no fue el combate frontal contra todos los monopolios, sino el uso político de ciertos monopolistas para golpear a otros de su misma especie. Duménil y Lévy (2007a) afirman que dicha ley también tuvo efectos dañinos contra pequeños capitalistas.

Para más sobre este período de la historia, véase Adams (1979, pp. 109- 256) y Nevins y Steele (1977, pp. 247- 270 y 352- 368).

expresión revolución *gerencial*: en el taller, en el control de *stocks* y en la dirección de transacciones comerciales, en la gestión financiera (de la tesorería y del financiamiento). Estos cambios tocaron primero a los ferrocarriles y las telecomunicaciones, luego se extendieron gradualmente a la industria, al comercio (...) y a las finanzas. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 213)

El impacto de la cadena de montaje puede abordarse desde dos aristas: la primera es un golpe a los obreros, un ultraje más profundo del ya histórico arrebató del proceso de trabajo; la segunda es que la mecanización a partir de la cadena de montaje se tradujo en una recuperación de la masa de ganancias, pues esto se trataba de innovaciones técnicas que posibilitaban la extracción de una mayor masa de plusvalía.

Para su óptimo funcionamiento, la cadena requirió de modernos capataces, supervisores asalariados encargados de que los obreros trabajaran al nuevo ritmo de trabajo. No es que estos supervisores no existieran antes, pues el propio Marx ya había identificado su presencia en *El Capital*<sup>49</sup>. Aquí se manifiesta la trascendencia del taylorismo, ya que, si bien la cadena de montaje es una innovación técnica para apuntalar la explotación del trabajo, el taylorismo significa el revestimiento organizativo de esta novedad. Por sus características propias, la implementación de la cadena de montaje requirió la expansión de la masa de supervisores asalariados.

Como bien lo indica Duménil, y como toda innovación capitalista, la cadena apareció primero en un núcleo central, en un grupo de ciertas ramas vanguardistas, para luego expandirse desigualmente por el resto de sectores de la economía capitalista.

Tanto las sociedades por acciones, como la revolución gerencial, no pudieron haber existido sin el desarrollo histórico del capital financiero, identificado por

---

<sup>49</sup> Véase capítulo 7 en este mismo trabajo.

Duménil como la gran consolidación de las instituciones financieras para este período.

Antes de hablar de sus instituciones, hay que establecer la relación entre el capital financiero<sup>50</sup>, las sociedades por acciones y la revolución gerencial. Las acciones, bajo la perspectiva de la dialéctica marxista, son la expresión de la socialización de la propiedad en un esquema social de propiedad privada, dado que permiten a un capitalista (o a un grupo de ellos) poseer en sus activos fracciones de diversas empresas; así, una compañía puede tener múltiples dueños, todos parciales pero simultáneos. Aunque la ley de holdings fue una comparsa, en realidad dicho desarrollo accionario permitió que los monopolistas estadounidenses pudieran concentrar en su propiedad grandes porciones del total de la economía.

Como ya se dijo en el capítulo 2, las grandes innovaciones técnicas, de las cuales se ha valido el capitalismo para recuperar sus ganancias, siempre han necesitado de una gran masa disponible de capital de préstamo, por lo que es posible deducir una relación entre el desarrollo financiero y la implementación de la cadena de montaje, en la que –para efectos de este trabajo– no vale la pena ahondar.

El capital financiero puede ser aprehendido de forma abstracta, pero en la realidad opera desde instituciones propias, concretas. En el período que va desde 1890 hasta 1920, las instituciones financieras, según Duménil y Lévy, se consolidan y comienzan a comportarse con una aparente autonomía del resto de la economía capitalista:

(...) el sistema financiero crea un *universo propio*, (...), regido *según sus criterios e intereses*: *holdings* y redes de sociedades financieras, papel central del mercado bursátil, sistema de crédito bancario orientado hacia los accionistas (...). (Duménil y Lévy, 2007a, p. 226)

Los hechos que dan sustento a esta expansión del aparato financiero, para el período citado, son: incremento de la masa monetaria a una velocidad superior que la producción, incremento exponencial de las cuentas bancarias y, por ende,

---

<sup>50</sup> Véase capítulo 10 en este mismo trabajo.

una mayor masa de crédito disponible (Duménil y Lévy, 2007a, p. 226). Las firmas financieras, a través de la bolsa de valores, se hicieron de una mayor participación en el financiamiento de los capitales productivos. A su vez, vía crédito, este sector se hizo de mayor influencia en la masa monetaria.

No se debe perder de vista que, al aumentar el tamaño y la injerencia de las instituciones financieras, también lo tuvieron que hacer los asalariados, quienes trabajaban para ellas. Así pues, los *cuadros* –los administradores a sueldo– engrosaron sus filas paralelamente a los empleados que dirigían.

Para aficionados y estudiosos de la economía, el resultado del gigantismo financiero del primer cuarto del siglo XX es conocido: la crisis de 1929, la más grande que el capitalismo haya conocido hasta entonces.

Tal suceso desencadenó la última de las grandes revoluciones de la organización, la relativa a la macroeconomía. Con el *New Deal*, en Estados Unidos, el Estado comenzó a ejercer su poder directamente, en cuanto tal, sobre la economía; se apropió del ejercicio de canales macroeconómicos y puso sobre la mesa nuevas reglas para el actuar de las finanzas (Duménil y Lévy, 2007a, p. 229). El Estado pretendió asumir el pleno dominio sobre la creación monetaria, además de tomar medidas contra la fusión y concentración de grandes firmas (nueva lucha contra monopolios), se colocaron amplias cantidades de dinero en inversión pública, se procuraron nuevas leyes para apuntar a una nueva mundialización de capitales, coordinada con la búsqueda del crecimiento económico y la estabilidad financiera.

La formulación e implementación de nuevas políticas en el espectro económico fue gradual –paulatina– y tuvo sus mayores éxitos en el período de posguerra y hasta la crisis de 1970.

En este punto, la postura de Duménil y Lévy es un tanto ambigua. Lejos de ser unos seguidores románticos de los resultados de las políticas keynesianas, del Estado benefactor, admiten que las medidas emprendidas por los gobiernos durante esta etapa no son una negación del capital financiero. Por el contrario, de sus textos puede interpretarse que sólo mediante esas políticas la aristocracia

financiera pudo salvarse de la debacle. La punta de la clase capitalista se apropió del poder del Estado para seguir existiendo, aunque ello implicase abandonar las viejas prácticas del *laissez-faire*; en el camino, incluso permitió algunas concesiones para los asalariados.

La siguiente cita revela claramente la postura de los autores sobre el período histórico tratado:

De hecho, fue el comienzo de la [segunda] guerra lo que sacó a la economía estadounidense de la crisis, mediante una decidida intervención estatal, empujando la actividad hasta los límites del potencial productivo<sup>51</sup>. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 247)

Si bien le dan una importancia a las devastadoras consecuencias, el medio para sacar a la economía del hoyo fueron las políticas de intervención estatal. Para Duménil y Lévy, este período de empoderamiento de *cuadros* –los cuales también se apropiaron de la dirección del Estado– no significó solamente nuevas reglas de juego para los capitalistas sino, también, que el Estado se posicionara como un jugador activo:

El Estado desempeñó un papel de primer nivel en la investigación y el progreso técnico y, más generalmente, en el progreso de la industria. Estados Unidos no es la excepción a la regla: armamento, exploración espacial, electrónica (...). (Duménil y Lévy, 2007a, p. 268).

Y añaden:

Otro ejemplo (...) lo constituye América Latina. Apoyándose en una decidida intervención del Estado y en el contexto de una fuerte protección comercial con respecto al mercado mundial (...) estos países se beneficiaron de tasas de crecimiento elevadas hasta 1980. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 275)

---

<sup>51</sup> Sin corchetes en el original.

## 9.5. Conclusiones en torno a la organización

Puede decirse que Duménil entiende a la organización como los resultados del progreso paulatino de la división del trabajo, tanto productivo como improductivo, en la empresa y fuera de ella, como la vía para optimizar las ganancias.

En la exposición anterior, la *organización* mostró dos acepciones. La primera está referida como la antítesis natural del mercado, manifestada de múltiples maneras: entre capitalistas, al concentrar capitales o al conformar monopolios y pactar ganancias, o cuando el Estado participa en la asignación de bienes con reglas severas o planificación de la economía.

La segunda acepción refiere a la gradual especialización de capitales y trabajadores. Si en la concurrencia se busca la supuesta prevalencia del libre mercado, del ajuste de la mano invisible, detrás de las bambalinas mercantiles se visibiliza la mano. Las instituciones capitalistas (empresas, bancos, Estado-nación, organizaciones internacionales) no operan en su interior con la anarquía del mercado, sino con una estructura laboral que tiende históricamente a la jerarquización e hiper especialización de sus trabajadores. Estos trabajadores improductivos son quienes han alimentado la categoría de *cuadros* y empleados, su aparición histórica ha hecho más eficiente la explotación capitalista y, para Duménil, su capacidad de decisión sobre los medios de producción los convierte en una clase autónoma.

Finalmente, el modo de producción capitalista, la gran maquinaria social de producir mercancías para generar ganancias –en su seno– ha recurrido a mecanismos totalmente opuestos al mercado para seguir reproduciéndose.

### III. LA EVOLUCIÓN DE LAS INSTITUCIONES FINANCIERAS. BANCA, ESTADO Y ESTRUCTURA DE CLASES

Hasta este momento de la exposición, la cuestión financiera se ha abordado lateralmente: primero, afirmando que las finanzas son responsables de las características centrales del neoliberalismo; luego, se ha hablado de la figura del *capitalista financiador* como oposición al *capitalista empresario*; y líneas después, se expuso la problemática de las finanzas como un bloque organizado: instituciones paralelas a la expansión de la producción capitalista concentran en sí la propiedad social del capital, además de que se han hecho de poder político, el cual las posibilita para someter en algún grado a otros actores. Pero, antes de abordar el empoderamiento de las instituciones financieras, corresponde esclarecer qué entienden Duménil y Lévy por finanzas, y si esta categoría es una calca de los trabajos de Marx o una reelaboración propia de los franceses.

#### 10. Del capital dinerario y el capital ficticio, de Marx, a las finanzas de Duménil y Lévy.

Para la elaboración de este capítulo se recuperan principalmente las reflexiones apuntadas por los autores en el texto *Los tres campos de las relaciones financieras de Marx. El capital financiero en Lenin y Hilferding* (Duménil y Lévy, 2009b).

##### 10.1. Los tres campos teóricos en Marx para el abordaje de las finanzas

Cuando Duménil y Lévy hablan de *campos teóricos* se refieren a aquellos marcos analíticos, extractos de la obra marxiana, que son más enriquecedores para la construcción de su definición de *finanzas*.

Utilizan también el término *campo* para tratar dos marcos que identifican en la obra de Marx, a fin de atender la cuestión de los mecanismos financieros: la propiedad y las instituciones. Las finanzas, entonces, se estudian desde tres grandes marcos analíticos, abordados a partir de los dos marcos citados. Para mayor énfasis, la plena comprensión de las finanzas debe considerarse desde las relaciones de propiedad con los medios de producción, que deviene en dos grandes clases, y las instituciones que revisten el poder de la clase dominante (Duménil y Lévy, 2009b, p. 206).

Hecha la aclaración anterior, se destaca que el primer gran campo teórico está ubicado en el marco de la propiedad, y se conforma por los elementos siguientes:

- 1) Tomo primero de *El Capital*, secciones primera y tercera, donde se rescatan las nociones básicas del capital: las relaciones sociales de producción que arroja el análisis de la mercancía, la definición del valor y el trabajo productivo.
- 2) Tomo segundo, sección primera, donde se da relevancia al proceso de acompañamiento del proceso del capital: aquel trabajo que es improductivo, pero vela por la valorización y la realización de las mercancías y, por ende, es necesario para la reproducción del sistema (Duménil y Lévy, 2009b, p. 208).

Para Duménil y Lévy, lo principal es el carácter dicotómico del proceso de trabajo capitalista, cimentado en la producción y la gestión (o trabajo de acompañamiento) (Duménil y Lévy, 2009b, p. 211): por un lado, trabajo productivo, que valoriza valor; del otro, trabajo improductivo que acompaña al proceso, maximiza ganancia, lo mismo en la producción que en la circulación<sup>52</sup>.

- 3) Tomo tercero, secciones cuarta y quinta, donde Marx pormenoriza en la ya mencionada separación de la propiedad y la gestión del capital.

---

<sup>52</sup> Véase capítulo 7 en el presente trabajo.

Al incluir la separación de la propiedad y la gestión del capital, la dicotomía producción/gestión pasa por el tamiz de la relación de clase (propiedad de medios de producción) y pone en la superficie a: gestores asalariados, propietarios gestores<sup>53</sup> y simples propietarios desvinculados del proceso de acompañamiento del capital. Si bien en el capítulo 8 se pormenorizó en la distinción entre *capitalista financiador* y *capitalista activo* (o empresario), el sustento cualitativo entre uno u otro emana de una distinción entre funciones del capital.

El segundo campo teórico se recupera también del tomo tercero, secciones cuarta y quinta, pero se posiciona en el marco de las instituciones. A partir de la delimitación del *capital de comercio de dinero* y del ya mencionado *capital a interés*, Duménil y Lévy proceden a enfatizar el análisis de la banca como un ente institucional desde el cual se despliega el ejercicio de poder en una configuración de clase dada, por lo que juega un papel fundamental en la reproducción del capitalismo (Duménil y Lévy, 2009b, p. 206). Finalmente, el tercer campo teórico se refiere a lo denominado por los autores como *la obra política de Marx* (Duménil y Lévy, 2009b, p. 206), identificada principalmente con *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. La relevancia de este campo se explica ya que es aquí donde queda asentado el capitalismo, en su despliegue histórico-concreto.

Es decir, los primeros dos campos se encargan de construir un edificio abstracto, a partir de la relación de propiedad de capital y el trabajo necesario para su reproducción, que deviene en el bosquejo de una estructura de clase conformada por clases antagónicas en mutua negación; pero que, del mismo modo, posibilita aprehender la existencia de fracciones de clase, también en contradicciones con lógica propia. Por su parte, el campo de la obra política permite observar esa configuración de clases en su movimiento real, definido históricamente: la lucha entre clases y al interior de éstas, con nombre, apellido, disputas definidas y hechos específicos.

---

<sup>53</sup> Se refiere a los emprendedores o capitalistas activos, aquellos individuos que adelantan capital y forman parte de los trabajos de acompañamiento en el proceso de reproducción del mismo (Duménil y Lévy, 2009b, p. 213).

Este capítulo se enfoca en profundizar sobre el primer y el segundo marco teórico. En el entendido de que ya se realizó la exposición sobre el trabajo dual, resta únicamente hacer las reflexiones en torno a *capital de préstamo* y *capital ficticio*, además de llevar a cabo el análisis institucional de la banca.

El desarrollo en torno a la obra política de Marx queda para el capítulo 12 de este mismo trabajo.

## 10.2. ¿Qué es el capital ficticio?<sup>54</sup>

A partir de aquí, al *capital que devenga* interés se le denominará *Geldkapital*, y a los capitalistas que adelantan capital en forma de dinero para recibir posteriormente intereses y dividendos se les denominará *Geldkapitalisten*<sup>55</sup>.

En la sección quinta del inacabado tomo tercero de *El Capital*, Friedrich Engels recupera la exposición en torno a las reflexiones hechas por Marx sobre lo que entendía como *capital ficticio*. Lo cierto es que, por la naturaleza de estos textos, así como por el propio método dialéctico del filósofo alemán, es difícil extraer una categoría estática. Por este motivo, la cuestión del capital ficticio, en Marx, ha sido tema de profundos debates históricos entre distinguidos teóricos, marxistas y no marxistas.

---

<sup>54</sup> Para la elaboración de este apartado, se revisó lo apuntado por los autores siguientes: Evans (2000), de Brunhoff (2009), Lapavitsas (2011), Carcanholo y Nakatani (2000); trabajos de los cuales se extrajeron valiosas consideraciones. Por su extensión y complejidad, el tema da por sí solo para una tesis completa, motivo por el que en el presente trabajo, únicamente se acota la exposición a la visión que tiene Marx sobre lo que denomina *capital ficticio*, así como las consideraciones generales que Duménil y Lévy hacen al respecto. Sin lugar a dudas, dicha delimitación imposibilita acceder a una visión global sobre las discusiones contemporáneas en torno al dinero, el capital de financiamiento y el capital ficticio; no obstante, en apego a los objetivos centrales de este trabajo, permite una exposición precisa y conexa sobre la postura de los autores franceses acerca de los temas ya citados.

<sup>55</sup> Se ha optado por utilizar los términos originales empleados por Marx, en *El Capital*, debido a las posibles confusiones que puedan acarrear las diversas traducciones al español. El propio Marx lo aclara: “En nuestras posteriores investigaciones se pondrá de manifiesto, sin embargo, que aquí el capital-dinero se confunde con el *moneyed capital* concebido como capital a interés, mientras que en la primera acepción el capital-dinero no es nunca más que una forma de transmisión del capital, en la que éste se distingue de las otras formas, o sea, del capital-mercancías y del capital productivo” (Marx, t 3, 417). Por su parte, en la traducción al español utilizada para el presente trabajo, Duménil y Lévy utilizan el término “capital de financiamiento” para *Geldkapital* y “capitalista financiador/capitalistas financiadores” para *Geldkapitalist* (singular)/*Geldkapitalisten* (plural) (Duménil y Lévy, 2009b, pp. 214 y 215).

Para Duménil y Lévy, lo ficticio es una *cualidad* propia del *Geldkapital* (Duménil y Lévy, 2009b, p. 217), que se distingue por los siguientes tres elementos:

- 1) El *Geldkapital* es ficticio cuando financia un gasto y no un capital. Marx utiliza el ejemplo de una acreencia sobre el Estado, destinada a cubrir gasto corriente:

El estado tiene que pagar a sus acreedores, todos los años, una determinada cantidad de intereses por el capital que le prestan. El acreedor, en este caso, no puede reclamar a su deudor la devolución del dinero prestado, sino simplemente vender a otro el crédito, su título o sus títulos de la Deuda. El capital mismo ha sido consumido, invertido por el Estado. Ha dejado de existir (...) el capital cuyo fruto (interés) se considera el pago del Estado es, en todos estos casos, un capital ilusorio, ficticio. No sólo [sic] porque la suma prestada al Estado ya no existe, sino además porque jamás se destinó a gastarse, a invertirse como capital, y sólo su inversión como capital habría podido convertirla en un capital que se conserva a sí mismo (...) el capital de la deuda pública [es] un capital puramente ficticio y desde el momento que los títulos de la deuda fuesen invendibles, desaparecería la apariencia de este capital. (Marx, 1991, p. 438)

- 2) Una vez que el *Geldkapital* ha sido adelantado al capitalista activo, el título que recibe el *Geldkapitalist* tiene el carácter de ficticio porque se sigue contando como capital, aun cuando el dinero que lo sustenta puede haberse esfumado:

Ya hemos visto (...) cómo el sistema de crédito crea capital asociado. Los títulos de valor se consideran como títulos de propiedad que representan este capital (...) Pero este capital no existe por doble concepto, de una parte como valor-capital de los títulos de propiedad, de las acciones, y de otra parte como el capital realmente invertido o que ha de invertirse en

aquellas empresas [compañías ferroviarias, mineras, navales...]. Existe solamente bajo esta segunda forma y la acción no es otra cosa que un título de propiedad que da derecho a participar *pro rata* en la plusvalía que aquel capital produzca<sup>56</sup>. (Marx, 1991, p. 440).

3) Estos mismos títulos tienen el atributo de ser ficticios ya que se intercambian en mercados a un precio relativamente autónomo del valor del capital que los fundamenta:

El movimiento independiente desplegado por el valor de estos títulos de propiedad, no sólo el de los títulos de la Deuda pública, sino también el de las acciones, viene a confirmar la apariencia de que constituyen un verdadero capital, además del capital o del derecho de que pueden ser títulos representativos. Se les convierte, en efecto, en mercancías cuyo precio adquiere un movimiento propio y una plasmación peculiar. Su valor comercial asume una determinación distinta de su valor nominal, sin que se modifique el valor (aunque pueda modificarse la valorización) del verdadero capital. De una parte, su valor comercial oscila con la cuantía y la seguridad de los rendimientos que dan derecho a percibir. (...) El valor comercial de estos títulos es en parte especulativo, puesto que no depende solamente de los ingresos reales, sino de los ingresos esperados, calculados de antemano. (Marx, 1991, p. 440)

Lo ficticio, en tanto que atributo, tiene una conexión directa con la apropiación del *telos* social por las fuerzas inmanentes del capital: la temporalidad social también se subsume a este proceso y, es entonces, cuando el futuro da pie a la capitalización, lo aún no existente tiene ya un precio en su preexistencia.

Duménil y Lévy concluyen que “Ningún componente del capital de financiamiento escapa al carácter de ficticio, aunque según los mecanismos y en grado diverso según la naturaleza del financiamiento” (Duménil y Lévy, 2009b, p. 218); esta

---

<sup>56</sup> Sin corchetes en el original.

expresión, sin embargo, puede generar la ilusión de que todo adelanto de *geldkapital* no escapa de tener atributos ficticios, lo cual no es del todo verdadero. Si bien la recuperación que hacen de Marx es precisa, en el segundo y en el tercer elemento, la cualidad de *ficticio* la posee el título de deuda derivado del adelanto inicial de capital. Esto significa que el capital adelantado no en todo caso es ficticio. Rolando Astarita lo expone de manera muy clara:

A diferencia de los casos discutidos en el anterior punto, las acreencias que están en propiedad de los prestamistas no necesariamente representan capital ficticio. Supongamos un capitalista dinerario que presta \$1000 a un empresario, el cual adquiere medios de producción y fuerza de trabajo para generar plusvalía. El título de deuda que posee ahora el capitalista dinerario representa capital real, esto es, valor en proceso de valorización; no es capital ficticio. Por supuesto, si estalla una crisis y el empresario no puede vender las mercancías, el capital se desvaloriza. Pero esto no cambia la naturaleza del asunto, ya que en última instancia, todo capital es pasible de desvalorizarse, y no por ello todo capital es ficticio. Por esta razón, Marx señala que el certificado de deuda “no representa capital meramente ilusorio, como en el caso de las deudas públicas” [sic]. Lo cual, hay que insistir en ello, tampoco significa que el capital exista dos veces, una bajo la forma del capital en funcionamiento (los \$1000 invertidos), y la otra como valor del título. Pero lo importante es que en el caso del préstamo al capital productivo, a diferencia de lo que sucede con los títulos públicos, hay capital que se está valorizando, esto es, explotando al trabajo y obteniendo plusvalía. Por eso, es un error identificar sin más todo crecimiento del crédito (que implica crecimiento de todo tipo de papeles) con aumento del capital ficticio. (Astarita, 2012)

En la exposición original de Marx, en el capítulo del *capital que devenga interés*, el *Geldkapital* refiere solamente a aquel capital-dinero que se adelanta para que un capitalista activo lo gestione al incluirlo en el circuito de valorización de capital. Después de conocer los atributos por los cuales el *Geldkapital* puede ser ficticio, Duménil y Lévy creen que es posible expandir la categoría:

“Se habría podido reservar la denominación *capital de financiamiento* [*Geldkapital*] sólo al capital que financia una empresa capitalista. Pero se puede dar una definición más amplia, como un equivalente del *capital de préstamo* en general, sabiendo que incluye los préstamos a las empresas, las acciones y los créditos a otros agentes, incluyendo al capital ficticio en el primer sentido, de las acreencias sobre agentes distintos de las empresas [gasto corriente del Estado, en el ejemplo clásico de Marx o préstamos al consumo de los asalariados]”<sup>57</sup> (Duménil y Lévy, 2009b, p. 219).

Este paso del *Geldkapital* al *capital de préstamo en general* tiene la intención de llegar a una de las conclusiones más importantes en la obra de los franceses: la posesión de capital ficticio permite una apropiación extra del excedente social, por encima de la plusvalía ya robada al trabajador desde el proceso de valorización. Por tanto, la condición de ficticio refiere solamente a una falta de correspondencia entre los componentes citados del capital y el ciclo global de valorización, pero fuera de ahí, el capital ficticio existe y opera sobre la economía real. Los autores se refieren especialmente a las acreencias sobre el Estado y las familias:

Los intereses pagados por las familias sobre sus deudas y los que paga el Estado, por medio de los impuestos, definen un canal alternativo de formación de los ingresos capitalistas (...) Nosotros proponemos llamar a estos flujos de interés que no son redistribución de la plusvalía, “flujos de interés primarios”, en el sentido de que se puede hablar de *ingresos primarios*, puesto que estos ingresos no provienen de una división de la plusvalía previamente acaparada. Estos intereses pagados por las familias y el Estado (...) pueden evidentemente circular en las instituciones financieras (...) y así se forman flujos híbridos. (Duménil y Lévy, 2009b, p. 220)

En otros trabajos, Duménil y Lévy (2006) encuentran que el neoliberalismo, la hegemonía financiera, se caracteriza por la tendencia expansiva de mecanismos

---

<sup>57</sup> Sin corchetes en el original.

de extracción de *flujos de interés primarios*. En realidad, ahora existen las condiciones para afirmar que esta extracción a familias y Estado es la otra parte del rasgo principal del neoliberalismo, mencionado en el capítulo 5. El escenario neoliberal pone en juego la expansión del *capital de préstamo en general*, con una tasa de acumulación que no crece a la par que la tasa de ganancia. O sea, del total de *capital de préstamo en general*, hay una buena parte que no se emplea para cambiarlo por capital constante, materias primas y fuerza de trabajo, es decir, para ampliar la escala de reproducción capitalista. Entonces, ¿a dónde van esos fondos? La respuesta es: a los *flujos de interés primarios*.

La novedad del neoliberalismo es que esta lógica de expropiación se enquistó también de manera importante en los hogares, las unidades de consumo por excelencia en la sociedad capitalista. Esto fue posible debido a los siguientes factores: a) la baja tendencial de la ganancia entre 1968 y 1982, que redujo los incentivos para colocar *capital de préstamo en general* para ampliar la escala de reproducción capitalista; b) el desarrollo de la informática y la innovación en los instrumentos financieros.

### 10.3. La banca.

Una vez revisadas las cuestiones relativas a la propiedad, es pertinente adentrarse en el campo de las instituciones. Los mecanismos financieros expuestos funcionan a partir de instituciones específicas, permeadas por la propia lucha de clases; y es la banca, en su sentido más clásico, la que se sitúa en el centro del análisis para la plena comprensión sobre la estructuración de los poderes de la *fracción superior de la clase capitalista*. Pero antes, hay que recuperar algunas nociones de *El Capital*.

Hasta ahora, sólo se ha abordado someramente al *Geldkapital*, extrapolando la categoría hasta el *capital de préstamo en general*. En el capítulo XVI, del tomo tercero de la principal obra de Marx, el autor hace una breve exposición sobre el *capital de comercio de dinero* (Duménil y Lévy, 2009b, p. 222), también llamado

*capital-dinero de comercio*<sup>58</sup>, o capital dedicado al tráfico de dinero<sup>59</sup>, del original *Geldhandlungskapital*<sup>60</sup>. Si se hacen a un lado las discusiones sobre la traducción más pertinente, lo que debe quedar de manifiesto es la naturaleza de este capital. Marx apunta que este capital es aquél que se autonomiza de la esfera global para dedicarse a los movimientos técnicos exclusivos de la circulación: “Pagos de dinero, cobros, compensación de balances, cuentas corrientes, depósitos de dinero, etc., separados de los actos que hacen necesarias estas operaciones técnicas, convierten el capital desembolsado para estas funciones en capital-dinero de comercio” (Marx, 1991, p. 307).

El término *exclusivo* es central, pues es la especialización de este capital lo que posibilita el cumplimiento de las funciones de circulación con una masa optimizada –la menos posible– de dinero. De igual forma, la especialización es el motivo por el cual Marx escribe este capítulo. Él sabía que en la realidad, este capital está estrechamente asociado a la cuestión crediticia, pero antes de llegar a ello, prefirió abordarlo abstractamente sin tal función:

El comercio de dinero bajo la forma pura en que aquí lo examinamos, es decir, separado del sistema de crédito, sólo guarda, pues, relación con la técnica de un factor de la circulación de mercancías, a saber: con la circulación del dinero y con las distintas funciones del dinero que de ella se derivan. (Marx, 1991, p. 312)

Queda claro entonces que, en el nivel de abstracción propuesto por Marx, el *Geldkapital* tiene finas diferencias con el *Geldhandlungskapital*: este último no financia nada. Más adelante, en los capítulos XV, XVI, XVII y XVIII del tomo tercero de *El Capital*, Marx da cuenta de cómo en los bancos se concentran – como una suerte de resultado de la división social del trabajo– estas dos caras del capital; las entreteje de a poco hasta situarlas institucionalmente en el quehacer de la banca.

---

<sup>58</sup> Traducción de Rocés, en Marx (1991).

<sup>59</sup> Traducción de Scarón, en Marx (1999).

<sup>60</sup> Al ser el alemán una lengua aglutinante, la traducción se puede inferir desde los siguientes elementos: *geld*, que significa “dinero”; *handlungs*, “manejo” (de *hand*, “mano”); y *kapital*, “capital”.

Hemos visto en el capítulo anterior cómo van concentrándose en manos de los comerciantes en dinero, los depósitos de los fondos de reserva de los hombres de negocios, las operaciones técnicas de los cobros y pagos en dinero, los pagos internacionales y, con ellos, el comercio de lingotes de oro y plata. En relación con este comercio de dinero, se desarrolla el otro aspecto del sistema de crédito: la administración del capital a interés o del capital-dinero [*Geldkapital*], como una función especial del comerciante en dinero<sup>61</sup> (Marx, 1991, p. 383).

Esta lógica distintiva entre ambas categorías es recuperada por Duménil y Lévy para la consolidación del capital bancario y, de ahí, da el paso al análisis de la banca. *Grosso modo*, identifican que la banca, en general, cumple con las tareas siguientes: la conducción del *Geldhandlungskapital* y del *capital de préstamo en general*, con una fuerte consideración sobre las cualidades ficticias que desarrolla, sea por los papeles generados por el *Geldkapital* una vez adelantado, o por las acreencias sobre Estado y asalariados que no entran en el circuito de valorización.

En términos concretos, los fondos del capital bancario provienen de tres fuentes, las primeras dos manifiestas en *El Capital*:

- 1) Los bancos administran la liquidez de las empresas (Duménil y Lévy, 2009b, p. 224):

El capital prestable, de que disponen los bancos, fluye a ellos de distintos modos. En primer lugar, se concentra en sus manos, por ser los cajeros de los capitalistas industriales, el capital-dinero que todo productor y todo comerciante tiene como fondo de reserva o que recibe en pago. (Marx, 1991, p. 384)

- 2) Al mismo tiempo, los bancos resguardan y gestionan los fondos de *Geldkapital*, así como masas de ahorro:

Su capital prestable se forma, en segundo lugar, a base de los depósitos hechos en los bancos por los capitalistas dueños del dinero y que les

---

<sup>61</sup> Sin corchetes en el original.

permiten dar en préstamo el dinero depositado. (...) afluyen también a sus cajas los ahorros de dinero y el dinero momentáneamente inactivo de todas las clases. Pequeñas sumas, incapaces cada una de por sí para funcionar como capital-dinero, se funden en grandes masas y forman así un poder monetario. (Marx, 1991, p. 384)

3) Y, por último, Duménil y Lévy añaden la incidencia de la creación monetaria de los bancos como una fuente más de la conformación de sus fondos, aunque con un matiz histórico:

La idea de la creación monetaria mediante el crédito está también presente en el análisis de Marx (...) aún si las modalidades no son las mismas que prevalecen actualmente. Esta creación está vinculada a la emisión de billetes de banco (privados) y a las operaciones con títulos. (Duménil y Lévy, 2009b, p. 225)

Los fondos quedan consolidados en las arcas de la banca, de la siguiente forma:

El capital bancario se halla formado: 1) por dinero constante, oro o billetes, 2) por títulos y valores. Éstos pueden dividirse, a su vez, en dos partes: valores comerciales, letras de cambio pendientes de vencimiento y cuyo descuento constituye el verdadero negocio del banquero, y valores públicos, como los títulos de la Deuda pública, los certificados del Tesoro, las acciones de todas clases, en una palabra, los valores que miden un interés, pero que se distinguen esencialmente de las letras de cambio. (...) El capital formado por estos elementos materiales se divide, a su vez, en dos partes: el capital de inversión del banquero mismo y los depósitos, que forman su *banking capital* o capital prestado. Y en los bancos de emisión hay que añadir, además, los billetes del banco. (Marx, 1991, p. 437)

Como puede observarse, en el proceso de aglutinación de las tres fuentes citadas en fondos de la banca, se forma también una gran masa de *Geldkapital*, la cual queda a disposición para los efectos de la ganancia:

Estos fondos [de *Geldhandlungskapital*] van convirtiéndose así en capital-dinero prestable [*Geldkapital*]. Con ellos, el fondo de reserva del mundo comercial, al concentrarse como un fondo común, se reduce al mínimo necesario y una parte del capital-dinero que de otro modo se quedaría inactivo como fondo de reserva se moviliza en la concesión de préstamos, funciona como capital a interés.<sup>62</sup> (Marx, 1991, p. 384)

Esta concentración de fondos en instituciones especializadas tiene repercusiones en la estructura social que reviste al proceso global de producción. Los banqueros, como gestores de este fondo, adquieren mayor importancia en el edificio del ejercicio del poder:

(...) el negocio bancario consiste, desde este punto de vista, en concentrar en sus manos, en grandes masas, el capital-dinero prestable, por donde en vez del prestamista individual es el banquero el que aparece como representante de todos los prestamistas de dinero frente a los capitalistas individuales y comerciales. El banquero se convierte en el administrador general del capital-dinero. Por otra parte, concentran a los prestatarios frente a todos los prestamistas, puesto que toman dinero a préstamo para todo el mundo comercial. Un banco representa, de una parte, la centralización del capital-dinero, de los prestamistas, y de otra parte la centralización de los prestatarios. (Marx, 1991, p. 383)

Entonces, ¿quién es el banquero? Conforme a los dos últimos fragmentos citados, es un administrador de *Geldhandlungskapital* como de *Geldkapital*, a la vez que él mismo es un *Geldkapitalist*, pues adelanta un capital propio (a sí mismo) para unirlo al de otros *Geldkapitalisten*, conformar un fondo y administrarlo. Si el capitalista activo reúne fondos de los *Geldkapitalisten* para administrarlos y valorizar el capital, el banquero es un *Geldkapitalist* que no se disocia de la administración del capital, sino que, por el contrario, representa a todos los *Geldkapitalisten* y pone los fondos reunidos frente a los capitalistas activos. Dicha disposición de fondos está asociada únicamente a la posibilidad de acumulación,

---

<sup>62</sup> Sin corchetes en el original.

potencialmente convertible en incremento de medios de producción y de nuevas incorporaciones de fuerza de trabajo, aunque no es necesario que se realice de esta forma:

La acumulación de capital de préstamo consiste simplemente en que el dinero cristalice como dinero susceptible de ser prestado. Este proceso difiere mucho de su transformación efectiva en capital; es, simplemente, la acumulación de dinero bajo una forma que puede convertirse en capital. (Marx, 1991, p. 476)

La conformación y expansión de instituciones que concentran y administran el *capital de préstamo en general* tiene funciones específicas sobre la acumulación de capital que no se limitan a ser parasitarias, pues son capaces de apuntalar el desarrollo de las fuerzas productivas<sup>63</sup>; la consolidación histórica del capital bancario marcó un hito positivo para el desarrollo del capitalismo, a finales del siglo XIX<sup>64</sup>. Aunque, a la vez, en secuencia de la dialéctica marxiana, la lógica propia de este capital lo hace tener una estrecha relación con los desajustes más profundos de la reproducción en general<sup>65</sup>.

---

<sup>63</sup> Véase: el desarrollo de Mandel en el capítulo 2 del presente trabajo; Duménil y Lévy (2009b, pp. 229 a 331).

<sup>64</sup> Véase: Mandel (1986), Duménil y Lévy (2007a), Lenin (1998), Hilferding (1963).

<sup>65</sup> Al respecto, Duménil y Lévy se preguntan, influenciados quizás por los economistas burgueses, si los mecanismos financieros son los responsables de desestabilizar a la *economía real* o si la causalidad es en sentido inverso. Como otros temas aquí tratados, el esclarecimiento y discusión requeriría de un trabajo por sí solo.

Para ellos (Duménil y Lévy, 2009b, p. 232,) la respuesta en Marx no es del todo clara, empero podría decirse que es una combinación de mecanismos reales y financieros. Aparentemente en ese tenor se posiciona su visión sobre la crisis neoliberal (Duménil y Lévy, 2007a): por una parte, son muy puntuales al pormenorizar los problemas productivos que ha enfrentado el capital, desde la crisis de la década de los setenta del siglo anterior, especialmente en Estados Unidos y Francia; sin embargo, también en ellos persiste la idea de un capital financiero, o como prefieren llamarlo más ampliamente, *finanzas*, que se aprovecha de su poder para expandir sus tentáculos y conservar un excedente que podría colocarse en la ampliación de la base de acumulación social de capital. En una visión global de su obra, este último argumento parece tener mayor peso que aquél referido a los problemas profundos para la valorización.

Cabe resaltar, a su vez, la existencia de autores que se dicen marxistas y que son capaces de sostener la existencia de crisis financieras profundas al margen de las crisis de producción. Un ejemplo es Costas Lapavistas (2011) para quien, la crisis que arrastra el capitalismo mundial desde 2007 es el resultado del *capitalismo financiarizado*, no de los problemas de la producción y, por ende, el contagio fue de la primera esfera a la segunda.

En la formación del sistema de capital de préstamo capitalista, Marx encuentra lo mejor y lo peor, pese a que no alcanzó a ver con sus propios ojos el auge financiero de comienzos del siglo XX. Visto desde dos ángulos antagónicos: para la clase capitalista, el desarrollo de capital de préstamo puede encaminar a períodos de expansión pletórica de las ganancias, lo mismo que en otro tiempo puede estar directamente relacionado con las crisis más profundas:

El crédito acelera el desarrollo material de las fuerzas productivas y la instauración del mercado mundial, bases de la nueva forma de producción, que es misión histórica del régimen de producción capitalista implantar hasta un cierto nivel. El crédito acelera al mismo tiempo las explosiones violentas de esta contradicción, que son crisis, y con ellas los elementos para la disolución del régimen de producción vigente.<sup>66</sup> (Marx, 1991, p. 419)

No obstante, en la siguiente cita, Marx deja entrever un elemento de superación en la expansión del crédito capitalista:

La característica inmanente al sistema de crédito: de una parte, el desarrollar los resortes de la producción capitalista, el enriquecimiento mediante la explotación del trabajo ajeno, hasta convertirlos en el más puro y gigantesco sistema de especulación, reduciendo cada vez más el número de contados individuos que explotan la riqueza social y, de otra parte, el establecer la forma de transición hacia un régimen de producción nuevo. (Marx, 1991, p. 419)

La expansión del sistema de crédito dispara los resortes de la acumulación, a la vez que empuja hacia los citados desajustes recesivos. Pero, ¿la crisis por sí misma es condición suficiente para que Marx piense en un modo de producción

---

<sup>66</sup> En este fragmento, Marx identifica en las crisis capitalistas, cada vez más frecuentes y profundas, el momento propicio para la superación del modo de producción capitalista. Sin embargo, no debe malinterpretarse: durante la primera mitad del siglo XX, en el seno del marxismo-leninismo, se desarrollaron teorías que afirmaban la llegada mesiánica de una gran crisis capitalista capaz de suprimir por sí sola al modo de producción que la gestó. Esta idea es errónea desde dos perspectivas: desde la dialéctica materialista y desde el registro histórico. Al respecto, véase el capítulo sobre Mandel en el presente trabajo, y las aportaciones de Gramsci (Crehan, 2004), por citar algunos celebres críticos del mecanicismo sostenido por algunos marxistas.

que trascienda al capitalismo y que logre romper las cadenas de la clase proletaria? La respuesta es no. La historia ha demostrado la necesidad de la organización política del proletariado para una resistencia eficiente al capitalismo. Sin embargo, en este caso, cuando Marx habla de *la forma de transición hacia un régimen de producción nuevo*, se refiere al potencial vaivén dialéctico que poseen en sí las finanzas capitalistas.

Para el proletariado, como masa, el desarrollo financiero es la inequívoca senda del despojo, con efectos contundentes para sí: cuantitativamente lo amplía; cualitativamente, lo pone contra las cuerdas de la aniquilación y la indigna existencia<sup>67</sup>. El siguiente fragmento reafirma esta idea:

Los triunfos y los fracasos conducen por igual a la centralización de los capitales y (...) a la expropiación en la escala más gigantesca. La expropiación se extiende aquí desde el productor directo hasta el modesto y mediano capitalista. Esta expropiación constituye el punto de partida del

---

<sup>67</sup> Otra cuestión que amerita amplias discusiones es la postura política del proletariado ante la embestida capitalista de las finanzas. Duménil y Lévy (2007a) distinguen dos grandes períodos en la organización política del proletariado, posterior a la primera hegemonía financiera, en las postrimerías del siglo XIX. La primera, el compromiso keynesiano, asociado a la cadena *fordista* y a la intervención estatal, está referida como un período relativamente beneficioso para la clase trabajadora; en él, los sindicatos –como entes organizados– pujaban abiertamente con las distintas fracciones del capital y, en el arreglo, obtenían ciertas prebendas que mejoraron sus condiciones de vida: espacios de participación política, así como salarios que elevaron el nivel medio de vida (salud, vivienda, educación, pensiones).

Por su parte, el compromiso neoliberal se inaugura con un gran golpe de políticas de contención salarial, sucedido de incontables derrotas políticas para la clase trabajadora, además del ascenso de gobiernos abiertamente represivos.

Sin caer en el extremo derrotismo posmoderno o en los planteamientos posestructuralistas de sus connacionales, quienes llegan a afirmar el desdibujo de la clase obrera como sujeto histórico, Duménil y Lévy contemplan el escenario de una clase popular, obreros y dirigidos, caída, cuya más relevante resistencia se halla en los movimientos de izquierda de ciertos países como Brasil, Argentina, Bolivia o Ecuador, en la primera década del milenio naciente.

Es muy probable que al entrar en detalles, al pormenorizar en estudios de caso, la tesis de que la clase obrera tenía mejores condiciones de vida en el compromiso keynesiano, que en el neoliberal se tambaleará. Los propios autores dejan ver huecos en su postura al dar cuenta de cómo, para el caso francés, desde 1961 hasta 1968 hay una tendencia decreciente de la tasa de crecimiento de la masa salarial, acompañada de la misma tendencia desde 1963 en la tasa de crecimiento de las prestaciones sociales (Duménil y Lévy, 2007a, p. 79).

No obstante, esta tesis se puede cuestionar duramente sin la necesidad de entrar en tales detalles: Duménil y Lévy parecen restarle importancia a la expansión del movimiento fascista, la embestida del mundo capitalista contra el socialista, así como el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, el suceso bélico más cruento del cual el hombre tiene memoria, y donde las muertes de trabajadores se cuentan por millones entre los bandos beligerantes. ¿En verdad los días del compromiso keynesiano eran mejores para los desposeídos?

régimen capitalista de producción; (...) se trata, en última instancia, de expropiar a todos los individuos de los medios de producción, los cuales, al desarrollarse la producción social, dejan de ser medios y producción privada para convertirse en medios de producción puestos en manos de productores asociados (...) dentro del sistema capitalista, esta expropiación se presenta bajo una forma antagónica, como la apropiación de la propiedad social por unos cuantos, y el crédito da a estos pocos individuos el carácter cada vez más marcado de simples aventureros. La propiedad existe aquí bajo la forma de acciones (...). (Marx, 1991, p. 418)

El sistema financiero tiene un comportamiento voraz, violento y extractivo; pero, al estilo de la dialéctica marxiana, este mismo movimiento agresivo contiene en sí un elemento *in potentia* de superación social: el capital por acciones significa para la propiedad el paso de lo privado a lo social:

El capital que descansa de por sí sobre un régimen social de producción y presupone una concentración social de medios de producción y fuerzas de trabajo, adquiere así directamente la forma de capital de sociedad (capital de individuos directamente asociados) por oposición al capital privado, y sus empresas aparecen como empresas sociales por oposición a las empresas privadas. (Marx, 1991, p. 415)

Las grandes empresas, pertenecientes a un solo propietario, tienden a desaparecer en privilegio de aquéllas que socializan la producción (cuyo derecho de usufructo está disponible para varios capitalistas a la vez). El obstáculo de las sociedades por acciones, del sistema financiero erigido en la propiedad capitalista, es que la propiedad fragmentada se concentra solamente en un grupo de poderosos propietarios de los medios de producción. Empero, Marx ve en las sociedades cooperativas, aun a sabiendas de sus limitantes históricas, una contrapropuesta para la propiedad socializada en el seno de las relaciones capitalistas:

Las fábricas cooperativas de los obreros mismos son, dentro de la forma tradicional, la primera brecha abierta (...), a pesar de que, donde quiera

que existen, su organización efectiva presenta (...) todos los defectos del sistema existente. Pero dentro de estas fábricas aparece abolido el antagonismo entre el capital y el trabajo, aunque, por el momento, solamente bajo una forma en que los obreros asociados son sus propios capitalistas, es decir, emplean los medios de producción para valorizar su propio trabajo. Estas fábricas demuestran cómo al llegar a una determinada fase de desarrollo de las fuerzas materiales producidas y de las formas sociales de producción adecuadas a ellas, del seno de un régimen de producción surge y se desarrolla naturalmente otro nuevo.<sup>68</sup> (Marx, 1991, p. 418)

En conclusión, y por obvio que parezca, Duménil y Lévy no se refieren a los bancos clásicos ni a la banca central únicamente, sino –en general– a todas las instituciones financieras insertas en la administración del *Geldkapital* y el *Handlungskapital*. La erudición en el tema de las diversas instituciones financieras, sus funciones específicas y la particularidad técnica de sus instrumentos es una constante en su obra; y ambos autores no pueden explicar el neoliberalismo sin un pormenorizado rastreo histórico del comportamiento de dichos entes.

El interés por las instituciones financieras se fundamenta en que la función de gestión de los capitales, ya citados, les otorga un coto de poder en ejercicio que, a su vez, les confiere una suerte de agencia histórica, una especie de autonomía,

---

<sup>68</sup> Es esta tesis la que utilizan Duménil y Lévy para sostener que: 1) Marx toma muy en cuenta el desarrollo de la *organización* en el capitalismo, y que, mediante ella, se ha de llegar al socialismo. Por el contrario, su evolución no devino en socialismo, sino en la aparición de *cuadros* asalariados que fueron fundamentales para la continuidad del modo de producción capitalista. No obstante, como puede verse, Marx no dejó de mostrar una distancia crítica sobre las sociedades cooperativas. Años después de la publicación de *El Capital*, en su póstuma *Crítica al Programa de Gotha*, puede verse cómo el filósofo alemán vuelve a hacer una reflexión crítica en torno a las sociedades cooperativas; esta vez, se centra específicamente en aquellos posicionamientos políticos que observan, en las cooperativas impulsadas desde el Estado, la panacea a las desigualdades inmanentes al desarrollo capitalista, con miras hacia la transición socialista:

“El que los obreros quieran establecer las condiciones de producción colectiva en toda la sociedad y ante todo en su propia casa, en una escala nacional, sólo quiere decir que laboran por subvertir las actuales condiciones de producción, y eso nada tiene que ver con la fundación de sociedades cooperativas con la ayuda del Estado. Y, por lo que se refiere a las sociedades cooperativas actuales, éstas sólo tienen valor en cuanto son creaciones independientes de los propios obreros, no protegidas ni por los gobiernos ni por los burgueses” (Marx, 1953, p. 23).

limitada por la estructura social, capaz de subsumir ante sí a otros actores sociales. En estas entidades queda de manifiesto el complejo entramado social, propio del desarrollo histórico de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, en el cual confluyen principalmente banqueros, capitalistas productivos activos, *Geldkapitalisten*, funcionarios asalariados de alta gestión y empleados dirigidos.

El análisis de las instituciones financieras, en su sentido más puro, no debe mistificar lo que hay detrás: poseedores de capital y poseedores de solamente fuerza de trabajo, en disputa; por ello, para los autores franceses, la consideración analítica de las finanzas desde las perspectiva institucional tiene el *a priori* de las relaciones sociales de producción. Por lo mismo, observan que estas instituciones compiten entre sí para apropiarse de la mayor porción de ganancia posible, en tanto que capitales particulares: compiten entre mismas instituciones financieras, pero también están al acecho de --o en coordinación con-- capitales productivos; al mismo tiempo, en el seno de las entidades financieras, se expresan por sí mismas contradicciones de clase.

En conclusión, las instituciones financieras son algo más que el resultado de la división social del trabajo, de la especialización en una actividad puntual del total del proceso de reproducción capitalista. En este despliegue histórico, se han hecho de un poder y un lugar en la estructura social capitalista, el cual ejercen abiertamente sobre otros actores, dentro de las contradicciones propias del desarrollo capitalista.

#### 10.4. ¿Qué son las finanzas?

Finalmente, queda establecer qué entienden Duménil y Lévy por finanzas. En *Crisis y Salida de la Crisis*, al estilo medieval, utilizan una vía residual para definir las; es decir, se empeñan en describir lo que no son: "(...) el término *finanzas* no es sinónimo de *capitalistas* porque abarca tanto instituciones (...) como individuos, los capitalistas propiamente dichos --o una fracción de los

mismos, pues algunos capitalistas son más financieros que otros—” (Duménil y Lévy, 2007a, p. 32), y continúan:

La definición de *capitalista* y, sobre todo, de *capitalista financiero* tiene sus ambigüedades. Hay entre ellos pequeños y grandes capitalistas. El pequeño accionista o el patrón de una *Pyme* (...) no caben en las finanzas. El calificativo *financiero* nos remite a diversas oposiciones que hacen entrar en juego a otras fracciones de las clases dominantes, en particular los administradores de máxima jerarquía o capitalistas que aún intervienen en la gestión de una firma no financiera de la cual son en buena medida propietarios. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 32).

Posteriormente, en otro texto, logran definir positivamente una categoría de *finanzas*:

Por finanzas entendemos *la fracción superior de la clase capitalista y las instituciones financieras, encarnaciones y agentes de su poder* (...) Las finanzas son un agente o, si se prefiere, un actor, tanto económico como político que opera en la historia del capitalismo. (Duménil y Lévy, 2009a, p. 120).

La definición de los autores está relacionada, en primera instancia, con los grandes magnates del capital, propietarios de títulos de propiedad que bien pueden tener un carácter ficticio, pero, del mismo modo, pueden estar sustentados en el intercambio de su dinero adelantado por medios de producción y jornadas laborales. Lo importante es que estas posesiones están mediadas por el desarrollo histórico del *capital de préstamo en general*.

El segundo componente de la definición son las instituciones financieras, que en el fondo son las grandes administradoras de ese *capital de préstamo en general*, en el cual se funden el *Geldkapital*, el *Geldhandlungskapital* y los capitales ficticios. Dichas instituciones son una derivación histórica de la banca clásica, analizada por Marx, y que evolucionaron conforme el desarrollo de las fuerzas productivas y la división social del trabajo capitalista, por lo cual se entiende que el sector

bancario sufrió un proceso de engrosamiento y especialización durante el siglo XX.

Lo interesante de incluir a las instituciones en la definición de *finanzas*, es que ellas no se agotan en el poder de los grandes magnates, sino que también incluyen a los altos gestores asalariados, así como a los altos funcionarios nacionales e internacionales: los cuadros.

La diferencia entre la definición de Duménil y Lévy, con las categorías de Marx estudiadas aquí, es que las del alemán están referidas a cualidades del capital en momentos específicos del circuito general de reproducción capitalista, mientras que la de los franceses apunta a una distinción política: en las *finanzas* confluyen institucionalmente los grandes magnates capitalistas, los cuadros gestores del *capital de préstamo en general* y los cuadros gubernamentales que regulan, en el plano nacional e internacional, las normas para la operación de este capital. Estos tres grupos actúan, en ámbitos diversos, como un bloque organizado frente a sus disparejos, con objetivos políticos homogéneos, los cuales son planteados bajo un cierto grado de autonomía. Las finanzas operan como fracción de clase.

Esta definición también permite descartar una simplona oposición entre capital industrial y capital financiero, es decir, que las finanzas están totalmente desvinculadas de las ramas productivas y que únicamente se dedican a su ordeña. En la cúpula de la pirámide capitalista, también hay un lugar para los magnates y las sociedades anónimas insertas en las ramas que generan valor, y los autores ponen especial énfasis en esta cuestión en sus diferentes textos:

Cuando se habla de los grandes capitalistas (magnates), o fracción superior de la clase capitalista, la oposición *financiero/industrial no es pertinente* (...) En un nivel inferior de la jerarquía capitalista, los capitalistas industriales están sometidos a esta maquinaria financiera, pero en la cumbre, los grandes capitalistas poseen todo y esta propiedad se encarna en las instituciones financieras. (Duménil y Lévy, 2009b, p. 242)

El capital financiero no es un sector financiero que se oponga a un sector no financiero como se cree a menudo. El capital financiero es el gran

capital; la banca es uno de los elementos del dispositivo que permite a los grandes capitalistas (...) controlar las grandes empresas del sistema productivo. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 6)

De tal suerte, Duménil y Lévy observan que sociedades anónimas y magnates, situados en la cúpula, cada día tienen un mayor número de propiedades colocadas como activos financieros (Duménil y Lévy, 2007a, p. 172). Los autores mencionan que, para explicar el fenómeno, se debe voltear a ver la *ley general de acumulación capitalista*, planteada por Marx en *El Capital*, especialmente en lo referente a la centralización y concentración de capital. Lamentablemente, sólo llegan a establecer la relación entre el fenómeno y la explicación marxiana, pero no ahondan lo suficiente en ello.

Lo que sí aclaran es su distanciamiento de la postura leninista clásica, que ve en el capital financiero la formación gradual de un gran *superholding*, además de puntualizar su discrepancia con la teoría del capital monopolista. Para refutar la primera idea, sostienen que en el desarrollo histórico del capitalismo, las instituciones financieras y las sociedades transnacionales no se han fusionado en su totalidad (Duménil y Lévy, 2009b, p. 246); para la segunda, afirman que las *finanzas*, en efecto, pueden aprehenderse como un bloque, pero al interior de sí hay capitales, los cuales disputan con sus iguales la ganancia (Duménil y Lévy, s.f.b, p. 8).

## 11. Estado y compromiso

Duménil y Lévy abogan por una visión del Estado alejada de la ortodoxia de la teoría económica, donde (el Estado) no es tratado solamente como un agente económico, capaz de gastar e invertir, o una simple institución reguladora de la vida social. No obstante, éstas son condicionantes conceptuales antes que una verdadera postura teórica. Quizás el tema del Estado sea uno de los menos

trabajados por los autores, pues en su estudio del neoliberalismo, en la bibliografía revisada para el presente trabajo, no se encontró que se detuvieran a problematizar en torno a la teoría del Estado o a inclinarse por una u otra teorización del poder. La omisión no es menor si se toma en cuenta que la *organización* capitalista es un elemento central de su trabajo y ella ha encontrado en el Estado uno de sus principales puntos de despliegue. Aun así, es posible plantear algunas ideas sobre cómo Duménil y Lévy entienden al Estado. Para ellos, es, en primer lugar, una estructura institucional de ejercicio de poder colectivo y gestión social, condicionada en sus formas por la lucha entre clases y fracciones de clase (Duménil y Lévy, s.f.b, pp. 3 y 4).

Sin definir qué es el Estado, el trabajo de Duménil y Lévy tiene dos preguntas constantes: ¿cómo ejerce su poder? Y ¿cuáles son las causas por las que el poder se ejerce de una forma y no de otra?

La respuesta por las formas del ejercicio del poder, la encuentran en las diferentes instituciones y políticas que han adoptado los estados nacionales capitalistas. Esto queda demostrado implícitamente, por ejemplo, para el caso de la *primera hegemonía financiera*, en el cual dan cuenta de las leyes que propiciaron la formación de monopolios en Estados Unidos. La visión de los franceses no está reducida a un único Estado, pues saben que el capitalismo se reproduce a partir de una red de Estados nacionales, y esta interacción también da forma al ejercicio de poder de cada uno. La anterior idea se puede ver, también de forma implícita, en el tratamiento dado por los autores al período de los *treinta gloriosos*, donde uno de los factores de la acumulación de capitales fue un cambio en las reglas de mundialización del capital, así como la influencia de instituciones como el Fondo Monetario Internacional (Duménil y Lévy, 2007a, pp. 264- 277).

Con base en lo anterior, puede sostenerse que un tema recurrente para Duménil y Lévy es el ejercicio del poder del Estado a través de normas y reglas concretas a la reproducción capitalista, un marco regulatorio que lo mismo abarca a capitalistas y proletariados. Estas regulaciones aplican para Estados en particular, así como para la relación entre éstos; no son fijas, puesto que mutan en el tiempo;

están influenciadas por coyunturas legales, culturales, sociales, políticas, locales o mundiales; pero, lo que las condiciona en última instancia, son las fases históricas y particulares del capitalismo, derivadas de la lucha entre clases y fracciones.

Como ya se mencionó en el capítulo 3 de este trabajo, la propuesta de Duménil y Lévy para diseccionar históricamente al capitalismo es mirar los distintos arreglos entre clases y fracciones. Llamam a dichos arreglos *compromisos* y los definen de la siguiente manera:

Por *compromiso* entendemos la adquisición del apoyo de algunas clases y fracciones de clases al poder de las clases dominantes, sobre la base de ventajas económica [sic] (por lo tanto, no solamente como el resultado de una pura y simple propaganda). Habitualmente, son las clases medias las implicadas en estos compromisos. (Duménil y Lévy, 2009a, p. 175)

Esta cita quiere decir que la lucha de clases no ocurre nada más en el terreno de la disputa y la confrontación, sino que en ella, a su vez, tienen lugar los acuerdos entre posiciones antagónicas. Por lo tanto, el sometimiento del proletariado adquiere una dimensión distinguible, con características propias. De forma objetiva, en el proceso de trabajo, el trabajador se somete por la coacción inmanente al trabajo concreto mismo: posterior al despojo de sus medios de vida, el capitalista le impone al asalariado la organización, la duración, los materiales, las técnicas, los lugares, las herramientas y los resultados. Éste es el sometimiento real del asalariado a manos del capitalista<sup>69</sup>. Sin embargo, la

---

<sup>69</sup> De los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*:

“(...) el objeto producido por el trabajo, su producto, se enfrenta a él [al trabajador] como *algo extraño*, como un *poder independiente* del productor. El producto del trabajo es el trabajo que se ha plasmado, materializado en un objeto, es la objetivación del trabajo. La realización del trabajo es su objetivación. Esta realización del trabajo como estado económico, se manifiesta como la *privación de realidad* del obrero, la objetivación como la *pérdida y la esclavización del objeto*, la apropiación como *extrañamiento*, como *enajenación*. (...)”

Todas estas consecuencias vienen determinadas por el hecho de que el obrero se comporta hacia el *producto de su trabajo* como hacia un objeto *ajeno* (...) resulta claro que cuanto más se mata el obrero trabajando (...), menos se pertenece el obrero a sí mismo” (Marx, 1968a, p. 75).

De modo que el trabajo enajenado consiste:

“(...) en que el trabajo es algo *externo* al obrero, es decir, algo que no forma parte de su esencia, en que, por tanto, el obrero no se afirma, sino que se niega en su trabajo, no se siente bien, sino a disgusto, no desarrolla sus libres energías físicas y espirituales, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu (...) No

dominación objetiva no puede estar completa sin una dominación ideológica, capaz de subordinar los mundos de vida –el constructo simbólico entre sujeto y objeto– del proletariado. Ya que, si bien la subordinación en el proceso de trabajo genera resistencia obrera, también existen proletariados que ni siquiera son conscientes de serlo o que, peor aún, asumen su condición como la mejor posible o la más natural. La dominación ideológica es parte fundamental de la estrategia política de la burguesía para continuar reproduciéndose como clase opresora del proletariado; por tal razón, no reparan en destinar una masa del trabajo social para pagar a asalariados no productivos que se encarguen de diseñar prácticas laborales y discursos ideológicos que velen la explotación del mundo capitalista. Ésta es también otra cara del *trabajo de acompañamiento*.

La dominación ideológica del proletariado por la burguesía es uno de los temas principales en la obra de Antonio Gramsci y, si se le menciona particularmente a él, es porque el *compromiso* de Duménil y Lévy no podría quedar expuesto a cabalidad sin tratársele también como una crítica a los trabajos del filólogo italiano del siglo XX.

En el trabajo de Gramsci (Crehan, 2004, p. 119- 148), se expone que la burguesía se vale de canales ideológicos para someter al proletariado, sin pasar por el sometimiento físico, sino, más bien, por el convencimiento. La burguesía crea y difunde discursos para convencer al proletariado de las ventajas de su proyecto político y, de esta forma, obtener su apoyo; a este respaldo político, Gramsci le llama *hegemonía*. Por ello, Duménil y Lévy sostienen que los capitalistas obtienen el apoyo de las clases subordinadas no únicamente de propaganda –entendida como discursos ideológicos diversos– pues lo hacen además con ventajas económicas.

La validez de este argumento puede mirarse otra vez en el caso estadounidense durante el período comprendido entre el fin de la *primera hegemonía financiera* y el colapso de los *treinta gloriosos*, cuando tuvo lugar el llamado *compromiso*

---

trabaja, por tanto, voluntariamente, sino a las fuerza, su trabajo es un *trabajo forzado*. (...) [El obrero] Pertenece a otro y representa la pérdida de sí mismo” (Marx, 1968a, p. 78). Sin corchetes en el original.

*keynesiano*. Uno de los rasgos principales de dicha etapa es, a grandes rasgos, el aumento del salario real para los trabajadores, con lo cual pudieron tener acceso a electrodomésticos, autos y vivienda, además de seguridad social. Empero, los elementos mencionados no pueden ser tomados como *ventajas económicas* sin que, previamente, el proletariado tenga interiorizadas como normales las relaciones capitalistas. Aquel trabajador que mira en un aumento salarial la mejor de las conquistas laborales, también asume que el capitalismo es el mejor de los mundos posibles. Por fortuna, ello no ocurre así para todos los sujetos y, posiblemente, muchos de ellos reconocen que el capitalismo no es la más justa de las posibilidades, aunque sí ven en un aumento salarial la posible mejora en sus condiciones de vida inmediatas. Este tipo de posturas tuvieron mayor manifestación en el caso europeo, en el cual los trabajadores no sólo fueron convencidos por la burguesía a través de propaganda ideológica, sino que, además, fueron reprimidos a la fuerza por las organizaciones fascistas.

En el *compromiso* de Duménil y Lévy existe una configuración de poder desigual, en el que una fracción de clase tiene hegemonía sobre el resto, gracias a prácticas discursivas y ventajas económicas. Dicha configuración delinearé las normas y reglas bajo las cuales se despliegue la reproducción capitalista, conforme al nivel de respaldo político que obtenga de sus subordinados. De ahí que los autores llamen *hegemonías* a los dos períodos con preminencia financiera que identifican.

Quizás uno de los puntos más valiosos, existentes en torno a la concepción que Duménil y Lévy tienen del Estado, es que abandonan la visión esquemática que sitúa al neoliberalismo como una contraposición al poder del Estado:

La concepción del neoliberalismo como oposición entre Estado y mercados arrasa aún incluso entre aquellos que se reivindican marxistas. Sin embargo no hay Estado por encima de las clases; el pretendido reflujo del poder estatal desde los decenios keynesianos a los decenios neoliberales, no es más que la expresión de la alteración de la configuración de las relaciones de poder entre clases y fracciones de clase (...). (Duménil y Lévy, s.f.b, p. 4)

En el neoliberalismo, la lucha de las fracciones dominantes, en este caso las *finanzas*, no es contra el Estado y sus instituciones en general, sino contra las formas de ejercicio de poder colectivo concretadas en el Estado del *compromiso keynesiano*, las cuales regularon la reproducción capitalista de un modo no del todo conveniente a sus intereses. Paradójicamente, las formas del Estado derivadas del *compromiso keynesiano* fueron combatidas desde el mismo Estado, entendido como institución política; los defensores del *compromiso neoliberal* tuvieron que apropiarse de él para echar del poder a sus antecesores.

## 12. Obra política de Marx y las fracciones de clase

En el capítulo 10 se mencionó que Duménil y Lévy, a fin de sustentar su teoría sobre el neoliberalismo, dan importancia a la llamada obra política de Marx. Por obra política se refieren a *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, aunque se debe añadir *La lucha de clases en Francia, de 1848 a 1850*, y *La guerra civil en Francia*, puesto que tienen una línea discursiva similar. La importancia de estos textos es que en ellos habita una exposición clara sobre la disputa histórico-concreta al interior de las clases y fracciones de clases.

Los escritos mencionados fueron realizados por Marx en diferentes períodos de tiempo –los dos primeros tratan sobre la situación política del país galo tras la deposición de Luis Felipe de Orleans, mientras que el tercero tiene como marco de referencia el establecimiento de la Tercera República Francesa–, y tienen un hilo común: en ellos, Marx condensa sus esfuerzos por aplicar los postulados de la dialéctica materialista al estudio del presente, de lo cotidiano que, a cada segundo, se convierte en un pasado joven.

Engels reconoce la dificultad de semejante encomienda; en aquel entonces, la pareja intelectual de Marx admitía que, aun con la cantidad de información disponible, el problema era la variabilidad de sus afirmaciones, así como la ordenación e interpretación teórica de los hechos. Para ello, sugería lo siguiente:

Por esta razón, aquí el método materialista tendrá que limitarse con harta frecuencia, a reducir los conflictos políticos a las luchas de intereses de las clases sociales y fracciones de clases existentes determinadas por el desarrollo económico, y a poner de manifiesto que los partidos políticos son la expresión política más o menos adecuada de estas mismas clases y fracciones de clase”. (Engels, como se cita en Marx, 1975, p. 6)

En este fragmento, Engels sostiene que el materialismo histórico, holístico por excelencia, debe sucumbir a cierto reduccionismo cuando de leer el presente se trata. Sin embargo, sugiere que dicha mutilación cicatriza cuando el estudioso tiene mayor distancia temporal respecto a su objeto de estudio.

A favor de Duménil y Lévy puede afirmarse que, así como Marx, su producción académica ha estado ocupada por la discusión teórica, además del estudio sobre el pasado y el presente contemporáneo (o pasado inmediato). La etapa de productividad académica ha ocurrido también dentro de una realidad social marcada por las transformaciones del capitalismo en el último tercio del siglo XX, modificaciones que igualmente han tenido repercusión en el mundo de la ciencia social y económica. Los autores han sido testigos del ocaso del pensamiento poskeynesiano en los principales centros de conocimiento y en el dictamen de políticas públicas, el auge de los monetaristas (neoliberales), y el resurgimiento de Keynes en la pluma de los neokeynesianos<sup>70</sup>. También han observado el debilitamiento del marxismo-leninismo clásico; de la teoría de la dependencia; del marxismo keynesiano, con sus Estados *gigantes* y sus economías planificadas; y el renacer del marxismo contemporáneo –aderezado por la incorporación de técnicas cuantitativas de frontera, acompasado por la preocupación sobre la alteridad de los mundos de vida periféricos y sus prácticas, preocupado por la catástrofe de los recursos naturales, golpeado por el debilitamiento de la lucha obrera en las principales potencias económicas e interesado por la alternancia política en algunos estados sudamericanos—. Al mismo tiempo, han atestiguado el

---

<sup>70</sup> A propósito, King (2009, pp. 223-240) desarrolla una exposición pormenorizada sobre la especificidad del pensamiento poskeynesiano, sus puentes y distinciones respecto a los marxistas keynesianos, los institucionalistas, la escuela austriaca y los neokeynesianos.

resquebrajamiento del estructuralismo clásico y su pujante sustitución por corrientes posestructuralistas y posmodernas.

Asimismo, ha quedado claro que el *leitmotiv* de sus trabajos es el neoliberalismo, el cual no dejan de ver como un fenómeno histórico, de modo que también han debido convertirse en expertos del estudio del capitalismo mundial a partir del último tercio del siglo XIX. Lo que debe destacarse es durante este lapso, y entre los objetos de estudio a los que se han acercado, han tenido que enfrentarse a la realidad de dos formas: nebulosamente, como presente contemporáneo (pasado inmediato), plagado de pronóstico y especulaciones; y como pasado asentado, pues siempre regresan a mirarlo a través de esa distancia temporal que redime y posibilita profundizar.

Sí, el neoliberalismo se escucha como un fenómeno actual; pero, al cierre de la edición de esta obra, han pasado al menos 40 años desde su inicio. Al no estar acabado, puede mirársele como historia asentada lo mismo que como pasado inmediato. Pronósticos y especulaciones están permitidas: Duménil y Lévy encuentran una fase de transición hacia el capito-cuadrismo, mientras algunas voces académicas proponen la utilización del término posneoliberalismo<sup>71</sup>.

Entonces, no puede desplazarse el problema de la distancia con el objeto de estudio; es posible afirmar que en *Crisis y Salida de la Crisis* –texto del 2006– los autores vislumbraron la llegada de una crisis financiera de gran alcance, que finalmente tuvo lugar en 2008, y de la cual tuvieron que ajustar explicaciones en *The crisis of the neoliberalism* (Duménil y Lévy, 2012), es decir, revisar las discrepancias entre pronóstico y hecho observado, considerando la alta posibilidad de que el impacto de la crisis de 2008 no haya terminado de desplegarse en su totalidad.

De manera implícita, el estudio del neoliberalismo (en tanto que fase histórica) se enfrenta al problema de la mediación entre el pasado y el presente; de ahí ha de

---

<sup>71</sup> El *posneoliberalismo* no debe asumirse tal cual como una fase histórica perfectamente distinguible, sino, más bien, como una alternativa política a la agenda neoliberal, la cual se discute y emerge principalmente desde los variopintos gobiernos de izquierda latinoamericanos. Al respecto, véase Ceceña (2008), Sader (2008) y Stolorowicz (2004).

generar tesis. El neoliberalismo se convierte así en un proceso, el cual pudo haber comenzado hace cuatro décadas, pero que debe considerarse a la par de la relación entre su comienzo y sus últimas manifestaciones, a fin de captar su totalidad.

Una lectura adecuada de un suceso histórico, que pretenda correspondencia entre explicación y realidad, debe plantearse una estrategia para mantenerse a flote entre las arenas movedizas del tiempo. Emulando la hazaña de Engels, Duménil y Lévy ven tierra firme en el estudio de las clases y las fracciones de clase, en el entendido de que, ya sea en la esfera de los capitalistas o los asalariados, pueden distinguirse fracciones al interior, confrontadas con otras de la misma o de distinta clase. Esta perspectiva es un acercamiento al esquema simplista, el cual suele derivar de Marx, en el que el capitalismo parece solamente una cuestión de disputa entre capitalistas y proletariados.

En el capítulo 11 del presente trabajo, fue establecido que los *compromisos* son acuerdos jerárquicos entre fracciones de clase y que, de este acuerdo, emanan las reglas bajo las cuales se lleva a cabo la reproducción capitalista. No obstante, tal idea no puede quedar acabada sin detallar la cuestión sobre las fracciones de clase.

El mismo Marx da importancia a las fracciones de clases y su capacidad de acción como sujetos históricos. El fragmento rescatado a continuación es un ejemplo:

Lo que dominó bajo Luis Felipe no fue la burguesía francesa, sino *una fracción* de ella: los banqueros, los reyes de los ferrocarriles, los propietarios de las minas de carbón y de hierro y de explotaciones forestales y una parte de la propiedad territorial aliada a ellos: la llamada *aristocracia financiera*. (Marx, 1975, p. 29)

Estas fracciones de clase no emergen propiamente como concepto en su obra política: aparecen paulatinamente conforme al desarrollo de la gran exposición de *El Capital*. Paralela a la figura del capitalista, se vislumbra la del capitalista industrial, a la que luego se le incorporará la del capitalista comercial —el prestamista, el banquero, el terrateniente—; la cantidad

también es importante: lo mismo hay distinción para pequeños capitalistas y magnates. Dicha distinción cualitativa entre capitalistas queda manifiesta claramente en el tomo tercero; confluyen al mercado capitales diversos, de propietario y características diferenciadas, lo mismo industriales que productivos, a disputarse entre sí la apropiación de ganancia.

Mientras las cosas [relativas a la acumulación de capital] van bien, la concurrencia actúa (...) como una hermandad práctica de la clase capitalista, entre la que el botín se distribuye colectivamente. (...) Pero cuando ya no se trata precisamente del reparto de ganancias, sino de las pérdidas, cada cual procura reducir en la medida de lo posible la parte alícuota que en ellas le corresponde, para hacer cargar con ellas a los demás. Las pérdidas son inevitables para la clase en su conjunto. Pero, ¿qué parte de ellas tiene que soportar cada capitalista? Esto lo decide la fuerza y la astucia; al llegar aquí, la concurrencia se convierte en una lucha entre hermanos enemigos<sup>72</sup>. (Marx, 1991, p. 251)

Esta confrontación en el plano económico ocurre simultáneamente como una disputa política. Por ejemplo, la *aristocracia financiera* se deja ver cuando Marx plantea el papel del crédito en la producción capitalista. Al respecto, en *El Capital* dice lo siguiente:

[La transformación del capitalista realmente activo en un simple gerente, administrador de capital ajeno, y de los propietarios de capital en simples propietarios, en simples capitalistas de dinero.] Produce una nueva aristocracia financiera, una nueva clase de parásitos en forma de proyectistas, fundadores de sociedades y directores puramente nominales: todo un sistema de especulación y de fraude con respecto a las fundaciones de sociedades y a la emisión y al tráfico de acciones.<sup>73</sup> (Marx, 1991, p. 417)

---

<sup>72</sup> Sin corchetes en el original.

<sup>73</sup> Texto entre corchetes tomado de Marx (1991, p. 415).

Al abordar el tema de las fracciones de clase, no debe obviarse un problema de orden superior: la existencia de clases sociales. Desafortunadamente, el capítulo LII de *El Capital*, titulado “Las clases”, quedó incompleto; el primer párrafo es muy ilustrativo:

Los propietarios de mera fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los terratenientes, cuyas respectivas fuentes de ingreso son el salario, la ganancia y la renta de la tierra, esto es, asalariados, capitalistas y terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, que se funda en el modo capitalista de producción. (Marx, 1999, p. 1123)

En este sencillo esquema, la distinción entre clases surge a partir de las relaciones sociales de producción: las dominantes poseen medios de producción (tierra y capital), mientras las dominadas, además de tener únicamente la fuerza de trabajo, padecen la carencia de los dichos medios.

Vale preguntarse si Duménil y Lévy entienden del mismo modo la existencia de clases sociales. La respuesta es negativa. Los franceses sugieren que la condición de clase puede derivarse desde el ingreso y no necesariamente desde la propiedad; de la misma cita, apuntan que “... a cada tipo de ingreso, Marx hace corresponder una clase” (Duménil y Lévy, 2009b, p. 235). Su aporte a la teoría marxista es que en el mismo desarrollo histórico capitalista, la dirección sobre los medios de producción, ejercida por los trabajadores *de acompañamiento*, se convierte en una relación de clase paralela puesto que éstos tienen autoridad sobre los medios de producción.

Por una parte, si se regresa a la línea original de Marx, los capitalistas –sujetos ávidos de ganancia– conforman una única clase y, bajo la lógica de lucha de clases, es su deber poner en marcha todos los emprendimientos necesarios para su reproducción; cada embestida de los capitalistas hacia los proletariados es una negación desesperada de su carácter finito, un furibundo soplo de rechazo a su inevitable extinción histórica.

Por otra parte, la especialización del trabajo, tan benéfica para la maximización de la tasa de ganancia, ha propiciado que cada capitalista individual se inserte en la

reproducción del capital de una forma distinta, con una función diferente: unos se dedican a hacer trabajar a los obreros para producir mercancías, otros se encargan de realizar esas mercancías, unos más concentran sus energías en reunir fondos para otorgarlos en préstamo, mientras los más parásitos hacen *el favor* de prestar una parte de su fortuna para que alguien más la valore.

En un ejemplo más de dialéctica materialista: la gran paradoja es que, para preservarse, los capitalistas actúan como un bloque unido, mientras que para obtener ganancia (su enajenado motivo existencial) se confrontan entre sí. Pero esta confrontación también está atravesada por la existencia de los Estados-nación, los cuales dividen a las fracciones entre nacionales y extranjeras, lo que da pie a una nueva posibilidad de alianzas y rivalidades.

En el capitalismo real, hay otro fenómeno que complejiza el esquema, pues la tendencia inmanente hacia la concentración puede derivar en un mismo grupo de sujetos que reúne en sí varias funciones del circuito capitalista: tienen empresas que producen mercancías, a la vez que poseen tiendas comerciales y son importantes poseedores de títulos accionarios.

A este esquema de clases y fracciones derivado de la obra de Marx, Duménil y Lévy apuestan por expandirlo hacia un universo propio, en el que nuevos criterios de clase incorporan nuevas fracciones. De la línea original de Marx, siguen considerando: capitalistas y terratenientes, capitalistas industriales y capitalistas comerciales, banqueros, capitalistas activos y financiadores (Duménil y Lévy, 2009b, pp. 235- 236); además de obreros y campesinos. De su planteamiento propio llegan los cuadros, en sus dos polos, directivos y dirigidos que, a la vez, trabajan para ramas distintas del capital: “La estructura de clase ternaria puede, así, ser interpretada como una expresión de la superposición de dos antagonistas de clase, cada uno cercano a un modo de producción en concreto: capitalistas-proletarios (capitalismo) y cuadros-clases populares (*cuadrismo*)” (Durand y Keucheyan, 2014).

Ahora existe la posibilidad de esclarecer el *compromiso neoliberal* en términos opuestos a su par keynesiano. Si, durante los *treinta gloriosos*, los gestores

industriales lograron una posición privilegiada, el neoliberalismo –en paralelo a la *primera hegemonía financiera*– devolvió la posición dominante a las clases propietarias de grandes volúmenes de capital. Esta hegemonía es tal, porque dichos poseedores de medios de producción lograron establecer una alianza con altos gestores de empresa:

Los propietarios y los gestores de alto nivel se encuentran en un lugar social que nosotros llamamos la *interfaz propiedad-gestión*, el mundo de la alta gestión, llamada en nuestros días gobierno de empresa, como en los consejos de administración. Es en buena medida ahí, donde se regulan los problemas de cooperación entre estos sectores de las clases dominantes” (Duménil y Lévy, s.f.b, p. 5).

Esta alianza es posible dado que los altos gestores han recibido sendos beneficios de las políticas neoliberales. No obstante, es pertinente aclarar que, por *gestores de alto nivel*, los autores se refieren a quienes operan en la cúpula de la pirámide gerencial, asociados a las grandes empresas transnacionales y, a su vez, cercanos a los circuitos del capital financiero. De hecho, la *interfaz propiedad-gestión* opera dentro de los límites de la definición de *finanzas* ofrecida por los autores, pues en ella confluyen los individuos que operan las instituciones del capital financiero. Este grupo reducido actúa como bloque y subordina lo mismo a gestores de menor nivel, empleados y trabajadores productivos, no únicamente a través de la imposición en el proceso de trabajo, sino también al golpear severamente su ingreso.

## SECCIÓN SEGUNDA. ENTRE KEYNES Y LA ESCUELA FRANCESA DE LA REGULACIÓN

Hasta este punto, la exposición de los aportes de Duménil y Lévy se ha dado en términos de la búsqueda de una reivindicación crítica de la obra de Marx. En su visión, Marx tiene grandes aciertos teóricos para la comprensión histórica, especialmente del capitalismo, pero lo mismo posee vacío que han de ser llenados mediante una reinterpretación de su obra.

Pero este esbozo del trabajo académico de los franceses en torno al neoliberalismo está incompleto. En su intento por llegar a una respuesta más acabada, no se conforman con una lectura alternativa de Marx. Más aún, en rigor científico, no tienen empacho en revisar y valerse de otras corrientes de pensamiento que piensan que les son útiles para cumplir su objetivo<sup>74</sup>.

En este sentido, recurren constantemente a la obra del eminente John Maynard Keynes, quien quizá sea el economista más célebre e influyente del siglo XX. Las simpatías de Duménil y Lévy hacia las tesis de Keynes están ya implícitas en la lectura que tienen sobre la historia del capitalismo en el siglo XX: aquello que denominan *compromiso keynesiano* fue una suerte configuración social, caracterizada por el liderazgo de los *cuadros*, en alianza con las clases populares y ciertos capitalistas productivos, que se dio a la tarea de contener el apetito voraz de las fracciones de clase dominantes durante la *primera hegemonía financiera*.

Este *compromiso*, si bien se llevó a cabo dentro del marco de las relaciones capitalistas, en Duménil y Lévy significa el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase trabajadora, pero principalmente representa un primer sometimiento temporalmente sostenido de la clase capitalista: los *cuadros* se hicieron de la dirección sobre los medios de producción, la cual utilizaron en poner otros objetivos por encima de la extracción de ganancias, como el mejoramiento de la técnica y la búsqueda del pleno empleo.

---

<sup>74</sup> Esta situación quedó ya brevemente manifiesta en la categorización que hacen de los *cuadros*. Véase el capítulo 9 del presente trabajo.

A este periodo lo denominan como *compromiso keynesiano* porque las formas bajo las cuales tuvo lugar la acumulación de capital estuvieron inspiradas en las tesis de Keynes, las cuales pugnaban principalmente por una intervención estatal para procurar el buen funcionamiento de la economía capitalista, tesis opuesta a la ortodoxia que por aquel entonces versaba sobre la defensa del libre mercado. No obstante, de esta premisa cabe hacer un par de aclaraciones.

La primera es que, como ya se dijo, Keynes está asociado al intervencionismo estatal en la economía; pero esta idea puede hacer pensar que antes de Keynes el Estado no intervenía en la reproducción capitalista. Esto es una falacia. En realidad, la acumulación de capital guarda una indisociable relación los Estados-nacionales, pues es este el garante de la preservación de la propiedad privada y del resto de relaciones sociales que presuponen la reproducción del capital.

El Estado entonces se ha encargado de validar socialmente las condiciones regulatorias que han sido condiciones necesarias para la acumulación de capital. Este hecho queda demostrado en el capítulo 4 del presente trabajo, donde se explica cómo Duménil y Lévy dan cuenta del papel del Estado y su sistema jurídico en la conformación de cárteles y *trust* en Estados Unidos a finales del siglo XIX.

Así pues, la intervención estatal keynesiana es un tipo de injerencia que va más allá del uso de la fuerza en última instancia para el aseguramiento de la existencia de la propiedad privada o la simple reglamentación jurídica que reviste la acumulación de capital, es una acción conjunta, constante y sistematizada sobre las principales variables macroeconómicas: inversión, consumo, tasa de interés, oferta monetaria, tipo de cambio, etc. Una característica de esta variante de relación entre Estado y economía es la tendencia a la propiedad estatal de los medios de producción, que bajo la lógica keynesiana empuja los niveles de inversión en situaciones en las que la iniciativa privada es ineficiente.

La otra aclaración tiene que ver con el pensamiento de Keynes; y es que, por obvio que parezca, es preciso puntualizar que él no inventó este tipo de intervención estatal sino que solamente se encargó de darle cuerpo teórico y

revestimiento científico. Esta idea está plasmada en la propia obra de Duménil y Lévy, pues acotan el auge de la macroeconomía keynesiana al condicionamiento histórico que ofrecía en aquel entonces la acumulación de capital, caracterizada por una progresión contundente de aquello que denominan como *organización*: las ideas de Keynes no cambiaron el curso de la acumulación de capital; fue la acumulación y las condiciones histórica- concretas las que posibilitaron la aparición y posicionamiento de esta corriente teórica.

En los trabajos de Duménil y Lévy, es indispensable la plena comprensión de los mecanismos sociales que subyacieron al *compromiso keynesiano*, puesto que la exégesis neoliberal la formulan desde el contraste, como su opuesto. E indudablemente en los autores franceses prevalece la idea de que el periodo antecesor a la *segunda hegemonía financiera* fue un capitalismo progresista, ocupado en mejorar las condiciones de vida de aquellos que no poseen medios de producción.

La primera parte de esta sección, correspondiente a los capítulos 13 a 15, tiene como objetivo demostrar el eclecticismo teórico de Duménil y Lévy, al establecer los vínculos entre su *teoría marxista del neoliberalismo* con algunas de las tesis más representativas de la obra de Keynes. Incluso en 1977, Duménil escribe *Marx et Keynes face a la crisis*, donde sostiene que es posible equiparar ciertos resultados de la *Teoría General...* con el desarrollo de los esquemas de reproducción propuestos en *El Capital*, mediante la adaptación de la macroeconomía keynesiana a las categorías de Marx.

Sin detallar los mecanismos y las conclusiones, se manifiesta que para los autores estudiados no existen impedimentos para establecer una amalgama de ambas teorías. Queda entonces la pregunta sobre en qué términos se da este diálogo. La respuesta la formulan en un componente al que denominan político, y que funge como justificación teórica para todos sus trabajos específicos donde entrelazan y concilian la visión de del alemán y del inglés.

Cierto es que Duménil y Lévy no son los únicos autores que han incurrido en el uso de corrientes de pensamiento variopintas para elaborar una explicación propia

de la realidad económica. La segunda parte de esta sección, capítulos 16 a 18, está dedicada a la Escuela Francesa de la Regulación, la cual también parte de la premisa de que Marx y Keynes avanzan profundamente en la formulación de teorías que ayuden a explicar el funcionamiento del capitalismo, pero que ambos están incompletos, por lo que la tarea debe ser refundar una nueva corriente de pensamiento que los conjunte y potencie junto con otras teorías.

Más allá del lazo espacial, temporal e incluso institucional que guardan algunos regulacionistas con Duménil y Lévy, el objetivo es establecer las semejanzas y distancias que existen entre ambas posturas teóricas.

## IV. EL CAMINO HACIA UNA LECTURA PARALELA A MARX

### 13. En busca de la alternancia neoliberal: ¿cuadrismo de izquierda o nuevo compromiso keynesiano?

Como se ha expuesto a lo largo del presente trabajo, Duménil y Lévy encuentran que las desviaciones económicas del neoliberalismo – tasa de ganancia recuperada, pero con tasas de acumulación sin un comportamiento similar—se deben al empoderamiento y posterior reposicionamiento hegemónico de las *finanzas*, una categoría que agrupa institucionalmente a los magnates propietarios del capital con los cuadros de alta gestión involucrados en la circulación del *capital de préstamo en general*.

Pero en apelación a la dinámica dialéctica de la historia, los franceses se preguntan por el rumbo de la sucesión neoliberal. En *La grande bifurcation...*, (Duménil y Lévy, 2014) sostienen que, si bien el neoliberalismo es la etapa final del modo de producción capitalista, de ninguna forma supone por sí mismo un paso previo final hacia una sociedad sin clases. El modo de producción *cuadrista*, aseguran, sucederá al capitalista, con dos grandes alternativas políticas posibles:

- 1) La derecha. Una sociedad *neocuadrista*<sup>75</sup>, que conserva la lógica extractiva del neoliberalismo y sus finanzas, traducida en la alianza entre propietarios y *cuadros*, pero que se diferencia porque ahora son los cuadros quienes ejercen el mando sobre los propietarios del capital. Esta tendencia la derivan los autores después de observar el comportamiento creciente de los salarios de los altos gestores en años recientes en los Estados Unidos (Duménil y Lévy, 2014, p. 46).
- 2) La izquierda. Históricamente Duménil y Lévy (2014, p. 49) encuentran que los *cuadros* han podido establecer *compromisos* con las clases populares

---

<sup>75</sup> En el original se utilizan el término *néomanagérialisme* (Duménil y Lévy, 2014, p. 46), pero aquí se prefiere *neocuadrismo* para dar concordancia con los usos anteriores de *cuadrismo*, en apego a empleada en los capítulos iniciales del presente trabajo.

(empleados, obreros, campesinos, etc.), los cuales pueden tomar dos rumbos: revolucionario, como en la URSS, o reformista, como durante el *compromiso keynesiano*. El neoliberalismo puede sucederse por un nuevo compromiso de este tipo. En términos reales, esa ha sido la vía, en su variante reformista, que han seguido algunos Estados sudamericanos<sup>76</sup>.

Esto quiere decir que, fieles a su tesis sobre el desarrollo histórico, la organización capitalista, y sus *cuadros*, llegaron para quedarse, y la lucha de clases particular de cada país será la que determine si se ha de llegar a un puerto *neocuadrista* o a un *cuadrismo de izquierda*. De otra forma: la *organización* es inherente al desarrollo histórico del modo de producción capitalista, pero de la lucha de clases depende el rumbo que ha de tomar.

Duménil y Lévy se posicionan a favor de la segunda opción: la lucha de las clases a nivel mundial debe encaminarse a establecer alianzas entre clases populares y *cuadros*, capaces de tomar el poder y someter a los propietarios del capital a sus intereses.

Esta postura ante el futuro, una nueva marcha atrás del avance financiero, remite ineludiblemente a la visión que tienen los autores sobre los treinta gloriosos. Y más aún, hace pensar en el gran ideólogo de la economía burguesa de posguerra: John Maynard Keynes.

## 14. Keynes y la renovación capitalista

El pensamiento de Keynes<sup>77</sup> se ubica temporalmente entre los años de la *primera hegemonía financiera* y la transición hacia el *compromiso keynesiano*. Sus tesis

---

<sup>76</sup> Para una visión de los autores sobre los gobiernos latinoamericanos de izquierda, véase Duménil y Lévy (2007b; 2014, p.p. 148- 152; s.f.a)

<sup>77</sup> En estricto sentido, el pensamiento de Keynes no es teóricamente homogéneo. Esto quiere decir que existen diferencias considerables entre sus primeras obras, *Tract on monetary reform* (1923) y *A Treatise on Money* (1930), y su obra maestra, *The general theory...* (1936), particularmente en lo referente al tratamiento que hace sobre la teoría monetaria. Para ampliar el tema, véase: Galindo (2003), Astarita (2008) y Panico (1987).

están asociadas a cómo el capitalismo podría hacer frente al peligro de la guerra, la crisis económica, el conflicto social, el desempleo y el combate al avance comunista (Astarita, 2008, p. 21). Al respecto, Keynes (2003) critica la postura que sostienen los economistas clásicos<sup>78</sup> sobre el empleo, y plantea la posibilidad de una economía en equilibrio en la cual no necesariamente se alcanza el pleno empleo. Esto es, demuestra la existencia de paro involuntario.

Para Keynes, el nivel de empleo depende de la demanda efectiva (Dillard, p. 32), y en ausencia de pleno empleo, propone el estímulo de ésta a través del incremento de la inversión, haciendo uso del gasto público en situaciones en las cuales los agentes privados no invierten al nivel requerido (Galindo, 2003, p. 45). Keynes se convierte entonces en el teórico de la intervención activa del Estado en la economía para corregir las insuficiencias del sistema.

En este tenor, una de sus tesis principales tiene que ver con el tratamiento que debería tener el Estado sobre la tasa de interés. En su obra, es aconsejable mantener tasas de interés bajas que estimulen la inversión y ofrezcan pocos incentivos a los rentistas (Astarita, 2008, p. 138).

Para Keynes, su obra fue *revolucionaria* en el sentido de que se contraponía a ciertos postulados neoclásicos que daban contenido a la ortodoxia económica de la época, aunque de ningún modo esto supone que el inglés fuera un defensor de la extinción del capital<sup>79</sup>. Por el contrario, sabedor de que la economía de su época era incapaz de ofrecer pleno empleo y una mejor distribución del ingreso, su obra pugnaba por una defensa y transformación mejorada de las relaciones capitalistas.

---

<sup>78</sup> Keynes utiliza el término “clásicos” para referirse también a los economistas que se conocen como neoclásicos:

(...) por economía neoclásica se comprende a la línea de pensamiento que, partiendo de los primeros defensores de la teoría del valor basado en la utilidad y el análisis marginalista (...) conforma el cuerpo principal de la doctrina económica “académicamente reconocida”. El análisis del mercado de trabajo en términos de las curvas de productividad marginal y utilidad se ubica en esta corriente, y por esta razón hemos hablado de la crítica de Keynes a la teoría “neoclásica” del empleo. Pero Keynes engloba bajo el término *economía clásica* a economistas propiamente clásicos, como Ricardo, y a neoclásicos, como Pigou, Marshall o Francis Edgeworth. (Astarita, 2008, p. 30)

<sup>79</sup> En 1935 escribe una carta a Bernard Shaw donde le asegura que su próximo libro (la *Teoría General...*) va a revolucionar el mundo académico de la economía. Véase Galindo (2003, p. 23).

No tenía duda, entonces, de que este sistema económico, aunque desigual, era la mejor alternativa para la sociedad humana, y la debacle social tenía sus orígenes no en el sistema *per se* sino en algunos de sus vicios. Por ejemplo, Keynes ve con buenos ojos la existencia de empresarios y financieros dispuestos a invertir y generar empleos; pero, en reacción a los principales problemas que aquejan su contexto histórico, se opone a la existencia de los especuladores. Su *Teoría General...* está cargada de críticas y propuestas de políticas para contener a los rentistas:

Veo (...) el aspecto rentista del capitalismo como una fase transitoria que desaparecerá tan pronto como haya cumplido su destino y con la desaparición del aspecto rentista sufrirán un cambio radical otras muchas cosas que hay en él. Además, será una gran ventaja en el orden de los acontecimientos que defiendo, que la eutanasia del rentista, del inversionista que no tiene ninguna misión, no será algo repentino, sino una continuación gradual aunque prolongada de lo que hemos visto recientemente en Gran Bretaña, y no necesitará de un movimiento revolucionario.

Por tanto, en la práctica podríamos proponernos (...) lograr un aumento en el volumen de capital hasta que deje de ser escaso, de manera que el inversionista sin funciones no reciba ya bonificación alguna; y elaborar un plan de imposición directa que deje a la inteligencia, a la determinación, a la habilidad ejecutiva del financiero, al empresario *et genus omne* (...) servir activamente a la comunidad en condiciones razonables de remuneración. (Keynes, 2003, p. 352)

Según Keynes, la renovación del capitalismo debía ocurrir en un escenario donde el Estado asumiera un papel activo en la economía, principalmente en aquellos casos en los que la inversión de los agentes privados no alcanzara para llevar al empleo a su nivel de plenitud. Pero pone énfasis en distinguir este tipo de intervención estatal con el estatismo socialista, que operaba principalmente en la URSS:

No es la propiedad de los medios de producción la que conviene al estado asumir. Si éste es capaz de determinar el monto global de los recursos destinados a aumentar esos medios y la tasa básica de remuneración de quienes las poseen, habrá realizado todo lo que le corresponde. (Keynes, 2003, p. 354)

Y es que para Keynes, contrario al denominado socialismo real, la intervención activa del Estado en la economía es la única forma de continuar con la reproducción del sistema capitalista y de conservar sus pilares éticos más valiosos (Keynes, 2003, p. 355): el individualismo y la libertad de elección: "... el ensanchamiento de las funciones de gobierno (...) son el único medio practicable de evitar la destrucción total de las formas económicas existentes, como por ser condición del funcionamiento afortunado de la iniciativa individual." (Keynes, 2003, p. 356).

Entonces bien, si Keynes es un defensor del sistema capitalista, ¿cómo es que Duménil y Lévy incorporan algunas de sus tesis en su teoría marxista del neoliberalismo?

Pues bien, los franceses (Duménil y Lévy, 2007a, p. 283) reconocen que la obra de Keynes tiene severas carencias en temas como el largo plazo, el movimiento histórico, los países periféricos y el medio ambiente; pero creen que, no obstante, es posible emplear algunas de sus tesis principales para plantear una lectura crítica del neoliberalismo, paralela a la que ellos derivan de la obra de Marx.

Existe entonces, según ellos, un elemento de conmensurabilidad entre las dos explicaciones: Duménil y Lévy hallan las causas últimas del neoliberalismo en la supremacía social, a través de medios institucionales, que ejercen los magnates, dueños del *capital de préstamo en general*, en alianza con los *cuadros*, sobre los empleados, los obreros y el resto de las clases sociales. Estas clases privilegiadas ponen su empeño en la expansión de mecanismos financieros que les permitan una mayor apropiación del excedente social, lo que ha llevado a que los propietarios de los dueños de producción prefieran poner su capital en instrumentos financieros especulativos y extractivos, que no necesariamente

impulsan la acumulación real de capital. Es, a la vez, esos mismos capitalistas especuladores a quienes Keynes critica, a quienes propone restringir con sus propuestas de *eutanasia del rentista* (Keynes, 2003, p. 352).

## 15. Keynesianismo político, una alternativa para las clases subalternas

Más allá de las discusiones teóricas sobre temas específicos, Duménil y Lévy (2007a, p. 282) identifican en la crítica de Keynes y sus sucesores a los rentistas, así como la intervención estatal para contenerlos, una postura que denominan como *keynesianismo político*.

El *keynesianismo político*, en términos muy generales, puede definirse como aquella corriente de pensamiento que sostiene que los mercados capitalistas no son capaces de ofrecer resultados de eficiencia social por sí mismos, por lo que el Estado debe intervenir activamente para regular la economía y hacer más accesible el bienestar para el grueso de la población.

De este modo, Duménil y Lévy (2007a, p.p. 264- 293) dan cuenta de cómo las condiciones sociales posteriores a la crisis de 1929 dieron origen a un nuevo compromiso social (entre obreros y *cuadros*) que se alineó principalmente con la bandera del *keynesianismo político*, y a través de la implementación de intervención estatal, política monetaria y regulación internacional de capitales, el nuevo *compromiso* pudo ofrecer mejores condiciones de vida a la clase trabajadora. La importancia del despliegue de esta nueva cara del capitalismo no es menor, puesto que lo llevaron a una época dorada justo después entre la segunda guerra mundial y la crisis *al modo Marx* de la década de 1970.

Para ellos, el alcance histórico de las políticas keynesianas es evidente: si bien la tasa de ganancia que calcularon para la economía estadounidense demuestra una tendencia a la baja desde 1965, las políticas de intervención económica aplazaron la recesión económica hasta 1973, en un fenómeno que denominan como *moratoria keynesiana* (Duménil y Lévy, 2007a, p.p. 43- 47). Esta influencia es más

palpable cuando hablan de la ola de desempleo que azotó a Europa posterior a la crisis de descenso de la tasa de ganancia de posguerra:

(..) la ola de desocupación de los años setenta y ochenta no se debió a ninguna fatalidad histórica. La dificultad no era principalmente de tipo técnico sino *político*. El desempleo golpeó nuestras economías en las proporciones y con la duración que conocemos porque los objetivos políticos proclamados no eran verdaderamente la lucha contra el desempleo (...) Ningún país pudo reorientar esa dinámica porque las políticas neoliberales se impusieron y se generalizaron por la mundialización neoliberal del capital. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 81)

Los autores sostienen que en términos reales, el ritmo de acumulación de capital en ese momento daba para sostener los niveles de empleo de los periodos anteriores. Por ejemplo, en Europa el desempleo masivo pudo haberse evitado si la tasa de crecimiento de la economía hubiera caído 0.5% menos de lo que realmente lo hizo (Duménil y Lévy, 2007a, p. 86). Por otra parte, la desocupación pudo disminuir si se hubieran tomado medidas encaminadas a reducir el ritmo de la mecanización del trabajo en 0.5% más del nivel al que efectivamente descendió<sup>80</sup>.

Más allá de las cifras, el argumento es que la desocupación masiva en Europa no fue un efecto necesariamente intrínseco a la crisis *al modo Marx* sino que tuvo sus causas en una omisión de política económica: la agenda del nuevo Estado neoliberal le dio la espalda al *keynesianismo político* y eliminó de sus prioridades las políticas encaminadas al pleno empleo.

Esta tesis pone a Duménil y Lévy en el siguiente escenario teórico: la acumulación de capital tiende a crisis cíclicas en el largo plazo, pero lucha de clases hace posible que las clases subalternas se hagan de los mecanismos de organización

---

<sup>80</sup> Para una visión más amplia del análisis que hacen los autores en torno a los niveles de empleo y la utilización de la capacidad productiva en la economía estadounidense, véase Duménil y Lévy (2007a, p.p. 81 a 90; 2012)

en la sociedad, los cuales pueden generar acciones para suavizar los efectos draconianos de tales sacudidas.

Consecuentemente esta postura planea lo mismo para una lectura del pasado que para su visualización de un futuro alternativo al neoliberalismo:

(...) el juicio de Keynes en cuanto a la necesidad de intervención centralizada, nacional o internacional, sigue siendo válido a nuestros días, tanto más cuanto la salida a la crisis actual asemeja al periodo que precedió a la crisis de 1929 y debe, pues, ser percibida como preñada de importantes amenazas. (Duménil y Lévy, 2007a, 288)

Esta tarea de rescate del *keynesianismo político* contrasta con la visión de dos autores que han pasado toda una vida académica intentando construir una lectura marxista *adecuada* del neoliberalismo. Keynes es un defensor del capitalismo, y sería una falacia, un acto de suprema locura sostener que Duménil y Lévy desconocen este hecho. No obstante, optan por no descalificar a Keynes por reformista, por el contrario, miran al periodo del *compromiso keynesiano* con aire de triunfalismo obrero, con nostalgia por lo que el viento del neoliberalismo se llevó. En Duménil y Lévy, parece no tener cabida una crítica radical al reformismo keynesiano:

¿Se debe procesar a Keynes por su reformismo? Había indiscutiblemente algo relevante en el punto de vista keynesiano, que mantiene actualidad (...) todo lo que pudo ser salvado del capitalismo lo fue, aunque lo que cambió estaba lejos de ser menoscupible. Las concesiones pedidas eran considerables, pero quizá las más restringidas que se pudieron concebir frente a las contradicciones en las que el capitalismo se había empantanado, bajo la conducción de las finanzas, frente al aumento de las luchas populares. La obra de Keynes es ciertamente la de un reformista: un horizonte genialmente abierto, pero todavía socialmente limitado – y sin embargo, la alternativa a una vía más radical de la que sabemos, después de décadas, que salió mal en todas partes. (Duménil y Lévy, 2007a, p. 292)

Para los franceses, Keynes es un reformista que, sin embargo, vale la pena rescatar a la luz del neoliberalismo y debe intentar empatarse con los planteamientos de Marx. Así pues, la marcha de la historia que sostiene al neoliberalismo lo sitúa frente a la bifurcación mencionada al inicio del presente capítulo. Los *cuadros* están ahí, realmente existentes y empoderados, y es cuestión de la lucha de clases resolver si el posneoliberalismo ha de virar a la derecha o a la izquierda. Duménil y Lévy (2014; Durand y Keucheyan, 2014; Tinel, 2014) se promulgan a favor de la segunda opción: obreros y empleados deben establecer alianzas con los *cuadros* para hacer frente a las *finanzas* y mejorar sus condiciones de vida a través de la toma del poder del Estado y el ejercicio de políticas macroeconómicas que contengan las ambiciones del rentista.

Si bien estas acciones pueden traducirse en mejoras en la calidad de vida de las clases populares, no puede dejar de establecerse el siguiente símil: la alternativa posneoliberal de izquierda que Duménil y Lévy plantean y defienden se parece mucho al *compromiso keynesiano* que sucedió a la primera hegemonía financiera.

La primera sección del presente trabajo, muestra a dos autores que defienden la lectura de Marx como indispensable para explicar al neoliberalismo, mediante el rescate de algunas de sus tesis y la reinterpretación y reconstrucción de otras. Pero aquí el panorama es distinto porque, en un intento de conciliar las tesis de Marx y de Keynes, Duménil y Lévy consideran que los problemas de acumulación capitalista durante el periodo denominado neoliberal no necesariamente son inmanentes a las contradicciones devastadoras intrínsecas al modo de producción sino que son resultado de la hegemonía financiera, del poder del rentista que somete al resto de la sociedad y despliega su poder para defender sus intereses de clase.

Así, estos autores consideran que la opción más viable para las clases populares es combatir al *cuadrismo* rapaz en favor de un *cuadrismo* amistoso, un modo de producción que lo mismo se fundamenta en la valorización de valor, pero que a cambio se preocupa por la educación, las prestaciones sociales, las mejoras salariales y la búsqueda del pleno empleo. En su visión de futuro no cabe una

lucha generalizada por la emancipación del capitalismo; las clases populares están condenadas al sometimiento por los *cuadros*, y a lo más que aspiran es a un *cuadrismo* progresista. El amo ha de ofrecer más denarios para que el amo se sienta mejor cuando le sirve. Y es que, ante la embestida de las finanzas neoliberales, Keynes, una vez más: capitalistas, sí; rentistas, no.

## V. EN LOS CONTORNOS DEL ECLECTICISMO TEÓRICO

### 16. Aspectos generales de la Escuela de la Regulación

La escuela de la regulación francesa surge durante la década de los 70 del siglo XX, en el marco de grandes crisis de las economías capitalistas nacionales, principalmente como una reacción ante las teorías económicas ortodoxas<sup>81</sup>. Los autores adscritos a esta corriente de pensamiento fundamentan sus tesis en torno a la noción de *regulación*, la cual, pese a tener amplios matices conforme a las divisiones existentes al interior de la escuela y los autores que la definen, puede afirmarse que planea en torno a la sistematización de aquellos elementos histórico- concretos, de carácter dinámico, que en el largo plazo dan estabilidad y particularidad a la reproducción capitalista y al edificio social que sobre ella se erige.

En una arriesgada generalización, la escuela de la regulación francesa se caracteriza por su eclecticismo teórico, ya que en ella confluyen la macroeconomía keynesiana, la teoría marxista y el institucionalismo. Es este el primer elemento por el cual se sostiene que es posible hacer una comparación las tesis de algunos autores de esta escuela y las de Duménil y Lévy.

Según Guerrero (2004), existen al menos siete grupos adscritos a esta corriente, de los cuales tres son franceses: 1) el grupo del partido comunista francés, asociado a Paul Boccara, quien fuera el primer autor en hablar en términos de regulación capitalista; 2) el grupo de Grenoble, asociado al *Groupe de Recherche su la Régulation des Économies Capitalistes* (GRREC), en cuyo seno destacan nombres como Gerard de Bernis y Rolande Borrelly; 3) el grupo de París, vinculado al *Centre pour la Recherche Economique et ses Application* (CEPREMAP)<sup>82</sup>, ligado

---

<sup>81</sup> Véase la introducción de Aglietta (1991) y De Bernis (1988).

<sup>82</sup> En el portal en línea del CEPREMAP (2015) se estipula lo siguiente:

Le CEPREMAP est né en 1967 de la fusion de deux centres, le CEPREL et le CERMAP, pour éclairer la planification française grâce à la recherche économique.

Le CEPREMAP est, depuis le 1er janvier 2005, le CEntre Pour la Recherche EconoMique et ses APplications. Il est placé sous la tutelle du Ministère de la Recherche. La mission prévue dans

a Michel Aglietta, Robert Boyer, Alain Lipietz y Benjamin Coriat. El factor común de los cuatro grupos restantes es que se desarrollaron fuera de Francia, e incluyen autores holandeses, alemanes, nórdicos y estadounidenses<sup>83</sup>.

Existe el riesgo de agrupar a todos los grupos en la bolsa del eclecticismo teórico, ya que es posible que queden ocultos los matices existentes entre sí, especialmente entre el GRREC y el CEPREMAP.

De los cercanos al CEPREMAP se dice lo siguiente:

Es particularmente simbólico que la escuela de la regulación haya nacido en torno al INSEE y al CEPREMAP (un centro de investigación que aplica las matemáticas a los trabajos de la Comisaría del Plan). La mayor parte de los investigadores de la regulación trabajaron en modelos econométricos conocidos como FIFI, DMS, STAR o en la Dirección de Previsión del Ministerio de Hacienda. Esta formación original explica probablemente las referencias permanentes a las corrientes que han intentado vincular a Marx con Keynes. Las figuras emblemáticas de J. Robinson, N. Kaldor o incluso Kalecki planean sobre la escuela de la regulación. (Baslé, como se cita en Guerrero, 2004)

Esta distinción del CEPREMAP se hace más evidente en la siguiente declaración de Boyer:

---

ses statuts est d'assurer une interface entre le monde académique et les administrations économiques.

Il est à la fois une agence de valorisation de la recherche économique auprès des décideurs, et une agence de financement de projets dont les enjeux pour la décision publique sont reconnus comme prioritaires.

Ses priorités sont définies en collaboration avec ses partenaires institutionnels : la Banque de France, le CNRS, le Centre d'Analyse Stratégique, la Direction Générale du Trésor et de la Politique Economique, l'Ecole Normale Supérieure, l'INSEE, l'Agence Française de Développement, le Conseil d'Analyse Economique, le Ministère chargé du Travail : DARES, le Ministère chargé de l'Équipement : DRAST, le Ministère chargé de la Santé : DREES, et la Direction de la Recherche du Ministère de la Recherche.

<sup>83</sup> Sin negar la importancia teórica que pudieran tener los autores pertenecientes a estos grupos, en adelante se hacen a un lado porque no están reconocidos como los principales exponentes de la Escuela de la Regulación.

(...) nos distanciamos del método de investigación de Grenoble. Ellos, en el sentido hegeliano, creen que si tienen la teoría correcta, es decir la de Marx, van a entender el capitalismo sin ninguna investigación empírica, con un trabajo conceptual puro. En cambio en el grupo de París (...) somos algo así como los economistas de la administración pública, elaboramos modelos econométricos y averiguamos cuáles son las hipótesis buenas; por ejemplo nos preguntamos si cae o no la tasa de ganancia, a lo que De Bernis responde ¡Naturalmente, es evidente! Mientras que nosotros la medimos a largo plazo y vemos que no está cayendo, sino que en algunos momentos cae y en otros sube. (Boyer, 2013, p. 252)

Tal diferencia deriva en posturas teóricas y conceptuales divergentes, naturalmente la principal se genera en torno a la idea de regulación. De acuerdo con Bustelo (1994, p.p. 160- 161), el GRREC la construye como un derivado de la acumulación de capital, es decir, de la conjugación histórica de las variables que en ella inciden, entiéndase capital constante, capital variable, composición orgánica de capital, tasa de plusvalía, etc. Por su parte, en los autores del CEPREMAP la regulación está también asociada necesidades técnicas, pero lo mismo debe explicarse en términos de un *compromiso social*.

Para De Bernis (1988, p. 23), principal representante de la GREEC, la novedad de Marx no es la formación de una tasa media de ganancia a partir de diferentes ramas de capital ni su caída tendencial en el largo plazo sino la interacción dialéctica entre las tendencias que presionan a la baja de dicha tasa y sus contra tendencias, de modo que de ahí emanan condiciones de largo plazo que estabilizan y dan características particulares a la acumulación de capital con una tasa de ganancia maximizada:

Así, designamos como “regulación” a la *articulación eficaz de las dos leyes de ganancia* [las tendencias a la baja y sus contra tendencias], eficaz quiere decir que asegura la estabilidad estructural del proceso de acumulación del

cual uno de los resultados es la reproducción ampliada<sup>84</sup>. (De Bernis, 1988, p. 27)

Esta definición de De Bernis (1988), en sus propias palabras, es un esfuerzo por ofrecer una elaboración de la regulación más cercana a la dialéctica, opuesta a la visión de la CEPREMAP, que él considera de tipo funcionalista, puesto se centran en las condiciones que dan estabilidad a ciertas formas particulares del capitalismo, aunque estas no correspondan a sus causas últimas.

Desafortunadamente, en conformidad con sus objetivos generales, el presente trabajo deja hasta aquí el estudio de De Bernis para tomar solamente como punto de referencia al regulacionismo del CEPREMAP. Las razones son varias: 1) Duménil y Lévy son también investigadores adscritos al CEPREMAP; 2) ergo, existe una coincidencia temporal y espacial de los autores; 3) si bien ambas posturas, la regulacionistas y la de Duménil y Lévy, suscriben cercanía con la obra de Marx (quizá más la segunda que la primera), las dos también coinciden en que posee vacíos mayores que impiden explicar la realidad contemporánea, por lo que no dudan en recurrir a otras teorías, epistémica y políticamente opuestas al marxismo, para complementar sus teorías.

## **17. Compromiso y modo de regulación**

La propuesta de este capítulo es enfocar la comparación en torno a las nociones de “compromiso”, y “modo de regulación”, por considerarlas fundamentales en la construcción de la teoría de Duménil y Lévy, por una parte, y las teorías de los regulacionistas de CEPREMAP, por la otra.

Existe una condición precedente para ambas: en el largo plazo, la acumulación de capital tiende inevitablemente a la crisis (tesis de Marx), y ello no conlleva

---

<sup>84</sup> Sin corchetes en el original.

necesariamente a la destrucción de las relaciones capitalistas sino a su reconstrucción.

En recapitulación, para Duménil y Lévy existen dos tipos de crisis: la de caída de la rentabilidad media, *al modo Marx* (1890, 1972) y las financieras (1929, 2008). En ambos casos, la transición entre un periodo y otra es posible gracias al desarrollo técnico de la industria capitalista y a la renovación de *compromisos*, entendidos como la relación de fuerzas existente y perpetuada del resultado de la lucha entre fracciones de clase. De estos *compromisos* hay que decir que de ningún modo son equitativos, ya que en ellos subyacen dos relaciones sociales contradictorias: capital- trabajo y *cuadros*- empleados; por otra parte, de ellos derivan las reglas concretas (leyes, acuerdos políticos, instituciones nacionales e internacionales, tratados) bajo las cuales se ha de desplegar la reproducción capitalista.

### 17.1. Antecedentes teóricos

Antes de continuar con los autores de la CEPREMAP, es preciso hacer un pequeño rodeo. Lo primero es distinguir entre dos categorías claves: *régimen de acumulación* y *modo de regulación*. La primera, queda definida como:

El conjunto de regularidades que aseguran una progresión general y relativamente coherente de la acumulación de capital, es decir que permite reabsorber o extender en el tiempo las distorsiones y desequilibrios que nacen permanentemente del mismo proceso. Estas regularidades conciernen a:

- Un tipo de evolución de la organización de la producción y de la relación de los asalariados con los medios de producción;
- Un horizonte temporal de valorización del capital sobre la base del cual pueden desprenderse principios de gestión;
- Un reparto del valor que permite la reproducción dinámica de los diferentes grupos sociales o clases;
- Una composición de la demanda social que valida la evolución tendencial de las capacidades de producción;

- Una modalidad de articulación con las formas no capitalistas, cuando estas últimas ocupan un lugar importante en la formación económica estudiada. (Boyer, 2007, p. 63)

El *modo de regulación* se define entonces como:

Todo conjunto de procedimientos y comportamientos, individuales y colectivos, que tienen la propiedad:

- De reproducir las relaciones sociales fundamentales por medio de la conjunción de formas institucionales históricamente determinadas;
- De sostener y “pilotear” el régimen de acumulación vigente;
- De asegurar la compatibilidad dinámica de un conjunto de decisiones descentralizadas, sin que sea necesaria la interiorización por parte de los actores económicos, de los principios de ajuste del conjunto del sistema. (Boyer, 2007, p. 63)

Las dos definiciones dejan ver que están revestidas por una forma institucional, que bajo la categoría de *formas institucionales*, definidas como “Toda codificación de una o varias relaciones sociales fundamentales” (Boyer, 2007, p. 48), y de las cuales se distinguen cinco: forma y régimen monetario, forma de relación salarial, forma de competencia, forma de adhesión al régimen internacional y formas de Estado.

Aglietta (1991) y Boyer (2007) coinciden en que la acumulación de capital debe estudiarse desde dos *formas institucionales* principales: forma de relación salarial y forma de competencia (o relaciones intercapitalistas) (Aglietta, 1991, p. 10); paralelamente, las tres restantes (régimen monetario, adhesión al régimen internacional y formas de Estado) operan mayoritariamente sobre el *modo de regulación*. Ahora bien, ¿cómo se construyen tales formas institucionales? Boyer responde que:

[El reexamen del marxismo, como enfoque] es histórico y deja abierta la cuestión de la viabilidad de una serie de compromisos institucionalizados, forjados en la historia y que desembocan en las cinco formas

institucionalizadas. En efecto, las luchas sociales, los conflictos políticos y las grandes crisis económicas y financieras desembocan generalmente en nuevos compromisos institucionalizados que ya no se refieren únicamente a las relaciones Estado/ economía, sino también a la relación salarial y las formas de competencia.<sup>85</sup> (Boyer, 2007, p. 49)

Así, pues, el esquema queda de la forma siguiente: las luchas sociales deviene en transformaciones en los *compromisos institucionalizados* que revisten la reproducción del capital, y que se manifiestan *formas institucionales* concretas. Pero en realidad, de las luchas sociales, de sus *compromisos institucionalizados*, no se desprende automáticamente *modo de regulación*. Las dos siguientes citas sobre el Estado dejan ver cuestiones nodales:

(...) el Estado debe prelevar [sic] recursos de la economía y, por el contrario, puede favorecer más o menos el surgimiento e implementación de las instituciones necesarias a la acumulación. A este respecto, es solo *ex post* que se puede constatar si se desprende una modalidad viable entre de interacción entre lo político y lo económico. Son los regímenes físico-fiscales los que describen cómo la actividad económica retroactúa sobre el volumen de prelevamientos [sic] obligatorios y, recíprocamente, cómo la legislación y el sistema fiscal canalizan la acumulación.

La razón de esta no automaticidad de la viabilidad de estos regímenes es simple: la mayoría, cuando no la totalidad, de los gastos públicos y de los sistemas fiscales resultan de una serie de *compromisos institucionales a priori* independientes unos de otros, y que no apuntan en nada a estabilizar la acumulación. A menudo se observa sólo *ex post* un resultado no institucional<sup>86</sup>. (Boyer, 2007, p.p. 45- 46)

Otra vez:

---

<sup>85</sup> Sin corchetes en el original.

<sup>86</sup> La cita conserva un par de galicismos innecesarios: “prelevar” y “prelevamientos”. El error es resultado de un mal intento de traducir “prélever”, del texto original en francés. La propuesta es intercambiar ambos términos por “retener” y “retenciones”, considerando que el autor está haciendo alusión a la facultad que tienen los Estados para imponer tributos a sus ciudadanos (Le Robert- Sejer, 2010).

Estas intervenciones [del Estado en la economía] no tienen por primer objetivo estabilizar la economía, pero es sin embargo de *la interacción entre la esfera económica y la esfera jurídica/política* que resultan los modos de regulación. (Boyer, 2007, p. 35)

## 17.2. Una comparación crítica

Dicho lo anterior, es posible vislumbrar tres grandes distinciones entre la postura Duménil- Lévy y la de Boyer.

Para los primeros, el *compromiso* estructura a la sociedad a partir de la relación dialéctica entre acumulación de capital y la lucha entre fracciones de clases. En Boyer, el *modo de regulación* guarda una cierta autonomía de la acumulación de capital, además de que no se construye desde una estructura dada sino que es el resultado conjunto de fuerzas individuales atomizadas en cierto grado, cuyo ejercicio del poder está condicionado previamente por *compromisos institucionales* que se originaron en el pasado. En la cita anterior sobre el rubro fiscal, la compatibilidad entre política pública, en tanto que parte conformante de un *modo de regulación* que reviste *formas institucionales*, y *régimen de acumulación* solo es observable *ex post* ya que en su origen no necesariamente tiene la intención de estabilizarlo.

Boyer enfatiza en una cuestión en la que Duménil y Lévy pasan de largo. En continuidad con el ejemplo de la política fiscal, Boyer se pregunta por cómo los individuos toman acciones a partir de la interacción entre el grupo de poder al que pertenecen y los acuerdos políticos previamente dados; a la vez, estas decisiones retroactúan con otras para construir *formas institucionales* particulares. Estas preocupaciones forman parte de una concepción *holindividualista* de la sociedad:

Se designa de este modo una estrategia de investigación que apunta a articular los niveles micro y macro, liberándose tanto del holismo estándar, que consiste en tratar lo macro como resultado equivalente de una acción

individual, como del individualismo metodológico puro que rechaza toda referencia a lo colectivo y a lo social. (Boyer, 2007, p. 20)

En el mismo sentido:

La articulación deviene aquella entre el nivel macro- institucional, en el que las acciones individuales producen instituciones, y el nivel micro- institucional, en el que las acciones individuales operan en un contexto institucional dado. (Defalvard, como se cita en Boyer, 2007, p. 20)

La limitación de Duménil y Lévy radica entonces en que en su afán de demostrar cómo una fracción de clases logra someter a las otras a través del uso de la fuerza del Estado, del sistema jurídico, de las relaciones internacionales, descuidan la descripción de cuáles son los mecanismos desde los cuáles opera su *hegemonía* y cuáles son los impactos de que éstos adopten una u otra forma.

Por poner un ejemplo, al analizar la tasa de desocupación de 1965 a 2005 en Europa (Alemania, Francia y Reino Unido) y Estados Unidos (Duménil y Lévy, 2007, p.p. 83- 86), los autores dan cuenta de una variante en la forma legal que reviste a la relación capital- trabajo en los dos espacios: en Estados Unidos pudieron emprenderse políticas de flexibilidad laboral, mientras que en Europa no se implementaron con la misma amplitud debido a la fuerza política de determinados sindicatos. Más allá del impacto de una u otra forma institucional de la relación capital- trabajo en la tasa de desempleo, al final del argumento parece que ambas son indistintas para demostrar la hegemonía financiera en la reproducción capitalista, lo que deja en la sombra las particularidades de cada caso estudiado. El verdadero problema es que no se profundiza sobre cuáles son aquellas variantes institucionales particulares de las cuales se vale la segunda hegemonía financiera para reproducirse, así como la relación existe entre las instituciones y las contradicciones que enfrentan a las propias fracciones de clase.

En el mismo sentido, a partir de los planteamientos de Boyer, se vislumbra el problema de cómo se construye efectivamente el curso de la hegemonía financiera. En la gran mayoría de los pasajes de su obra, los autores tratan a las finanzas, en

tanto que fracción de clase, como un conglomerado más o menos uniforme que somete a medianos y pequeños capitalistas, empleados y obreros. Si bien reconocen que al interior de las finanzas puede haber disputa entre iguales por la ganancia<sup>87</sup>, poco o nada dicen de los mecanismos bajo los cuales distintas instituciones financieras construyen una agenda política común, coordinada; es decir, el entramado dialéctico entre la competencia económica y la organización política de las finanzas como un bloque.

De este modo, es evidente que las *finanzas* y su hegemonía pueden tener una configuración desigual propia en su seno, la cual bien podría rastrearse en términos de vinculación con ramas específicas de capital productivo o comercial, en el marco de la relación de poder dispar entre Estados- nación. Queda entonces la pregunta sobre si la hegemonía financiera, en sus propios términos de dominación, podría modificar su curso histórico hacia escenarios alternos, en función de cambios en la relación de fuerzas en su interior.

Finalmente, ambas posturas adolecen del tratamiento que hacen del Estado. La visión que Boyer tiene al respecto es un tanto ambivalente: rechaza a aquellos marxistas que derivan la forma del Estado directamente de la naturaleza del capital (2007, p.p. 45- 46), una faceta más de la no correspondencia automática entre *régimen de acumulación* y *modo de regulación*; pero también se contrapone a las posturas neoclásicas en las que el Estado debe limitarse a vigilar las fuerzas del mercado que llevan al equilibrio (2007, p. 36).

La apuesta del autor es plantear un esquema que condense en sí los mecanismos bajo los cuales se articulan la esfera política y económica, y que se manifiestan simultáneamente en las cinco *formas institucionales* arriba mencionadas. El resultado es la observación de las acciones del Estado como ente de elección del régimen monetario, regulador de competencia interna y vehículo de inserción de los capitales en el plano internacional. Aunque existe una intención de conjuntar el plano político y el económico, Boyer no va más allá de lo positivo, y parece poner poco énfasis en cuáles son las causas últimas que hacen que el Estado ejerza su

---

<sup>87</sup> Véase capítulo 10 en este mismo trabajo.

poder de una u otra forma, no en términos *holindividualistas* sino de relaciones sociales de producción y lucha de clases.

Estas determinantes últimas sí están develadas en el análisis de Dúmenil y Lévy, en el cual el Estado no se reduce a sus manifestaciones positivas e institucionales como agente económico (sea regulador o inversor) sino que el despliegue de su fuerza claramente está atravesado por contradicciones de clase. Más aun, los *compromisos* de Duménil y Lévy determinan las formas que ha de tomar el Estado, que se traducen en acciones específicas con las cuales despliega su poder. Pero nuevamente se llega al mismo límite, pues no detallan analíticamente los mecanismos de esta conformación. Esto refuerza la idea de los capítulos 11 y 12 del presente trabajo, donde se deja ver que el Estado es uno de los temas menos desarrollados de su teoría.

## **18. Crisis y renovación de la acumulación capitalista del último tercio del siglo XX a la luz de la regulación**

El otro plano en el que se puede comparar los trabajo de Duménil y Lévy es el histórico. En este punto de la exposición no es menester hacer un comparativo detallado entre la propuesta de periodización de Boyer y la planteada por los autores que son aquí objeto de estudio; pero vale la pena hacer algunas comparaciones sobre las causas y mecanismos de colapso del *compromiso keynesiano*, así como de las características manifiestas que revisten a la *segunda hegemonía financiera*.

### **18.1. Costo salarial y crisis**

Para el periodo fordista, Aglietta (1990, p.p. 309- 344) argumenta que un factor que determinó el auge de la acumulación de capital fue que en los veinte años posteriores a la segunda guerra mundial existió la tendencia a la baja del ritmo del costo salarial, que se tradujo en mejoras salariales para los trabajadores gracias a la

tendencia alcista de la tasa de plusvalía. Paralelamente, estos salarios elevados permitían a los trabajadores tener un consumo sostenido de automóviles y viviendas, los sectores más dinámicos de dicha fase. Aquí, parte del *modo de regulación* se sostiene en la producción en serie, que segmenta las tareas al interior de la producción a la vez que incrementa los ritmos de trabajo.

En algún punto, la dinámica de la lucha de clases, es decir, la organización de los trabajadores, puso en entredicho las condiciones laborales bajo las que se desempeñaban, impactando negativamente a la tasa de plusvalía, así como a la tendencia a la baja del costo salarial. Es esta la raíz de la crisis, que devino en una contracción salarial y la pérdida del dinamismo en los sectores asociados a la producción de automotores y viviendas. Es decir, apareció un agotamiento de la relación salarial<sup>88</sup> que se tradujo en aumento del costo salarial, reducción de ganancias, reducción de salarios y pérdida de dinamismo en los sectores más representativos del fordismo.

Guerrero (2004) apunta que en realidad este planteamiento es el de un Marx invertido, puesto que para él es la acumulación de capital la determinante en última instancia de la dinámica salarial; por el contrario, en Aglietta, el movimiento del salario – de su coste – es el que determina la fluctuación de la acumulación de capital.

Duménil y Lévy (2007, p.p. 59 y 75) tienen una interpretación diferente a la de Aglietta. Si bien coinciden en una tendencia creciente del coste salarial, esta eleva su pendiente a partir de 1964 y hasta 1975, año en el que la pendiente pierde inclinación. No obstante, observan también una caída paralela de la productividad del capital y de las ganancias entre desde 1951 hasta 1959 (1961 para el caso

---

<sup>88</sup> Boyer define la relación salarial como la:

(...) configuración de la relación capital/ trabajo, compuesta por las relaciones entre la organización del trabajo, el modo de vida y las modalidades de reproducción de los asalariados. En términos analíticos, cinco componentes intervienen para caracterizar las configuraciones históricas de la relación capital/ trabajo: tipo de medios de producción; forma de la división social y técnica del trabajo; modalidad de movilización y de vinculación de los asalariados con la empresa; determinantes del ingreso salarial, directo o indirecto; finalmente, modo de vida del asalariado, más o menos ligado a la adquisición de mercancías o a la utilización de servicios colectivos fuera del mercado. (Boyer, 2007, p. 48)

exclusivo de las ganancias). Es decir, en ellos la tendencia alcista del coste salarial también existe pero está asociada al comportamiento de la acumulación de capital.

Por otra parte, ponen en entredicho que los altos salarios hayan sido un factor que explique la buena marcha del periodo:

Es necesario distinguir aquí lo que permitieron los 30 gloriosos y aquello que lo hizo posible. No pensamos que el crecimiento de los salarios representó uno de los *factores* de prosperidad, sino a la inversa: que la prosperidad había creado las condiciones para la obtención de las reivindicaciones salariales sin comprometer el crecimiento. (Duménil y Lévy, 2007, p. 265)

## 18.2. Hipótesis alternas a la financiarización

Para el caso del neoliberalismo, entendido como el periodo de tiempo que sucedió al *compromiso keynesiano* y al *fordismo*, Boyer (2007, p.p. 58- 59) menciona al menos tres hipótesis de la jerarquía dominante que prevalece en las formas institucionales: la competencia internacional, la terciarización (economía de servicios) y la financiarización. De esta última, tan defendida por Duménil y Lévy, Boyer apunta que:

“(...) la emergencia de un modo de regulación financiarizado es incierta y difícil de establecer, si no es en Estados Unidos en los años 1990. (...) este modo de regulación muestra sus límites con el estallido de la burbuja internet y no parece susceptible de aplicarse a muchos países.” (Boyer, 2007, p. 60).

A favor de Duménil y Lévy puede decirse que ellos demuestran el empoderamiento financiero también en Francia, además de Estados Unidos, y éste se liga a los países periféricos vía extracción de *flujos de interés primarios*<sup>89</sup>, mediante las deudas públicas no solamente en países latinoamericanos (México, Argentina, Brasil) sino también en algunos de la Unión Europea (Irlanda, España y Grecia).

---

<sup>89</sup> Véase capítulo 10 de este mismo trabajo.

## SECCIÓN TERCERA. ALGUNAS CONSIDERACIONES CRÍTICAS Y CONCLUSIONES

### VI. CRÍTICAS EMANADAS DE AUTORES MARXISTAS

#### 19. La fragmentación del ciclo de valorización del capital

Juan Kornblihtt (2009) sostiene lo siguiente: Duménil y Lévy tienen una interpretación errónea del devenir capitalista, ya que fragmentan el ciclo de valorización de capital; es decir, autonomizan los procesos de producción, distribución y consumo de la plusvalía. Esto les lleva, según el autor, a tres conclusiones erróneas: 1) la historia del capitalismo es una sucesión de alternancias entre capital financiero y capital industrial; 2) el neoliberalismo es consecuencia de la mala distribución de la plusvalía, no de los problemas en la acumulación de capital; 3) los trabajadores pueden aliarse con una fracción “progresista” del capital para darle la vuelta al periodo neoliberal.

Acertadamente Kornblihtt (2009) parte del hecho de que en Duménil y Lévy la dinámica histórica está dada por la disputa por la distribución de la plusvalía. Pero se equivoca al afirmar que los franceses ubican esta disputa en dos polos: el capital financiero y el capital industrial. Como quedó demostrado en la primera sección del presente trabajo, Duménil y Lévy repelen la idea de la existencia de un capital financiero como opuesto al industrial. Por el contrario, *capital de préstamo en general* y capital productivo se concentran en manos de los grandes propietarios, aquellos a quienes llaman magnates.

Kornblihtt (2009) agrega que “De esta forma, DyL [Duménil y Lévy] caracterizan a las clases en función de su capacidad de administración y distribución de la plusvalía”<sup>90</sup>. Esta afirmación tampoco es cierta del todo. Demostrado por igual en la sección primera de este trabajo, Duménil y Lévy distinguen a las clases desde

---

<sup>90</sup> Sin corchetes en el original.

dos relaciones paralelas: la propiedad de los medios de producción y la capacidad de decisión sobre ellos, lo que genera las oposiciones capital- trabajo y *cuadro*-empleado; aunque debe decirse que esta conformación de clases por posesión de los medios de producción es un tanto ambigua, ya que también tienen pasajes donde las distinguen por el ingreso. Este tema se discutirá más adelante, en el capítulo 22.

Lo cierto es que es en el proceso histórico concreto del desarrollo capitalista donde, en efecto, estas clases forman fracciones y se disputan la plusvalía. La dinámica histórica está dada, pues, no por la sucesión entre financieros e industriales sino por aquella que refiere al comando de los capitalistas o de los *cuadros*.

Queda entonces la siguiente pregunta: ¿En realidad Duménil y Lévy autonomizan en su explicación el proceso de unidad de la reproducción del capital? Los siguientes párrafos intentan demostrar que sí lo hacen, pero no exactamente en los términos planteados por Kornblihtt.

Para Kornblihtt (2009), la supuesta dicotomía financieros/industriales, observada en Duménil y Lévy, hace que pierdan de vista la *unidad del capital en su reproducción*. Para él, la interpretación correcta debería establecerse de la forma siguiente:

La expansión de la explotación vía el aumento de la plusvalía relativa lleva a la expansión de la producción y por lo tanto de la masa de ganancia a la par que se reduce la tasa. El resultado es una concentración y centralización de capital vía agudización de la competencia. Esta dinámica común del conjunto de los capitales es la causa de la diferenciación los capitales más pequeños de los capitales medios [sic] (...) En la formación de la tasa de ganancia, entra en juego el crédito y la circulación. Aquellos capitales que puedan dominar esa esfera estarán en posiciones ventajosas para formar la tasa media de ganancia. Aquellos que no, irán perdiendo su lugar. (Kornblihtt, 2009)

Este fragmento sugiere que para Kornblihtt, Duménil y Lévy no dimensionan adecuadamente el papel de la concentración y la centralización de capital. De modo que:

Por el contrario, DyL consideran que el pequeño capital no es la fracción en proceso de desaparición de los capitalistas sino que le otorga una potencia histórica y social que no se pierde a lo largo del tiempo, es decir transhistórica. (Kornblihtt, 2009)

A favor de Duménil y Lévy, nuevamente en conformidad a la primera sección del presente trabajo, puede decirse que en su esquema la concentración y centralización de capital son fundamentales. La demostración está en la idea del avance histórico que observan en la *organización*, como condición de clase, y la cual penetra a la sociedad capitalista de la mano de la concentración de la propiedad de los medios de producción en manos de unos cuantos magnates; es aquí donde los mecanismos financieros juegan el papel de la coordinación de la reproducción capitalista.

No obstante, en Duménil y Lévy el proceso de concentración de capital no apunta hacia la formación de un solo capital gigante que lo posea todo. Critican esta idea, pues saben que el capitalismo se fundamente en el intercambio mercantil y la competencia. De ahí su resistencia, aprobada por Kornblihtt, a identificar una fase monopolista del capital.

De este modo, Kornblihtt se equivoca al distinguir potencialidad histórica del pequeño capital en la teoría propuesta por Duménil y Lévy. Por el contrario, la tendencia hacia la concentración de capital genera las condiciones para el avance de las relaciones de *organización*. La potencialidad histórica de crear una alternativa a la hegemonía financiera radica en que la alianza política que pueden establecer los *cuadros* con las clases populares, los cuales están en condiciones de ejercer la dirección sobre los medios de producción para favorecer el progreso técnico y la distribución del ingreso por encima de la obtención de ganancia. El avance histórico que Duménil y Lévy observan en la etapa del *compromiso keynesiano* es la capacidad de las clases populares de asociarse con los *cuadros*,

de modo que, como se observó en la sección segunda, la alternativa que proponen al neoliberalismo es una nueva alianza entre estas dos fracciones.

Por otra parte, en otro texto elaborado por Kornblihtt y Dachevskyt, la supuesta segmentación de la unidad de reproducción del capital bajo la que se mueven Duménil y Lévy, hace que los franceses lleguen a la siguiente postura:

(...) el creciente aumento de la deuda y la expansión de los mecanismos crediticios a lo largo y ancho del mundo no es la expresión de un capital ficticio. Para ellos, se trata de plusvalía originada en la esfera de la producción que en lugar de ser reinvertida es girada al campo de lo financiero. (Kornblihtt y Dachevsky, 2010)

Esto también es falso, ya que para Duménil y Lévy, el crecimiento de la deuda pública de ciertos Estados, así como el aumento la deuda de los hogares, se trata de la expansión de los mecanismos de extracción de *flujos de interés primario*, es decir, intereses que no se desdoblan directamente de la plusvalía, y que tienen un carácter irrevocablemente ficticio.

Aun con todos los errores que pudiera tener la crítica que formula Kornblihtt a Duménil y Lévy, el autor tiene un gran acierto: para los franceses, el *desorden* neoliberal consiste en una fracción de clase, las finanzas, que ha desplegado su poder para cambiar la distribución de la plusvalía en su favor.

Acertadamente, Kornblihtt argumenta lo siguiente:

Las formas de distribución y circulación del plusvalor rempazan en el análisis a las de producción del mismo (...) DyL van a identificar etapas según la plusvalía se reparta entre más o menos capitales. El problema (...) es que al responder a la pregunta sobre de dónde sale la capacidad de los capitales de participar en esa distribución deben apelar a la acción extraeconómica (...) para DyL [es] el resultado de una lucha de clases entre financieros e industriales por el control directo del Estado y las instituciones financieras. (Kornblihtt, 2009)

Para hacer más precisa la sentencia, habría que modificar “financieros e industriales” por “financieros y *cuadros*”, aunque de igual modo sigue teniendo validez. Esa capacidad que tienen unos u otros capitales por participar en la distribución está relacionada con la acumulación de capital, especialmente con la relación que guardan con la composición de la tasa de ganancia media y su capacidad para apropiarse de la plusvalía *producida* por los capitales menos favorecidos, con composiciones orgánicas de capital bajas.

Sin que sea justificación de validez, Duménil y Lévy hacen su análisis bajo esta lógica debido a la razón siguiente. Según su interpretación de Marx, las crisis no son meramente de producción, también pueden originarse desde mecanismos financieros, es decir, en la circulación. En realidad, Marx defendería una postura que articule dialécticamente una causa y la otra. Con base en ello, distinguen dos tipos de crisis: las que tienen su origen en la producción, *al modo Marx*, y las que tienen sus causas últimas en el aparato financiero, como las de 1929 y 2008<sup>91</sup>. Esta postura es contraria al citado Mandel, por ejemplo, quien achaca el crack del 29 a una crisis de tendencia decreciente de la tasa de ganancia; y, en general, sus ondas largas están asociadas a crisis de la producción capitalista.

Pero Duménil y Lévy distinguen esos dos tipos de crisis en consecuencia con la evidencia empírica que encuentran. Y es que, particularmente para la crisis de 2000 y 2008, no hallan un descenso tendencial de la tasa de ganancia media. Estas observaciones coinciden con las de otros economistas como Lapavistas (2011) o Husson (2009a). Y es que, si bien es cierto que encuentran también que la tasa de acumulación de capital no se ha recuperado al nivel del periodo del *compromiso keynesiano*, los grandes capitalistas han encontrado la forma de apropiarse de ganancias por la vía de la extracción de *flujos de interés primario*. Así pues, durante el periodo neoliberal la reproducción capitalista recuperó vigor al menos en sus propios términos.

Tales pruebas empíricas llevan a los franceses a construir la siguiente conclusión: los desajustes del neoliberalismo no son immanentes a los del modo de

---

<sup>91</sup> Véanse capítulos 4 y 10 en este mismo trabajo.

producción, como los serían aquellos causados por la caída tendencial de la tasa de ganancia; por el contrario, se explican en términos de una fracción de clase, las finanzas, que busca defender a capa y espada su poder de clase. De modo que el remedio al neoliberalismo es el combate político a dicha clase, y este puede plantearse también términos de las ideas de Keynes.

Visto así, la crítica de Kornblihtt (2009) tiene fundamentación. La tesis de la fragmentación de la reproducción capitalista como unidad se vuelve válida, porque en Duménil y Lévy los desajustes del neoliberalismo están explicados principalmente por los mecanismos financieros. Más allá de la reproducción de su poder de clase, los franceses no avanzan más allá en explicar en términos económicos por qué la tendencia de los grandes propietarios de capital es destinar sus recursos a la extracción de *flujos de interés primario* y no a la acumulación de capital. Es decir, Duménil y Lévy no precisan sobre los problemas que enfrenta el capital para ampliar el proceso de valorización, y cuáles son los límites que enfrenta la expansión de un tipo de reproducción que tiende a la apropiación de *flujos de interés primario* sobre una economía que enfrente evidentes problemas para generar plusvalía, la cual antecede distribución de valores.

## **20. La tasa de ganancia media que nunca se recuperó**

Y es que si estos problemas quedan velados en las observaciones optimistas que presentan Duménil y Lévy sobre la recuperación de la tasa de ganancia durante el periodo neoliberal, Kornblihtt y Dachevsky (2010) y Kliman (2009) arrojan evidencia diferente. A partir de críticas en la medición de la tasa de ganancia media de Duménil y Lévy, estos autores intentan demostrar que la recuperación de la tasa después de la crisis de la década de los setenta no recuperó los niveles del periodo dorado de posguerra, lo que deja al desnudo los problemas de valorización que desde entonces ha acarreado el capital hasta las fechas más recientes.

En realidad, el tema de la medición de la tasa de ganancia media no es menor, ya que su comportamiento puede probar dos hipótesis sobre el origen de la crisis de 2008: ¿es consecuencia de la caída tendencial de la tasa o su origen es esencialmente financiero? Hasta el cierre de la edición del presente trabajo, después de revisar los trabajos más recientes, puede afirmarse que no existe un consenso al respecto entre los autores que se consideran a sí mismos como marxistas.

La totalidad de argumentos mostrados hasta ahora son insuficientes para declinar por la validez de una u otra hipótesis. Pero vale la pena rescatar las implicaciones políticas que tienen ambas, especialmente en los términos de los propios Duménil y Lévy y del ya citado Kliman.

Kliman (2009, p. 216) confiere central a un a la destrucción de capital como determinante clave del boom de la subida de la tasa de ganancia durante el periodo de posguerra. Por *destrucción de capital* hay tener en cuenta aquella que es física, como lo que ocurrió con los bombardeos durante la segunda guerra mundial, que significó aniquilación y deterioro de maquinaria y equipo en Europa y Asia, o aquella que se refiere a la desvalorización de capital, es decir, caída del precio de los activos de una empresa:

Por ejemplo, si un negocio puede generar 3 millones de dólares anuales en ganancias, pero el valor del capital invertido en el negocio es de 100 millones de dólares, su tasa de ganancia es de sólo 3%. Pero si el valor de la destrucción de capital permite a nuevos propietarios adquirir el negocio por sólo 10 millones de dólares, en lugar de 100 millones (...), su tasa de ganancia será de un saludable 30%. (Kliman, 2009, p. 216- 217)

De este modo, continúa Kliman (2009, p. 217- 218), las políticas económicas estadounidenses desde la década de los 70 del siglo anterior han estado encaminadas a prevenir la destrucción de capital debido al miedo a la repetición de un nuevo crack tan profundo como el del 29. Pero justamente estas mismas medidas son la causa de que desde entonces la tasa de ganancia media de largo plazo no se haya recuperado al nivel que lo hizo durante la etapa dorada del

capitalismo. Kliman (2009, p. 218) reconoce breves periodos de recuperación de la tasa, pero sostiene que han sido sostenidos sobre una masa creciente de títulos de deuda.

Con base en lo anterior, pueden construirse las conclusiones siguientes. En primer lugar, Kliman también observa una creciente de capital de préstamo en la economía estadounidense, pero a diferencia de Duménil y Lévy, él no atribuye la continuidad del fenómeno a una embestida política de una fracción de clase, los financieros, sino que coloca las causas en las contradicciones inherentes a la acumulación de capital, ya esbozadas por Marx en *El Capital*.

Es decir, para Kliman, el ensanchamiento del capital de préstamo está dado por condiciones propias de la acumulación de capital y lo primero es inseparable de lo segundo. En Duménil y Lévy, la expansión de las finanzas tiene su origen en la acumulación de capital también, como condicionante, pero solo en un primer momento, especialmente en la década de los 70; posterior a éste punto, la avanzada financiera prevalece gracias al empoderamiento de una fracción de clase superior que está aferrada a seguir reproduciendo su poder.

Por otra parte, y en adhesión a las observaciones de Kornblihtt (2009), en Duménil y Lévy la destrucción de capital no es un factor determinante en el éxito del capitalismo durante la etapa del *compromiso keynesiano*; por el contrario, la segunda guerra mundial sirve solamente como contexto.

Para los franceses, gran parte de los resultados *favorables* del *compromiso keynesiano* tuvieron su causa en una *correcta* intervención del Estado en la economía, contención y reglamentación del capital financiero, así como participación directa en la acumulación de capital y estímulos al progreso técnico. No obstante, la argumentación de Kliman lleva indudablemente a cuestionar al impacto del *keynesianismo político*, y en qué medida el neoliberalismo 1) se relaciona con un abandono de éste, en tanto que paradigma económico,; 2) puede retraerse si vuelven las políticas keynesianas.

## 21. Los límites de la economía mixta

Paul Mattick también tiene críticas muy consistentes a lo que él denomina como *economía mixta*, que identifica con una asociación coordinada del capital privado y del capital estatal (Mattick, 1975, p. 146)<sup>92</sup>, y que coincide con la etapa del *compromiso keynesiano* de Duménil y Lévy. En ambos casos, los autores identifican que el proyecto del capitalismo progresista fue adquiriendo eco en distintos círculos de la izquierda de la época.

Como el socialismo ya no es el fin de las "organizaciones socialistas", estas organizaciones no tienen otra elección sino aceptar el concepto keynesiano de la economía mixta como si fuera el suyo propio. La economía mixta aparece ahora como una expresión de la evolución del capitalismo del *laissez faire* hacia el moderno Estado benefactor, y éste como la realización del moderno concepto de socialismo, esto es, socialismo basado en la propiedad privada (...) (Mattick, 1975, p. 148)

Así, pues, este proyecto como alternativa política para la clase trabajadora, aunque se reproduce en algunos círculos que se dicen marxistas, poco tiene de marxista: "El desarrollo de la producción de capital en nombre del "socialismo" o "comunismo" es una paradoja demasiado alambicada para ser producto de la mente de Marx" (Mattick, 1975, p. 272). Así, pues, continúa: "Aunque llevadas adelante en nombre de Marx, las revoluciones de capitalismo de Estado o de socialismo de Estado serían mejor definidas como "revoluciones keynesianas" (Mattick, 1975, p. 273).

En realidad, la economía mixta al modo Keynes, o incluso aquellas economías con un mayor grado de control estatal, reproduce en su esencia las relaciones capital-trabajo. La variante es que en estos casos es el Estado quien adelanta un valor,

---

<sup>92</sup> Mattick distingue la economía mixta del capitalismo de Estado. En éste último, el Estado se hace de un total control de la acumulación de capital, además de que tienden a minimizarse las relaciones de mercado. También apunta que la economía mixta no ha demostrado ser un antecesor histórico del capitalismo de Estado, ya que éste se ha instaurado mediante revoluciones nacionales en países subdesarrollados como la URSS o Cuba. Al respecto, véase Mattick (1975, p.p. 272- 298).

el cual espera valorizar; mientras que del otro lado los trabajadores valorizan valores a cambio de un salario (Mattick, 1975, p. 282). En este sentido, la propiedad estatal tiene derecho de hacerse del excedente bajo la forma de plusvalía, del cual ha de destinar una porción para un nuevo ciclo de acumulación de capital. Donde algunos ven en este hecho socialización de los medios de producción, Mattick (1975, p. 283) ve solamente *nacionalización del capital como capital*.

El problema entonces es que este tipo de acumulación de capital asociada al Estado se enfrenta a las mismas contradicciones y problemas que expone Marx en *El Capital*. De este modo, si Duménil y Lévy muestran al *compromiso keynesiano* como una fase de histórica donde la acumulación capitalista marcha ordenada, tiende al pleno empleo y a la mejor de salarios, la postura de Mattick deja ver otro panorama menos alentador.

Por ejemplo, Mattick (1975, p. 168) argumenta que una buena parte de la intervención gubernamental de este periodo en Estados Unidos estuvo centrada en la producción de desperdicio. Esto significa que el Estado estimuló la producción en rubros como la defensa, el *capital militar*, así como la investigación espacial. Tales gastos implicaban enormes requerimientos de capital y mano de obra, pero son poco útiles para expandir directamente las ganancias y ampliar la escala de reproducción de capital. Esto ocurre, claro está, mientras no estalle un conflicto bélico que sea capaz de consumir y requerir nuevos valores de uso de ese tipo.

Otra crítica de Mattick se focaliza en la idea de las mejoras de vida de los trabajadores durante este periodo, desde dos tipos de evidencia. El primero se refiere a la distribución del ingreso. Mattick (1975, p. 167) sostiene que el aumento proporcional del ingreso de los trabajadores por encima del de los capitalistas se debió a que el avance histórico de la concentración de capital se tradujo en un mayor número de asalariados y un menor número de capitalistas, pero que la razón real se sustenta en las estrategias de evasión fiscal que emprendieron los capitalistas. Es decir, en lugar de pagar impuestos, los capitalistas prefirieron

colocar un monto de su capital en bajo la forma de “ganancias no distribuidas”, lo que en ese momento se traducía como una no apropiaci3n del total del ingreso que les correspondía.

El otro tipo de evidencia que cuestiona Mattick (1975, p. 167) es sobre las medidas de bienestar social, entendidas como acceso a la salud, vivienda, educaci3n, seguro de desempleo, entre otras. Para el autor, estos elementos no tienen que ver con la redistribuci3n del ingreso; más aún, no aumentan el ingreso disponible de los trabajadores ya que la mayoría del tiempo pagaban más de lo que recibían.

Lamentablemente, aunque inteligentes, en la mayoría de los casos las críticas de Mattick no se sustentan en evidencia empírica cuantificable que les d  sustento. Empero, su obra es valiosa porque en el fondo lo que el autor quiere es plantear una crítica a la sostenibilidad hist3rica del capitalismo intervenido por el Estado, y los problemas que genera su ilusi3n en el seno de los círculos de izquierda. Como se dijo líneas arriba, para Mattick el capitalismo regulado no puede escapar de los problemas que enfrenta el capitalismo de libre mercado, problemas de los que ya dio cuenta Marx en su época:

El *verdadero límite* de la producci3n capitalista es el *mismo capital*, es el hecho de que, en ella, son el capital y su propia valorizaci3n lo que constituye el punto de partida y la meta, el motivo y el fin de la producci3n; el hecho de que aquí la producci3n s3lo es producci3n para el *capital* y no, a la inversa, los medios de producci3n simples medios para ampliar cada vez más la estructura del proceso de vida de la *sociedad* de productores.  
(Marx, 1991, p. 248)

A esta postura se suma Kliman (2009, p. 220), quien concluye que el problema de las voces que prefieren al capitalismo regulado por encima del capitalismo de libre competencia es que el capitalismo no tiene forma alguna de ser regulado. Por lo que las intervenciones en política econ3mica están limitadas a aplazar la crisis, la cual, de un modo u otro, es inevitable.

Aunque Duménil y Lévy demuestran con sus tesis que el *compromiso keynesiano* colapsó por una *crisis al modo Marx*, contradictoriamente su tesis está colmada de apologías al capitalismo regulado. Y, peor aún, al entender al neoliberalismo como la imposición de una fracción de clases sobre el resto de la sociedad, sostienen que su superación vendrá de una vuelta a la regulación estatal. En este punto los franceses, en su intento de acercarse a Marx, logran lo contrario; pues para ellos el problema del neoliberalismo son las *finanzas*, el rentista organizado, no propiamente el proceso global de reproducción capitalista.

## VII. UNA PROPUESTA ORIGINAL DE CRÍTICA

### 22. Sobre el capito-cuadrismo como relación social

Como ya se expuso en el capítulo 9 del presente trabajo, para Duménil y Lévy el *cuadrismo*, en tanto que relación social, es paralelo al capitalismo. Este breve capítulo tiene como objetivo una doble demostración en torno al *cuadrismo* como categoría analítica: 1) es imposible su emergencia lógica como continuación directa de la obra de Marx; 2) en su variante capitalista (*capito- cuadrismo*) es una mistificación de la relación capital- trabajo, específica del modo de producción capitalista.

#### 22.1. Medios de producción y relaciones sociales de producción

Para comenzar, hay que resumir en gruesas líneas lo siguiente. El modo de producción capitalista se apropia del *telos* del proceso social de trabajo, de la relación entre el hombre que trabaja y la naturaleza, en pos de la obtención de ganancia. La obtención de valor abstracto subsume a la creación de valores de uso concretos. La racionalidad económica enmascara la irracionalidad de una aparente producción infinita, a partir del despojo draconiano a productores directos, lleno de sangre, violencia y subordinación. La producción capitalista es una máquina que arroja mercancías, que no están pensadas para la satisfacción de las necesidades básicas humanas sino que buscan generar valor para enriquecer a unos cuantos.

Específicamente, aquellos a quienes se les despoja y somete son los proletariados, mientras que los que se benefician de dicha relación son los dueños de los medios de producción: terratenientes y capitalistas. Lamentablemente, el capítulo LII del tomo tercero de *El Capital* (Marx, 1991) quedó inacabado, no

obstante, se pueden sacar algunas conjeturas al respecto con las tesis que Marx expuso en su obra.

De ahí, puede afirmarse que el análisis de las relaciones sociales de producción se fundamente en la previa identificación de aquellos grupos que poseen los medios de producción al interior de las sociedades de clase. La siguiente cita es contundente:

La relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos -relación cuya forma corresponde siempre de un modo natural a una determinada fase de desarrollo del tipo de trabajo y, por tanto, a su capacidad productiva social-es la que nos revela el secreta más recóndito, la base oculta de toda la constitución social (...) (Marx, 1991, p. 733)

La *base oculta* de la *constitución social* del modo de producción capitalista se devela entonces cuando queda al descubierto quiénes son los propietarios de medios de producción (capitalistas y terratenientes) y quiénes son los desposeídos (proletarios). Quizá, una primera tergiversación de la propuesta original de Marx queda al descubierto en el capítulo 12 de la presente obra, cuando Duménil y Lévy hacen una identificación entre fracciones de clase y tipo de ingreso, dejando a un lado el hecho fundamental: si los capitalistas hacen de la ganancia su fuente de ingreso, es porque la propiedad de los medios de producción es una condición previa.

A favor de los economistas franceses, puede decirse que es probable que en su afirmación se sobreentienda la previa existencia de la propiedad de medios de producción en manos de capitalistas, de modo que estos puedan apropiarse de ganancias a costa de los asalariados. No obstante, uno de los argumentos que esgrimen para demostrar la existencia de los cuadros como clase es el incremento de su participación en el producto nacional durante el siglo XX. Al respecto, es totalmente válida la ya citada crítica de Kornblihtt (2009), puesto que en la propuesta original de Marx las clases no se identifican por su participación en la

distribución del producto. Es muy probable que el mismo Marx hubiera considerado esta premisa como propia de los economistas vulgares.

Cabe aclarar que lo anterior no niega de modo alguno la existencia real de los *cuadros*. En efecto, existen los *trabajadores de acompañamiento*, jerarquizados en el proceso de trabajo por la propia división social del trabajo inmanente al desarrollo capitalista. Esta jerarquización puede traducirse, en términos cuantitativos, en una polarización salarial, además de una diferenciación cualitativa en los valores de uso que hacen de medios de vida para reproducir a los trabajadores; extrapolada al espacio laboral: los cuadros comen, visten, calzan y se transportan mejor que los empleados; viven en barrios exclusivos, pueden comprar lo que los empleados no. Los cuadros viven, los empleados malviven. En este sentido, y en tanto que ejercen autoridad sobre los empleados, los cuadros pueden actuar como fracción de clase y establecer alianzas con ciertos grupos de la burguesía, a la vez que enfrentarse políticamente con el resto de los asalariados.

Pese a lo anterior, ninguna de esas situaciones es condición para que los cuadros puedan ser analizados como una clase social, al menos no desde los planteamientos originales de Marx. Desde el lado opuesto: para que el *cuadrismo* exista como relación social en términos de Marx, Duménil y Lévy deben demostrar de qué forma los *cuadros* disputan la propiedad de los medios de producción con capitalistas y terratenientes y, una vez en posesión, cuál es su vínculo con el resto de las clases y de qué en qué medida se distingue de la relación capital- trabajo; solo por esta vía los gestores asalariados podrían dar un salto cualitativo que transforme lo más profundo de su naturaleza.

## 22.2. Las inconsistencias teóricas de un modo de producción *cuadrista*

Dar cuenta de la disputa de los *cuadros* con los capitalistas por los medios de producción, permitiría dar cuenta de la emergencia de un nuevo periodo histórico,

el *cuadrista*, y posibilitaría esbozar respuestas sobre quiénes, bajo este novedoso modo de producción, producirán los valores de uso que hacen de satisfactores para la sociedad, puesto que no hay que olvidar que los empleados, la antítesis de los *cuadros*, hacen las labores de acompañamiento del proceso de valorización del capital.

Más aun, la transición de una sociedad capitalista hacia una de tipo *cuadrista* pone de manifiesto la necesaria reflexión sobre los límites de la medición de la tasa de ganancia media como instrumento de análisis efectivo para la realidad social, ya que ésta, tan estudiada en los trabajos de Duménil y Lévy, la pensó Marx para una sociedad eminentemente capitalista, cuyo centro es el valor que se valoriza.

Del mismo modo que los economistas neoclásicos rehúyen del problema del valor planteado por los clásicos, Duménil y Lévy salen por la tangente del problema de pasar la relación de *encuadramiento* por el tamiz de la propiedad de los medios de producción. Si Marx planteó la existencia de clases en términos objetivos, los franceses le dan un giro subjetivo: la relación de *encuadramiento*, y su clase correspondiente, los *cuadros*, se fundamentan sobre la posesión de mando y jerarquía: sobre los medios de producción y sobre los empleados. Esta tesis es endeble, como se verá a continuación.

### 22.3. Los difusos límites entre cuadros y empleados

Un primer problema surge del límite entre cuadros y empleados. Sea el ejemplo del gerente de una sucursal de banco. Es probable que el corporativo le dé un esquema de trabajo con tareas a implementar y objetivos que cumplir. El gerente, al interior de esa sucursal, es la encarnación de la autoridad capitalista para sus empleados; pero, a la vez, ese gerente estará subordinado a alguien más, de mayor jerarquía, y ése a otro más, hasta llegar a la punta de la estructura piramidal. Es cierto que los autores dan pie a pensar que un simple gerente de banco no puede formar parte de los *cuadros*, puesto que están ubicados en una

posición social superior, muy cercanos a los magnates capitalistas, pero también es verdadero que no dicen cómo distinguirlos más allá de este esquema.

#### 22.4. Autonomía no demostrada sobre los medios de producción

El otro problema tiene que ver con la autonomía de los *cuadros* respecto a los dueños del capital. La recapitulación queda de la forma siguiente: históricamente el capital ha requerido de trabajadores asalariados que no produzcan directamente sino que se dediquen a labores de acompañamiento, esto es: vigilancia y sometimiento de trabajadores directos, planeación del proceso de trabajo al interior de las unidades productivas, gestión del dinero de los empresarios y realización de las mercancías, principalmente. En el siglo XX, estos trabajadores improductivos, pero necesarios para el capital, sufrieron una doble mutación: por un lado, se multiplicaron en número; por el otro, se vieron sometidos a un proceso de jerarquización. Es este el nacimiento histórico de los *cuadros* y los empleados. Con el transcurso de los años, los *cuadros* se fueron adueñando de las decisiones sobre los medios de producción, a tal punto que Duménil y Lévy sostienen que uno de los secretos del éxito del *compromiso keynesiano* fue la autonomía de la que gozaron: se dieron el lujo de preferir la ampliación técnica y el desarrollo productivo por encima de la obtención de ganancia<sup>93</sup>.

Sin embargo, en los textos revisados para este trabajo no se encontró una sola prueba empírica que dé cuenta de la confrontación entre *cuadros* y dueños del capital, sean registros de observación, entrevistas o evidencia documental.

De los dos problemas anteriores, la falta de evidencia que demuestre la autonomía de los *cuadros* respecto a los capitalistas y el sustento de los *cuadros* como supuesta clase, deriva uno nuevo: en el entendido de que no es tema menor el que los *cuadros* tengan la posibilidad de dirección y planificación sobre los medios de producción, ¿este hecho supone completa autonomía de los capitalistas? En

---

<sup>93</sup> Véase capítulo 4 de este mismo trabajo.

los *cuadros* recaen las tareas administrativas, las gestiones técnicas sobre los medios de producción. En ese sentido, los directivos de alta gestión pueden decidir qué hacer con el capital de quien se los delega. Pero esta libertad es de corte técnico, es aparente porque está irremediabilmente sujeta a que sus esfuerzos deriven en que aquel capitalista que le confió sus propiedades reciba ganancias.

Un propietario de capital contrata a un gestor con el fin de que éste le entregue ganancias. Los capitalistas, como clase, se hacen de los servicios de los directores asalariados para que ellos operen en el proceso real la extracción de plusvalía. El límite de la autonomía de los *cuadros* es el interés de clase de los capitalistas. Al final del día, ¿cuántos *cuadros* que lleven a la quiebra a sus empresas podrán conservar sus puestos de trabajo?

#### 22.5. Los cuadros, parte de la estructura social del modo de producción capitalista

Otro problema detectado que enfrentan Duménil y Lévy en su tratamiento sobre los deriva del sostenimiento de su poder y “autonomía” en la estructura social. En su relato histórico del capitalismo, los cuadros aparecen ora aliados a los propietarios del capital, ora disputándoles el poder, pero de fondo subyace un hecho: los *cuadros* llegaron para quedarse, incluso en aquellas sociedades donde se abolieron las relaciones sociales del capital (la URSS, específicamente). De este modo, dejan de preguntarse qué es lo que hace que los *cuadros* se reproduzcan con todo y su jerarquía.

Para entender este punto, hay que dar un salto hasta el tomo tercero, de *El Capital*. Ahí, Marx (1999, p.p. 490- 491) señala un componente dual del trabajo de supervisión: 1) la voluntad dirigente es necesaria ahí donde se efectúa un trabajo procesual a partir de aquel realizado por un grupo cohesionado de individuos; 2) este trabajo tiene su origen en todos los modos de producción fundamentados en

el antagonismo entre propietario de los medios de producción y el trabajador directo.

Esta dualidad puede descomponerse de dos formas: en una cara, la voluntad dirigente es básica para llevar a buen término el trabajo en equipo, es decir, se refiera a aquel trabajo ligado a la coordinación de trabajos cualitativamente diferenciados. Este trabajo de coordinación se hace más necesario cuanto más se amplía la escala social de la producción. Es por ello que Marx (1979b, p. 160) prevé la mayor necesidad del trabajo contable en tanto se dé la transición de una economía capitalista a una de tipo colectivo. Puesto que, de algún modo, la contabilidad social será útil para efectos de coordinación de los distintos trabajos concretos.

En su otra cara, el trabajo de dirección aparece ahí donde el antagonismo entre propietarios de medios de producción y desposeídos se hace presente. Esto remite a que el trabajo de supervisión aquí se presenta como ejercicio de mando, como trabajo de sometimiento. Supervisar se convierte en vigilar que se haga efectiva la subordinación del dominado: amo, señor y capitalista necesitan asegurarse de que esclavo, siervo y asalariado trabajen para ellos. De este modo, la coordinación del proceso de trabajo se amalgama con el sometimiento del trabajador directo al propietario de las condiciones de trabajo.

Para el caso del modo de producción capitalista, las relaciones de propiedad se perpetúan lo mismo en la figura del capitalista activo que en la del manager asalariado, para efectos del proceso de trabajo, ambas hacen de una figura de autoridad – el director y sus supervisores—que ejerce el mando y aseguran que la coordinación del trabajo sea una ordenación para la obtención de ganancia, para la reproducción de las relaciones de clases y sus fracciones privilegiadas.

El trabajo de supervisión y dirección (...) también se halla amalgamado, en el sistema capitalista, directa e indisolublemente a las funciones productivas que todo trabajo social combinado impone a determinados individuos como tarea especial. (Marx, 1999, p. 494)

Puede afirmarse que esta dualidad del trabajo de supervisión no se incluye en el análisis de los *cuadros* que plantean Duménil y Lévy, y es por ello que pueden afirmar su reproducción más allá de las relaciones sociales capitalistas. Los cuadros encarnan las tareas de coordinación y vigilancia necesarias para que los capitalistas obtengan ganancias de la apropiación del trabajo impago de los asalariados.

El trabajo de la dirección y supervisión (...) no es una función especial que surja de la naturaleza de todo trabajo social combinado, sino del antagonismo entre el propietario de medios de producción y el propietario de la mera fuerza de trabajo. (Marx, 1999, p. 493)

Los *cuadros* erigen su mando en la base de una sociedad en la que antagoniza el capital y el trabajo asalariado, y es por ello que puede afirmarse que el *encuadramiento* como relación social mistifica la relación capital-trabajo.

La relación social *cuadrística* equiparada a la relación capitalista es una falacia pues que solo en la medida en que el capitalismo desaparezca, lo hará también el trabajo de supervisión orientado a la obtención de ganancia. Es decir, solo mediante la supresión de las relaciones capitalistas se romperá la amalgama que une el mando del capital, personificado en sus funcionarios, con la coordinación del proceso social de trabajo, manifiesta en la siguiente cita:

Un director musical no tiene por qué ser, en absoluto, propietario de los instrumentos de la orquesta, ni pertenece a sus funciones como director el que tenga algo que ver con el “salario” de los músicos restantes (Marx, 1999, p. 494)

## 22.6. El problema de la permanencia transhistórica de los cuadros

La relación de *encuadramiento*, si bien puede tener dominio técnico (al interior del proceso de trabajo) sobre los obreros, surge y se asienta principalmente en el trabajo improductivo; es ahí donde cuadros y dirigidos se enfrentan.

Según Duménil y Lévy, la prueba irrefutable de que *cuadrismo* es el sucesor del capitalismo, está en la URSS. Ahí desaparecieron los capitalistas, pero no los cuadros. Para criticar esta tesis, hay que tener en cuenta que los cuadros emergen de la gradual división y especialización del trabajo en el desarrollo histórico del capitalismo, especialización que —lo señala Marx en todo momento— sirve para maximizar las ganancias capitalistas. Consecuentemente, en el trabajo improductivo: comercio de mercancías, vigilancia del proceso productivo, como de la administración del *Geldkapital* y el *Geldhandlungskapital*, etc., surgen especialistas asalariados. La misma marcha histórica propicia la innegable jerarquización de este trabajo, es por ello que existen quien dirige y quien obedece.

Marx, en el capítulo del tomo primero referente a *Maquinaria y gran industria*, da cuenta de cómo el modo de producción capitalista en un primer momento subsume formalmente al trabajo, para luego hacerlo realmente. Esto quiere decir que en su misión histórica, el capitalismo primero debe hacer encajar a los trabajadores en una relación salarial (formal), para luego apropiarse de la totalidad del trabajo social con la implantación, desarrollo y expansión de sus propias fuerzas productivas: las máquinas. Es en el desenvolvimiento de este proceso que en el interior de la empresa aparecen los administradores asalariados, especialistas en trabajo de acompañamiento.

En el llamado socialismo real, las relaciones sociales de producción se transformaron formalmente, pero la mediación objetiva entre hombre —socialmente organizado, en un periodo histórico-concreto— y naturaleza continuó dada en términos de la industria capitalista. Para nadie es un secreto la lucha vertiginosa que emprendió el bloque soviético para ponerse a la par de la industria del mundo capitalista. El socialismo real no logró imponer sus propias fuerzas productivas, aquellas que han de liberar al hombre de las cadenas del trabajo enajenado<sup>94</sup>. El problema es que Duménil y Lévy asocian trabajo de acompañamiento, en general, con trabajo particularmente ejercido bajo la forma capitalista. De hecho, el propio

---

<sup>94</sup> Véase nota sobre trabajo enajenado en el capítulo 11 de este mismo trabajo.

Marx (1999, p. 491) da cuenta de la amplia utilización de trabajo de acompañamiento en el llamado modo de producción esclavista. De ser cierta la visión transitoria que tienen Duménil y Lévy sobre los *cuadros*, los orígenes del modo de producción *cuadrista* podrían rastrearse desde la edad antigua.

Lo importante es que Duménil y Lévy no pueden concebir una sociedad sin clases poscapitalista porque no pueden imaginar un mundo sin trabajo enajenado. Como admiten los autores, los cuadros nacieron ligados a la cadena de montaje y a la organización capitalista del trabajo, y luego evolucionaron con el desarrollo de las finanzas y el colapso del patrón fordista; pero su supuesta superación del capitalismo, el *cuadrismo*, en su variante de izquierda, no contempla la superación de las fuerzas productivas del capital; mientras que en su variante de derecha ni siquiera considera la supresión de la relación capital- trabajo.

## VIII. A MANERA DE CONCLUSIÓN

### 23. Resumen y consideraciones finales

Para el análisis de la economía capitalista, los franceses recuperan el análisis de la tasa media de ganancia en el largo plazo. Esta observación les lleva a concluir que, en efecto, la tasa de ganancia media tiende a decaer al transcurrir los ciclos de reproducción. No obstante, no toda crisis del capitalismo se explica por este fenómeno. Ellos identifican dos tipos de crisis: las ya mencionadas y aquellas que tienen su origen en los mecanismos financieros. Esto les lleva a distinguir dos crisis de caída tendencial de tasa de ganancia, la de 1890 y la de 1970, y dos de tipo financiera, 1929 y 2008.

La anterior conclusión los distingue de Mandel, quien se eligió como referente en este trabajo porque Duménil y Lévy toman como referencia sus estudios sobre los ciclos largos de la producción capitalista. Para él, la crisis de 1929 es también de caída tendencial de la tasa de ganancia.

Por otra parte, la observación del comportamiento de la tasa de ganancia media en los Estados Unidos y Europa les posibilita hacer una primera delimitación temporal de su objeto de estudio, el neoliberalismo. Sin embargo, es esta una primera aproximación. Ya en el terreno de la delimitación histórica, Duménil y Lévy critican a Marx por poner el énfasis de su periodización histórica en el largo plazo, especialmente en la distinción entre modos de producción, y de carecer de una metodología delimitada para la caracterización de periodos al interior del capitalismo. No obstante, los franceses sostienen que es posible identificar estas fases a partir de la extrapolación de las propias tesis de Marx. Coinciden con él cuando sostiene que la dinámica del devenir histórico está dada por la lucha de clases, el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Mandel sugiere en su obra que entre despliegue histórico y la realidad temporal concreta existe una mediación, la cual encuentra en los periodos históricos del capitalismo, y cuyas características se distinguen en las

particularidades de las ondas largas. Para Duménil y Lévy, esta mediación entre lo abstracto y lo concreto se sustenta en la configuración específica que adquieren los poderes de clase durante distintas fases del capital, situación que agrupan bajo la categoría de *compromiso*. Así pues, mientras que Mandel construye su periodización del seguimiento de largo plazo de la tasa de ganancia media, Duménil y Lévy toman este indicador como una primera referencia, pues para ellos la especificidad histórica del capitalismo radica en las formas que adquieren los *compromisos*.

Los *compromisos* son el resultado del arreglo de fuerzas entre distintas fracciones de clase. Aquí los trabajos de Duménil y Lévy presentan una distancia abismal respecto del original de Marx. La distinción de clases sociales en este último se fundamenta en la relación de ciertos grupos sociales y sus relaciones de propiedad con los medios de producción. Para los franceses, esta distinción es inapropiada para el capitalismo contemporáneo y debe complementarse a partir de una reinterpretación de Marx. De este modo, encuentran en la *organización* una segunda relación de clase, paralela a la capitalista. La gran diferencia radica en que la *organización*, en tanto que relación de clase, no se fundamenta en la propiedad de los medios de producción sino en su dirección.

Las tesis de Duménil y Lévy sobre el neoliberalismo parte del hecho de que existieron *cuadros* que durante el *compromiso keynesiano* lograron someter a los dueños del capital, al apropiarse de la gestión de los medios de producción y con ello priorizar mejoras técnicas y la búsqueda de niveles de pleno empleo por encima de la simple consecución de ganancia. El neoliberalismo emergió a partir de las condiciones históricas que propició la crisis al modo Marx de 1970, y fundamentalmente se trata del resometimiento de los grandes propietarios del capital hacia los *cuadros*. No obstante, en ningún texto revisado para el presente trabajo se encontró evidencia empírica sobre la supuesta autonomía de los *cuadros* sobre los capitalistas y sus intereses. Del mismo modo, Duménil y Lévy no precisan en una caracterización objetiva para hacer una distinción precisa entre *cuadros* y trabajadores de acompañamiento de baja jerarquía, los empleados.

Cabe recalcar que la jerarquía en la división del trabajo que poseen ciertos asalariados en el proceso de reproducción capitalista no es una condición de clase para Marx, como tampoco lo es la capacidad de estos trabajadores para gestionar, coordinar y planificar el proceso social de trabajo.

Ya al interior del neoliberalismo, éste se caracteriza por ser un periodo histórico durante el cual los magnates dueños del capital aprovecharon para recuperar su poder sobre los *cuadros*. Duménil y Lévy se adhieren a Marx y sus tesis sobre el capital de préstamo, el capital ficticio y el capital bancario para elaborar su categoría de *finanzas*. Las finanzas se encargaron de cimentar un edificio instrumental e institucional para hacerse de un mayor número de ganancias. El poder que ejercen estas finanzas se ha encargado de darle su rasgo más característico al periodo neoliberal: en Estados Unidos, pese a que la tasa de ganancia se recuperó respecto a niveles anteriores a 1982, no ocurrió lo mismo con la tasa de acumulación<sup>95</sup>.

Esto significa que las finanzas tienen secuestrada la acumulación de capital y el excedente del que se apropian no lo reinsertan en ampliar la reproducción de capital. El problema es que Duménil y Lévy no explican en términos económicos los motivos por los cuáles los magnates capitalistas prefieren poner sus capitales en papeles ficticios que les permiten apropiarse de *flujos de interés primario*, antes que colocarlos en ampliar la escala productiva, es decir, ampliar las existencias de maquinaria y equipo, materias primas, infraestructura, así como para la adquisición de jornadas laborales. Su explicación es meramente política, una embestida de las finanzas hacia el resto de la sociedad.

Esta conclusión deriva de la exposición de sus observaciones empíricas. Ahora bien, en los textos revisados no se encontró un argumento probado que explique cómo se sostiene la tasa de ganancia recuperada sin que los capitalistas tengan necesidad de ampliar la escala productiva para obtener una mayor masa de

---

<sup>95</sup> No debe perderse de vista que el punto máximo de la tasa de ganancia media durante el *compromiso neoliberal* es menor al punto máximo de la ganancia media durante el *compromiso keynesiano*. Es decir, la recuperación de las ganancias solo es tal si el punto de partida son los niveles de la tasa a partir de 1982. Véase: Duménil y Lévy (2007a, p. 46).

plusvalía, sin que deban ampliar la escala del nivel de trabajo vivo del cual apropiarse. Y es que el neoliberalismo en Duménil y Lévy, sus causas y turbulencias, están explicados en términos del ejercicio del poder de las finanzas, es decir, en sus propios términos; no lo explican en las condiciones objetivas de la acumulación de capital que sustentan las condiciones para que esta fracción de clase despliegue su poder, y que es la vía que sugiere el trabajo original de Marx, una visión global del capital en tanto que proceso histórico. Existe entonces un cierto grado de omisión para plantear la relación entre el estallido de crisis financieras y la desvalorización de un grupo desfavorecido de capitales, acompañado por el reposicionamiento, en términos de activos y ganancias, de capitales más aventajados.

Este enjuiciamiento de las finanzas, al que llegan gracias a su reinterpretación de Marx, es el que los obliga a compatibilizar las tesis de Keynes con las de Marx. Es decir, la posible conmensurabilidad teórica que pudiera existir entre uno y otro autor está antecedida por un paralelismo político. Y es que Keynes ve en los rentistas uno de los grandes males del capitalismo. De ello que durante el *compromiso keynesiano* los *cuadros* se encargaron de emprender políticas de Estado para mantener a raya a los rentistas, pero aquello se vino abajo con la crisis de 1970.

Curiosamente lo que para ellos es un punto en común entre Marx y Keynes, en realidad es una contraposición que los coloca en polos opuestos, irreconciliable. La obra de Marx tiene como objetivo la demostración científica de la irracionalidad del modo de producción capitalista, del trabajo social apropiado para la producción de valor. Marx derrumba la ilusión de la posibilidad de una acumulación de capital que se puede expandir establemente al infinito; por el contrario, demuestra que en su búsqueda por apropiarse de ganancia, el modo de producción capitalista está condenado irremediabilmente a crisis cada vez más profundas que atentan principalmente contra pequeños capitalistas, proletariados y campesinos. Es por esta razón que la obra de Marx, en conjunto, es un llamado a la transgresión

histórica del modo de producción capitalista, en cuyo contradictorio emanan las condiciones que posibilitan la transición al socialismo.

Keynes fue un economista preocupado por los problemas de su tiempo, pero de ningún modo dejó de pensar que el capitalismo les muestra a los hombres el mejor de los mundos posibles. El desempleo, las crisis económicas y las guerras no son problemas propios del capitalismo sino de su gestión; son baches que se pueden tapar con intervención del Estado. Para Keynes el problema no es que el trabajo esté mediado por una relación salarial sino que los salarios son bajos e impiden elevar el nivel de consumo de una economía.

Para Duménil y Lévy, esta contradicción es menor, y de ello sugieren que la vía para la emancipación del proletariado no necesariamente llegará con la revolución, pues también puede hacerlo a través de la construcción de un compromiso *cuadrista* de izquierda. En términos del legado de Marx, el *cuadrismo* es una categoría ideológica, que vela las relaciones de producción que en el fondo prevalece: la contradicción entre trabajo y capital. No se niega la existencia de un grupo creciente de asalariados especializados, que gestionan el capital; pero el error es decir que esta relación *cuadrista* domine el modo de producción otrora capitalista, porque, como ya se dijo, los *cuadros* en ningún momento han dejado de trabajar para el capital. Es por esta razón que puede afirmarse que el *cuadrismo* (mas no los *cuadros*), como categoría, es el elemento más contrapuesto a la obra original de Marx.

En este sentido, en términos políticos, el *cuadrismo de izquierda* se opone diametralmente a la idea de Marx de una transición proletaria al socialismo; en sentido contrario, se acerca más a la idea de Keynes, un capitalismo humano, preocupado por las condiciones de vida de los trabajadores. Al ser una alternativa meramente política, una alianza de clases para ejercer el poder, Duménil y Lévy no plantean en su tesis como el proyecto *cuadrista de izquierda* podría seguir ampliando la escala de acumulación de capital sin tener que enfrentar los problemas que derivan de las contradicciones propias de este proceso. Y es que aunque los seguidores de Keynes y los gestores de la crisis pongan todo su

empeño en aplazarlas, la conclusión de Marx es que son inevitables, más aun, serán cada vez peores.

Las principales posturas de la fracción parisina del regulacionismo francés dejaron ver otra forma de intentar conjuntar a Marx y a Keynes, aquí aderezados con aportes del institucionalismo. La propia obra de Duménil y Lévy evidencia limitantes del regulacionismo en torno a la determinación salarial o al papel del Estado en la acumulación de capital. Pero, por su parte, el regulacionismo deja ver las carencias que tienen Duménil y Lévy para dar cuenta de cómo se construyen y operan realmente los *compromisos*, es decir, cómo una configuración de poderes se aterriza sobre las decisiones, acuerdos y disputas a las que se enfrentan los capitalistas y sus gestores.

Finalmente, debe decirse que la obra de Duménil y Lévy es notable porque busca una explicación de la realidad económica contemporánea en términos opuestos a la ortodoxia económica. Pese a sus demostradas deficiencias, es valioso que los autores intenten elaborar una crítica a partir de Marx sin que ésta tenga que ser dogmática. Lamentablemente, en la búsqueda de distanciarse del dogmatismo caen en el opuesto, una interpretación parcial y segmentada de Marx, con pasajes ideológicos que derivan en categorías y tesis que se oponen a los principios más básicos del alemán. No obstante, los trabajos de Duménil y Lévy no pueden tirarse por la borda, ya que son una invitación a la revisión constante, no dogmática ni simplista, de los textos de Marx, la cual posibilite la constante validación de sus principales tesis en la sociedad actual. Este ejercicio de recuperación y crítica de Marx evidentemente no puede dejar de lado los aportes teóricos de la teoría económica. Un marxismo que opta por borrar de un plumazo las tesis que emanan del pensamiento burgués es un marxismo sin Marx, dogmático, escleroso, anticuado; es un cuerpo *crítico* que se impone violentamente y se queda sin par a quien criticar. La tarea para los intelectuales que pretenden ser continuadores de Marx es construir argumentos que permitan falsear las tesis del pensamiento burgués, que puedan explicar los fenómenos novedosos que revisten al capitalismo actual, pero, sobre todo, que desde la práctica científica doten a la

clase trabajadora de armas políticas para su emancipación del explotador, para sortear los peligros históricos, los de antaño y los venideros, que planean sobre sus pasos.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adams, W., (1979), *Los Estados Unidos de América*, México: Siglo XXI.
- Aglietta, M., (1991), *Regulación social y crisis del capitalismo: la experiencia de los Estados Unidos*, México: Siglo XXI.
- Altusser, L., (2005), "Ideología y aparatos ideológicos del Estado", en *La filosofía como arma de la revolución*, México: Siglo XXI.
- Andjel, E., (1992), *Teoría de la demanda y el desequilibrio*. México: Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México- Diana.
- Astarita, R. (2009), El teorema de Okishio y la crisis, recuperado de: <http://www.rolandoastarita.com/Teorema%20Okishio%20y%20crisis.htm>
- Astarita, R., (2008), *Keynes, poskeynesianos y keynesianos neoclásicos: apuntes de economía política*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Astarita, R., (2011), *La gran recesión y el capitalismo del siglo XXI: teorías económicas, explicaciones de la crisis y perspectivas de la economía mundial*. Madrid: Centro de Investigación para la Paz, Catarata.
- Astarita, R., (2012), *¿Qué es el capital ficticio?*, (mensaje de un blog), recuperado de: <https://rolandoastarita.wordpress.com/2012/05/20/que-es-capital-ficticio/>
- Bidet, J. y Duménil, G., (2009), *Altermarxismo: otro marxismo para otro mundo*, Mataró: El Viejo Topo.
- Boyer, R., (2007), *Crisis y regímenes de crecimiento: una introducción a la teoría de la regulación*, Argentina: CEIL-PIETTE CONICET.
- Boyer, R., (2011), "Poskeynesianos y regulacionistas: ¿Una alternativa a la crisis de la economía estándar?", en *Economía: Teoría y Práctica*, núm. 35, julio-diciembre, México: Universidad Autónoma Metropolitana, recuperado de: [http://www.izt.uam.mx/economiatyp/numeros/numeros/35/articulos\\_PDF/35\\_1\\_Articulo.pdf](http://www.izt.uam.mx/economiatyp/numeros/numeros/35/articulos_PDF/35_1_Articulo.pdf)

- Boyer, R., (2013), "La ausencia de una teoría alternativa pone en peligro las posibilidades de encontrar una salida a la crisis", *Análisis Económico*, vol. XXVIII, no. 67, pp. 249- 274, México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco.
- Brunhoff, S. (2009), *Las finanzas capitalistas, para comprender la crisis mundial*, Buenos Aires: Herramienta.
- Bustelo, (1994), "El enfoque de la regulación en economía: una propuesta renovadora", *Cuadernos de relaciones laborales*, núm. 4, Madrid: Universidad Complutense.
- Carcanholo, R. y Nakatani, P., (2000), "Capital especulativo parasitario versus capital financiero", en *La nueva economía política de la globalización*, ed. Joaquín Arriola y Diego Guerrero, España: Universidad del país Vasco.
- Ceceña, A., (2008), *El posneoliberalismo y sus bifurcaciones*, Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, recuperado de: <http://www.geopolitica.ws/media/uploads/Posneoliberalismo.pdf>
- CEPREMAP (2015), *Presentation*, Recuperado de: <http://www.cepremap.fr/presentation/>
- Chang, Ha Joon, (2004), *Retirar la escalera: la estrategia del desarrollo en perspectiva histórica*, La Catarata.
- Coriat, B., (2000), *El taller y el cronómetro: ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, México: Siglo XXI.
- Crehan, K., (2004), *Gramsci, cultura y antropología*, Barcelona: Bellaterra.
- Dabat, A., (1993), *El mundo y las naciones*, Cuernavaca: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias- UNAM.
- David, S (productor) y Reams, P. (director). (2012). *The men who built America* [DVD], Estados Unidos: Sthepen David Entertainment.

- De Berrnis, G., (1988), *El capitalismo contemporáneo: regulación y crisis*. México: Nuestro Tiempo.
- Dillard, D, (1957), *La teoría económica de John Maynard Keynes: teoría de una economía monetaria*, Madrid: Aguilar.
- Duménil, G., (1977), *Marx et Keynes à la crise*. Paris: Economica.
- G. Duménil, D. Lévy (1982), "Valeur et prix de production, le cas des productions jointes", *Revue Économique*, Vol. 33, pp. 30-70.
- Duménil, G. y Lévy, D., (2002), *The profit rate: where and how much did it fall? Did it recover? (USA 1948- 2000)*, recuperado de: <http://www.jourdan.ens.fr/levy/dle2002f.pdf>
- Duménil, G. y Lévy, D., (2007a) *Crisis y salida de la crisis: orden y desorden neoliberales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Duménil, G. y Lévy, D., (2007b) "El imperialismo en la era neoliberal: respiro y crisis de la Argentina", en *Realidad Económica*, no. 227, 1 de enero- 15 de febrero, recuperado de: <http://www.iade.org.ar/uploads/c9fe1ab6-a653-7e30.pdf>
- Duménil, G. y Lévy, D., (2009a), "Las finanzas capitalistas. Relaciones de producción y relaciones de clase", en Brunhoff, S., *Las finanzas capitalistas para comprender la crisis mundial*, Buenos Aires: Herramienta.
- Duménil, G. y Lévy, D., (2009b), "Los tres campos de la teoría de las relaciones financieras en Marx. El capital financiero en Hilferding y en Lenin", en Brunhoff, S., *Las finanzas capitalistas para comprender la crisis mundial*, Buenos Aires: Herramienta.
- Duménil, G. y Lévy, D., (2011) *The crisis of neoliberalism*, Massachussets: Harvard University Press.
- Duménil, G. y Lévy, D., (2012), *¿Poskeynesianos a medio plazo, marxistas clásicos a largo plazo?*, Sin Permiso, recuperado de: <http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/postk.pdf>

- Duménil, G. y Lévy, D. (2014), *La grande bifurcation: en finir avec le néolibéralisme*, París: La Découverte.

-Duménil,

(s.f.a), *El rol de América Latina en la globalización neoliberal*, recuperado de: <http://www.globalizacion.org/globalizacion/DumenilALatinaGlob.htm>

- Duménil, G. y Lévy, D., (s.f.b), *Una teoría marxista del neoliberalismo*, recuperado de: <http://www.rebellion.org/docs/114472.pdf>

- Durand, C. y Keucheyan, K., (2014) *Entrevista a Gerard Duménil y Dominique Lévy*, recuperado de: <http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/8Dumenillevy.pdf>

- Evans, T., (2000), "Una perspectiva sobre las teorías marxistas del dinero crediticio y el capital", en *La nueva economía política de la globalización*, ed. Joaquín Arriola y Diego Guerrero, España: Universidad del País Vasco.

- Flink, J., (1988), *The automobile age*, Massachussets: The MIT Press.

- Galbraith, J., (2002), *Obra esencial*, Barcelona: Crítica.

- Galindo, M., (2003), *Keynes y el nacimiento de la macroeconomía*. Madrid: Síntesis.

- Guerreau, A., (1986), "Dockes, Pierre et Rosier, Bernard. Rythmes économiques. Crises et changement social, una perspective historique", en *Histoire & mesure*, 1986 volume 1, no. 1, pp. 103-104, archivo disponible en: [http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hism\\_0982-1783\\_1986\\_num\\_1\\_1\\_1563#](http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hism_0982-1783_1986_num_1_1_1563#)

- Guerrero, D (2004). *Historia del pensamiento económico heterodoxo*. Edición electrónica, recuperado de: <http://www.eumed.net/cursecon/libreria/2004/dg-hpeh/dg-hpeh.htm>

- Guerrero, D., (2008), *Un resumen completo de "El capital de Marx"*, Madrid: Maia, 2008.

- Guerrero, D., (2012), "El pensamiento económico neomarxista", *Revistas ICE, Nuevas Corrientes de Pensamiento económico*, marzo- abril, no. 865, recuperado de: [http://www.revistasice.com/CachePDF/ICE\\_865\\_31-42\\_7CC7BAA58D30B4DDB2B2C48F2AB2D62C.pdf](http://www.revistasice.com/CachePDF/ICE_865_31-42_7CC7BAA58D30B4DDB2B2C48F2AB2D62C.pdf)
- Heilbroner, R., (1984), *Vida y doctrina de los grandes economistas*, Barcelona: Orbis.
- Heilbroner, R., (1995), *The crisis of vision in modern economic thought*, New York: Cambridge, University.
- Hilferding, R., (1963), *El capital financiero*, Madrid: Tecnos.
- Husson, M., (2009a), "El dogmatismo no es un marxismo", *Viento Sur*, diciembre, no. 107.
- Husson, M., (2009b), "Le crise en perspective", *Inprecor*, no. 556- 557, diciembre-enero.
- Husson, M., (2010), "Le débat sur la taux du profit", *Inprecor*, no. 562- 563, junio-julio.
- Husson, M., (2013), *La teoría de las ondas largas y la crisis del capitalismo contemporáneo*, recuperado de: <http://www.democraciasocialista.org/?p=2254>
- Keynes (2003), *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México: Siglo XXI.
- King, J, (2009), *Una historia de la economía poskeynesiana desde 1936*, Madrid: Akal.
- Kliman, A., (2007), *Reclaiming Marx's "Capital", a Refutation of the Myth of Inconsistency*, Lexington.
- Kliman, A., (2009), "Tras las huellas de la actual crisis económica y algunas soluciones propuestas", *Razón y Revolución*, núm. 19, 2do semestre de 2009, recuperado de: <http://revistaryr.org.ar/index.php/RyR/article/view/87/87>

- Kliman, A., (2011), *The failure of capitalist production, underlying causes of the great recession*, Pluto Press.
- Kornblihtt, J., (2009), *Crítica al marxismo keynesiano. Debate con Gerard Duménil sobre el carácter de la crisis*, II Jornadas de investigación y debate político “La crisis y la revolución en el mundo actual, Análisis y perspectivas”, VIII Jornadas de Investigación Histórico- social Razón y Revolución, evento llevado a cabo en Buenos Aires, Argentina, recuperado de: <http://www.razonyrevolucion.org/Jornadas09/Ponencias/Mesa%20Debates%20sobre%20el%20desarrollo%20del%20capitalismo/Ponencia%20Kornblihtt%20-%20M.doc>
- Kornblihtt, J. y Dachevsky, F., (2010), *El carácter de la crisis y las propuestas de keynesianas de algunos marxistas* (sic), IV Encuentro Internacional Economía Política y Derechos Humanos, evento llevado a cabo en Buenos Aires, Argentina, recuperado de: <http://www.madres.org/documentos/doc20100927105502.pdf>
- Lapavistas, C., (2011), “El capitalismo financiarizado: crisis y expropiación financiera”, en *La crisis de la financiarización*, Lapavistas, C. (coord.) y Morera, C. (coord.), México: Instituto de Investigaciones Económicas- UNAM y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Lavoie, M., (2005), “¿Las teorías heterodoxas tienen algo en común? Un punto de vista postkeynesiano” en *Lecturas de economía*, no. 63, julio-diciembre, recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/1552/155213359002.pdf>
- Lenin, V. (1998), *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, edición en línea, recuperado de: <http://www.marx2mao.com/M2M%28SP%29/Lenin%28SP%29/IMP16s.html#s7>
- Le Robert- Sejer, (2010), *Le Robert de Poche*. París: Autor.
- Lipietz, A., (1997), *El mundo del post-fordismo*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Marx, K., (1953), *Crítica al programa de Gotha*, Moscú: Progreso.

- Marx, K., (1956), *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, Buenos Aires: Cártago.
- Marx, K., (1968a), *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, México: Grijalbo.
- Marx, K., (1968b), *La guerra civil en Francia*, Barcelona: Cultura Popular.
- Marx, K., (1971), *Capítulo VI Inédito. Resultados del proceso inmediato de producción*, México: Siglo XXI.
- Marx, K., (1975), *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Moscú: Progreso.
- Marx, K., (1979a), *El capital: crítica de la economía política*, Tomo 1, México: Siglo XXI.
- Marx, K., (1979b), *El capital: crítica de la economía política*, Tomo 2, México: Siglo XXI.
- Marx, K., (1989), *Formaciones económicas precapitalista*, México: Siglo XXI.
- Marx, K., (1991), *El capital: crítica de la economía política*, Tomo 3, México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K., (1999), *El capital: crítica de la economía política*, Tomo 3, México: Siglo XXI.
- Marx, K., (2003), *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Madrid: Alianza.
- Mandel, E., (1979), *El capitalismo tardío*. México: Era.
- Mandel, E., (1986), *Las ondas largas del desarrollo capitalista*. Madrid: Siglo XXI.
- Mattick, P., (1975), *Marx y Keynes: los límites de la economía mixta*. México: Era.
- Mattick, P., (1977), *Crítica de los neomarxistas*, Barcelona: Península.
- Mercatante, E., (2008), *¿“Eutanasia del rentista” o matar al capitalismo?”*, Partido de los Trabajadores Socialistas, recuperado de:  
<http://pts.org.ar/Eutanasia-del-rentista-o-matar-al-capitalismo>

- Mercatante, E. y Remould, G., (s.f.), *Gerard Duménil: vamos a un nuevo rumbo en la economía norteamericana*, Instituto del Pensamiento Socialista Karl Marx, recuperado de: <http://www.ips.org.ar/wp-content/uploads/2011/04/G%C3%A9nard-Dum%C3%A9nil-Entrevista-y-reflexiones.pdf>
- Moseley, F., (2005) "Teoría marxista de la crisis y la economía de posguerra de los Estados Unidos", *Razón y Revolución*, no. 14, primavera, recuperado de: <http://www.razonyrevolucion.org/textos/revryr/RyR14/ryr14-moseley.pdf>
- Nevins, A. y Steele, H., (1977), *Breve historia de los Estados Unidos*, México: Compañía General de Editores.
- Panico C., (1987), "The evolution of Keynes's thought on the interest rate", *Contributions to Political Economy*, vol. 6, marzo, p.p. 53-71
- Pannekoek, A., (1934), *La teoría del derrumbe del capitalismo*, recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/pannekoek/1930s/1934.htm>
- Polanyi, K., (2003), *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Ramos, A., (2006), "El temporalismo de Marx y las revoluciones en el valor de las mercancías", *Política y Sociedad*, vol. 40, no. 2.
- Sader, E., (2008), *Refundar el Estado. Posneoliberalismo en América Latina*, Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores Argentinos- Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Shaikh, A., (2006), *Valor, acumulación y crisis: ensayos de economía política*, Buenos Aires: RyR.
- Stolorow, B., (2004), *El posneoliberalismo y la izquierda en América Latina*, IV Seminario Internacional: Dominación, resistencias y alternativas en América Latina", evento llevado a cabo en Bogotá, Colombia, recuperado de: [http://148.206.107.15/biblioteca\\_digital/capitulos/392-5348qlw.pdf](http://148.206.107.15/biblioteca_digital/capitulos/392-5348qlw.pdf)

- Tinel, B., (2014), “Entrevista a Gerard Duménil y Dominique Lévy. A propósito de La gran bifurcación. Acabar con el neoliberalismo”, en *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, Madrid: FUHEM- Icaria, no. 126, p.p. 175- 188.
- Valenzuela, J., (1996), “Sobre la propiedad: notas introductorias”, en *Problemas del Desarrollo*, Instituto de Investigaciones Económicas- UNAM, vol. 27, num. 104, enero- marzo.